El caballero de la carreta

[Novela - Texto completo.]

Chrétien de Troyes

Ya que mi señora de Champaña quiere que emprenda una narración novelesca, lo intentaré con mucho gusto; como quien es enteramente suyo para cuanto pueda hacer en este mundo. Sin que esto sea un pretexto de adulación. En verdad que algún otro podría hacerlo, quien quisiera halagarla, y decir así -y yo podría confirmarlo- que es la dama que aventaja a todas las de este tiempo; tanto como el céfiro sobrepasa a todos los vientos que soplan en mayo o en abril. ¡Por mi fe, que no soy yo el que desea adular a su dama! ¿Voy a decir: «Tantos carbunclos y jaspes vale un diamante como reinas vale la condesa?» No, en verdad. Nada de eso diré, por más que, a pesar de mi silencio, sea cierto. Sin embargo voy a decir simplemente que en esta obra actúan más sus requerimientos que mi talento y mi esfuerzo.

Empieza Chrétien su libro sobre El Caballero de la Carreta. Temática y sentido se los brinda y ofrece la condesa; y él cuida de exponerlos, que no pone otra cosa más que su trabajo y su atención.

Así que en una fiesta de la Ascensión había reunido el rey Arturo su corte, tan rica y hermosa como le gustaba, tan espléndida como a un rey convenía. Después de la comida quedóse el rey entre sus compañeros. En la sala había muchos nobles barones, y con ellos también estaba la reina. Además había, a lo que me parece, muchas damas bellas y corteses que hablaban con refinamiento la lengua francesa.

En tanto Keu, que había dirigido el servicio de las mesas, comía con los condestables. Mientras Keu estaba sentado ante su comida, he aquí que se presentó un caballero ante la corte, muy pertrechado para el combate, vestido con todas sus armas. El caballero con tales arreos se llegó ante el rey, adonde estaba Arturo sentado entre sus barones, y sin saludarle, así dijo:

[50] «¡Rey Arturo, retengo en mi prisión a caballeros, damas y doncellas de tu tierra y tu mesnada! Pero no te digo tales nuevas porque piense devolvértelos. Por el contrario te quiero advertir y hacer saber que no tienes poder ni haberes con los que puedas recobrarlos. ¡Sábete bien que morirás sin poderlos ayudar!»

El rey responde que se resignará a sufrir, si no puede remediarlo; pero muy fuerte le pesa tal penar.

Entonces el caballero hace ademán de querer partir. Se da la vuelta, sin detenerse ante el rey y viene hasta la puerta de la sala. Pero no traspone los peldaños. Se detiene de pronto y dice desde allí:

«Rey, si en tu corte hay caballero, siquiera uno, en quien fiaras a tal punto de atreverte a confiarle a la reina para conducirla en pos de mí, a ese bosque, adonde yo me dirijo, allí lo

aguardaré con la promesa de devolverte todos los prisioneros que están en cautividad en mi tierra; con tal que pueda defenderla frente a mí y reconducirla aquí por su propio mérito.»

Esto oyó todo el palacio, y toda la corte quedóse pasmada y conmovida.

La noticia llegó a oídos de Keu, que estaba comiendo con los mayordomos. Deja su yantar y acude con premura junto al rey y comienza a decirle con aspecto airado:

«Rey, te he servido bien, con clara fidelidad y lealmente. Ahora me despido y voy a irme, así que no te serviré más. No tengo deseo ni intención de servirte de ahora en adelante.»

Apenóse el rey de lo que sucedía, y apenas se repuso para contestarle, le dijo bruscamente:

«¿Es eso verdad o chanza?»

Y Keu responde:

[100] «Buen señor rey, no me dedico ahora a las chanzas. Bien cierto es que en seguida me despido. De vos no pretendo más recompensas ni soldadas por mi servicio. ¡He tomado la decisión de irme sin demora!

-¿Es por ira o por despecho -pregunta el rey- por lo que os queréis marchar? ¡Senescal, quedaos en la corte, en vuestro puesto habitual! Y sabed bien que no tengo nada en el mundo que no os dé sin reparos para manteneros aquí.

-Señor -dice él- no os esforcéis. No aceptaría, ni que me regalarais un bolsillo de oro puro al día.»

Ya quedó el rey muy desesperado; y así acudió a la reina:

«Señora -le dijo-, ¿sabéis lo que el senescal me reclama? Pide licencia para despedirse y afirma que no volverá a la corte jamás; no sé por qué. Lo que no quiere hacer por mí lo hará pronto por vuestra súplica. Id a él, mi querida dama. Ya que no se digna a quedarse por mí, rogadle que permanezca por vos. Y caed a sus pies, si es preciso; que si pierdo su compañía, jamás estaré alegre.» El rey envía a la reina al senescal, y ella va. Con su acompañamiento lo encontró; y, apenas llega ante él, así habla:

«Keu, gran pena he recibido, sabedlo con certeza, de lo que he oído decir de vos. Me han contado, y eso me pesa, que os queréis partir lejos del rey. ¿Qué os impulsa a ello?, ¿qué sentimiento? No me parece propio de un hombre sabio ni cortés, como yo suelo consideraros. Que os quedéis, rogaros quiero. ¡Keu, quedaos, os lo suplico!

-Señora -él dice-, con vuestra venia; pero no voy a quedarme de ningún modo.»

Y la reina aún más suplica, y todos los caballeros a coro; pero Keu contesta que se fatigan por algo que es en vano. Y la reina, con toda su altura, se echa a sus pies. [150] Keu le ruega que se levante; pero ella afirma que no lo hará. No se levantará hasta que él otorgue su petición.

Entonces Keu le ha prometido que se quedará, con tal de que el rey le otorgue de antemano lo que va a pedir, y ella misma haga otro tanto.

«Keu -responde la reina-, lo que sea, él y yo lo concedemos. Ahora venid, que le diremos que os habéis contentado así.»

Con la reina vase Keu y así llegan ante el rey. «Señor, he retenido a Keu -dice la reina-, con gran esfuerzo. Os lo traigo con la promesa de que haréis lo que os pida.»

El rey suspiró de alegría, y promete que cumplirá su petición, cualquiera que sea.

«Señor, sabed pues lo que exijo y cuál es el don que me habéis asegurado. Por muy afortunado me tendré, cuando lo obtenga por vuestra gracia. »Me habéis otorgado la custodia y defensa de la reina que aquí está; así que iremos tras el caballero que nos aguarda en el bosque.»

Al rey le entristece su promesa. Pero la confirma, y a su pesar no se desdice de ella; pero lo hace con amargura y tristeza, como se muestra bien en su rostro.

Mucho se apesadumbró la reina; y todos comentan en el palacio que orgullo, exceso y sinrazón había sido la petición de Keu, Tomó el rey a la reina de la mano y así le dijo:

«Señora, sin protestas conviene que marchéis.»

Y Keu contestó:

«¡Bien, dejadla a mi cuidado! Y no temáis más nada, que la volveré a traer muy bien sana y salva!»

El rey se la confía y él se la lleva. En seguimiento de los dos salieron todos; y nadie estaba exento de preocupación.

Sabed que pronto el senescal estuvo completamente armado, y su caballo fue conducido al medio del patio. [200] A su lado estaba un palafrén, que no era indócil ni remolón, sino como conviene a la montura de una reina. Ésta llega a su palafrén, mortecina, doliente y suspirosa; lo monta mientras dice por lo bajo, para no ser oída:

«¡Ah rey, si lo supierais, creo que no permitiríais que Keu me alejara ni un solo paso!»

Creyó haberlo murmurado muy bajo; pero la oyó el conde Guinable, que muy cerca estaba de su montura.

A su marcha tan gran duelo hicieron todos aquellos y aquellas que la presenciaron, como si se partiera muerta sobre el ataúd. Pensaban que no regresaría jamás en vida. El senescal, en su desmesura, se la lleva adonde el otro los aguarda. Pero nadie se angustió tanto que intentara su persecución.

Hasta que, al fin, mi señor Galván dice al rey su tío, en confidencia:

«Señor -dice-, muy gran niñería habéis hecho, y mucho me maravillo de eso. Mas, si aceptáis mi consejo, mientras aún están cerca, podríamos salir tras ellos vos y yo, y aquellos que quieran acompañaros. Yo no podría contenerme por más tiempo sin salir en pos de ellos. No sería digno que no les siguiéramos, al menos hasta saber lo que le acontecerá a la reina y cómo Keu se comportará.

-Vayamos pues, buen sobrino -dijo el rey-. Muy bien habéis hablado como noble cortés. Y ya que habéis tomado el asunto a vuestro cargo, mandad que saquen los caballos, y que les pongan sus frenos y monturas, para que no quede sino cabalgar.»

Ya han traído los caballos; ya están aparejados y ensillados. El rey es el primero en montar, y luego montó mi señor Galván, y todos los demás a porfía. [250] Todos quieren ser de la compañía, y cada uno va a su guisa. Unos estaban armados, y muchos otros sin armadura. Pero mi señor Galván iba bien armado, e hizo que dos escuderos le trajeran dos corceles de batalla.

Así que se aproximaron al bosque, vieron salir al caballo de Keu, y lo reconocieron. Vieron que las riendas de la brida habían sido rotas por ambos lados. El caballo venía sin caballero. La estribera traía teñida de sangre, y el arzón de la silla por detrás colgaba desgarrado y en pedazos.

Todos se quedaron angustiados; y uno a otros se hacían señas con guiños y golpes de codo.

Bien lejos en delantera a lo largo del camino cabalgaba mí señor Galván. Sin mucho tardar vio a un caballero que avanzaba al paso sobre un caballo renqueante y fatigado, jadeante y cubierto de sudor. El caballero fue el primero en saludar a mi señor Galván; y éste le contestó luego. El caballero se detuvo al reconocer a mi señor Galván, y le dijo:

«Señor, bien veis cómo está cubierto de sudor y tan derrengado que de nada me sirve. Me parece que esos dos corceles son vuestros. Así que querría pediros, con la promesa de devolveros el servicio y galardón, que vos en préstamo o como don, me dejéis uno, el que sea.

-Pues escoged entre los dos el que os plazca -contestó.»

El otro, como que estaba en gran necesidad, no fue a escoger el mejor, ni el más hermoso ni el más grande, sino que montó al punto el que encontró más cerca de él. Pronto lo ha lanzado al galope. Mientras, caía muerto el que había dejado, pues demasiado lo había en aquella jornada fatigado y abusado.

[300] El caballero sin ningún respiro se va armado a través del bosque. Y mi señor Galván detrás lo sigue y le da caza con ahínco cuando ya había traspasado una colina. Después de avanzar gran trecho encontró muerto el corcel que había regalado al caballero, y vio muchos rastros de caballos y restos de escudos y de lanzas en torno. Se figuró que había habido gran pelea de varios caballeros, y mucho le apenó y disgustó no haber llegado a tiempo. No se paró allí largo rato, sino que avanza con raudo paso. Hasta que adivinó que volvía a ver al caballero: muy solo, a pie, con toda su armadura, el yelmo lazado, el escudo al cuello, ceñida la espada, había llegado junto a una carreta.

Por aquel entonces las carretas servían como los cadalsos de ahora; y en cualquier buena villa, donde ahora se hallan más de tres mil no había más que una en aquel tiempo. Y aquélla era de común uso, como ahora el cadalso, para los asesinos y traidores, para los condenados en justicia, y para los ladrones que se apoderaron del haber ajeno con engaños o lo arrebataron por la fuerza en un camino. El que era cogido en delito era puesto sobre la carreta y llevado por todas las calles. De tal modo quedaba con el honor perdido, y ya no era más escuchado en cortes, ni honrado ni saludado. Por dicha razón, tales y tan crueles

eran las carretas en aquel tiempo, que vino a decirse por vez primera lo de: «Cuando veas una carreta y te salga al paso, santíguate y acuérdate de Dios, para que no te ocurra un mal.»

El caballero a pie, sin lanza, avanza hacia la carreta, y ve a un enano sobre el pescante, que tenía, como carretero, una larga fusta en la mano; [350] y dice el caballero al enano:

«Enano, ¡por Dios!, dime si tú has visto por aquí pasar a mi señora la reina.»

El enano, asqueroso engendro, no le quiso dar noticias, sino que le contesta:

«Si quieres montar en la carreta que conduzco, mañana podrás saber lo que le ha pasado a la reina.»

Mientras aquél reanuda su camino, el caballero se ha detenido por momentos, sin montar. ¡Por su desdicha lo hizo y por su desdicha le retuvo la vergüenza de saltar al instante a bordo! ¡Luego lo sentirá!

Pero Razón, que de Amor disiente, le dice que se guarde de montar, le aconseja y advierte no hacer algo de lo que obtenga vergüenza o reproche. No habita el corazón, sino la boca, Razón, que tal decir arriesga. Pero Amor fija en su corazón y le amonesta y ordena subir en seguida a la carreta. Amor lo quiere, y él salta; sin cuidarse de la vergüenza, puesto que Amor lo manda y quiere.

A su vez mi señor Galván acercábase hacia la carreta; y cuando encuentra sentado encima al caballero, se asombra y dice:

«Enano, infórmame sobre la reina, si algo sabes.»

Contesta el enano:

«Si tanto te importa, como a este caballero que aquí se sienta, sube a su lado, si te parece bien y yo te llevaré junto con él.»

Apenas le oyó mi señor Galván, lo consideró como una gran locura, y contestó que no subiría de ningún modo; pues haría desde luego un vil cambio si trocara su caballo por la carreta.

«Pero ve adonde quieras, que por doquier vayas, allí iré yo.»

Así se ponen en marcha; él cabalga, aquellos dos van en carreta, y juntos mantenían un mismo camino. Al caer la tarde llegaron a un castillo. Sabed bien que el castillo era muy espléndido y de arrogante aspecto.[400]

Los tres entran por una puerta. Del caballero, traído en la carreta, se asombran las gentes. Pero no lo animan desde luego; sino que lo abuchean grandes y pequeños, viejos y niños, a través de las calles, con gran vocerío. El caballero oyó decir de él muchas vilezas y befas. Todos preguntan:

«¿A qué suplicio destinarán al caballero? ¿Va a ser despellejado, ahorcado, ahogado, o quemado sobre una hoguera de espino? ¿Di, enano, di, tú que lo acarreas, en qué delito fue aprehendido? ¿Está convicto de robo? ¿Es un asesino, o condenado en pleito?»

El enano mantiene obstinado silencio, y no responde ni esto ni aquello. Conduce al caballero a su albergue -y Galván sigue tenazmente al enano- hacia un torreón que se alzaba en un extremo de la villa sobre el mismo plano. Pero por el otro lado se extendían los prados y por allí la torre se alzaba sobre una roca escarpada, alta y cortada a pico. Tras la carreta, a caballo entra Galván en la torre.

En la sala se han encontrado una doncella de seductora elegancia. No había otra tan hermosa en el país, y la ven acudir acompañada por dos doncellas, bellas y gentiles.

Tan pronto como vieron a mi señor Galván, le demostraron gran alegría y le saludaron. También preguntaron por el caballero:

«Enano, ¿qué delito cometió este caballero que llevas apresado?»

Tampoco a ellas les quiso dar explicaciones el enano. Sino que hizo descender al caballero de la carreta, y se fue, sin que supieran adonde iba.

Entonces descabalga mi señor Galván, y al momento se adelantan unos criados que los desvistieron a ambos de su armadura.

[450] La doncella del castillo hizo que les trajeran dos mantas forradas de piel para que se pusieran encima. Cuando fue la hora de cenar, estuvo bien dispuesto la cena. La doncella se sienta en la mesa al lado de mi señor Galván. Por nada hubieran querido cambiar su alojamiento, en busca de otro mejor; ¡a tal punto fue grande honor y compañía buena y hermosa la que les ofreció durante toda la noche la doncella!

Cuando hubieron bien comido, encontraron preparados dos lechos, altos y largos, en una sala. Allí había también otro, más bello y espléndido que los anteriores. Pues, según lo relata el cuento, aquél ofrecía todo el deleite que puede imaginarse en un lecho. En cuanto fue tiempo y lugar de acostarse la doncella acompaña a tal aposento a los dos huéspedes que albergaba, les muestra los dos lechos hermosos y amplios y les dice:

«Para vosotros están dispuestos aquellas dos camas de allá. En cuanto a esta de aquí, en ella no puede echarse más que aquel que lo merezca. Ésta no está hecha para vosotros.»

Entonces le responde el caballero, el que llegó sobre la carreta, que considera como desdén y baldón la prohibición de la doncella.

«Decidme pues el motivo por el que nos está prohibido este lecho.»

Respondió ella, sin pararse a pensar, pues la respuesta estaba ya meditada.

«A vos no os toca en absoluto ni siquiera preguntar. Deshonrado está en la tierra un caballero después de haber montado en la carreta. No es razón que inquiera sobre ese don que me habéis preguntado, ni mucho menos que aquí se acueste. ¡En seguida podría tener que arrepentirse! Ni os lo he hecho preparar tan ricamente para que vos os acostéis en él. Lo pagaríais muy caro, si se os ocurriese tal pensamiento.

-¿Lo veré?

-¡En verdad!

-¡Dejádmelo ver! No sé a quién le dolerá -dijo el caballero-, ¡por mi cabeza! [500] Aunque se enoje o se apene quien sea, quiero acostarme en este lecho y reposar en él a placer.»

Con que, tras haberse quitado las calzas, se echa en el lecho largo y elevado más de medio codo sobre los otros, con un cobertor de brocado amarillo, tachonado de estrellas de oro. No estaba forrado de piel vulgar, sino de marta cibelina. Por sí misma habría honrado a un rey el cobertor que sobre sí tenía. Desde luego que el lecho no era de paja ni hojas secas ni viejas esteras.

A media noche del entablado del techo surgió una lanza, como un rayo, de punta de hierro y lanzóse a ensartar al caballero, a través de sus costados, al cobertor y las blancas sábanas, al lecho donde yacía. La lanza llevaba un pendón que era una pura llama. En el cobertor prendió el fuego, y en las sábanas y en la cama de lleno. Y el hierro de la lanza pasa al lado del caballero, tan cerca que le ha rasgado un poco la piel, pero no le ha herido apenas. Entonces el caballero se ha levantado; apaga el fuego y empuña la lanza y la arroja en medio de la sala. No abandona por tal incidente su lecho, sino que se vuelve a acostar y a dormir con tanta seguridad como antes.

Al día siguiente por la mañana, al salir el sol, la doncella del castillo encargó la celebración de una misa, y envió a despertar y levantar a sus huéspedes. Después de cantada la misa, el caballero que se había sentado en la carreta se acodó pensativo en la ventana ante la pradera y contempló a sus pies el valle herboso.

En la otra ventana de al lado estaba la doncella; allí algo le murmuraba al oído mi señor Galván. No sé yo qué, ni siquiera el tema de su charla.

[550] Pero mientras estaban en la ventana, en la pradera del valle, cerca del río, vieron acarrear un ataúd. Dentro yacía un caballero y a sus costados un llanto grande y fiero hacían tres doncellas. Detrás del ataúd ven venir una escolta. Delante avanzaba un gran caballero que conducía a su izquierda a una hermosa dama.

El caballero de la ventana reconoció que era la reina. Y no dejaba de contemplarla con plena atención, y se embelesaba en la larga contemplación. Cuando dejó de verla, estuvo a punto de dejarse caer por la ventana y despeñar su cuerpo por el valle. Ya estaba con medio cuerpo fuera, cuando mi señor Galván lo vio y la sujetó atrás, diciéndole:

«Por favor, calmaos. ¡Por Dios, no pretendáis ya cometer tal desvarío! ¡Gran locura es que odiéis vuestra vida!

-Con razón, sin embargo, lo hace -dijo la doncella-. ¿Adonde irá que no sepan la noticia de su deshonor, por haber estado en la carreta? Bien debe querer estar muerto, que más valdría muerto que vivo. La vida será desde ahora vergonzosa, triste y desdichada.»

Así los caballeros pidieron sus armas y revistieron su arnés. Entonces, demostró su cortesía y su hidalguía la doncella en un gesto de generosidad. Al caballero de quien se había burlado y al que reprendiera le regaló un caballo y una lanza, en testimonio de simpatía y amistad.

Los caballeros se despidieron corteses y bien educados de la doncella, y después de saludarla se encaminaron por donde vieran marchar al cortejo. Esta vez salieron del castillo sin que nadie les hablara una palabra.

A toda prisa se van por donde habían visto a la reina. [600] No alcanzan a la escolta que se había alejado. Desde la pradera penetran en un robledal, y encuentran un camino de piedras. Siguieron a la ventura por el bosque, y sería la hora prima del día cuando, en un cruce de caminos, encontraron a una doncella y ambos la saludaron. Cada uno le pregunta y suplica que les diga, si lo sabe, adonde se han llevado a la reina. Como persona sensata les responde:

«Si me pudierais dar vuestra promesa de servirme, bien podría indicaros el camino directo, la senda, y aún os diría, el nombre de la tierra y del caballero que allí la lleva. Aunque ha de sufrir grandes rigores quien quiera entrar en aquella comarca. Antes de llegar allí encontrará mil dolores.»

Mi señor Galván le dice:

«Doncella, así Dios me ayude, que yo os prometo a discreción, poner a vuestro servicio, cuando os plazca, todo mi poder, con tal que me digáis la verdad.»

Y el que estuvo en la carreta no dice que promete todo su poder, sino que afirma -como es propio de aquel a quien Amor hace rico, poderoso y atrevido a todo- que sin temor ni reparo, se pone y ofrece a sus órdenes con toda su voluntad.

«Entonces os lo diré -contesta ella-. Por mi fe, señores, fue Meleagante, un caballero muy fuerte y tremendo, hijo del rey de Gorre, quien la apresó; y se la ha llevado al reino de donde ningún extranjero retorna, sino que por fuerza mora en el país, en la servidumbre y el exilio.»

Y entones él le pregunta:

«¿Doncella, dónde está esa tierra? ¿Dónde podremos buscar el camino?»

Ella responde:

«Ya lo vais a saber. Pero tenedlo por seguro, encontraréis por el camino muchos obstáculos y malos pasos. [650] Que no es cosa ligera el entrar allí, de no ser con el permiso del rey, que se llama Baudemagus. De todos modos sólo se puede entrar por dos vías muy peligrosas, dos pasajes muy traidores. El uno se denomina: El Puente bajo el Agua. Porque ese puente está sumergido y la altura del agua al fondo es la misma que la de por encima del puente, ni más ni menos, ya que está justo a mitad de la corriente. Y no tiene más que pie y medio de ancho, y otro tanto de grueso. Vale la pena no intentarlo y, sin embargo, es el menos peligroso; aunque haya además aventuras que no digo. El otro es el puente peor y más peligroso, tanto que ningún humano lo ha cruzado. Es cortante como una espada y por eso todo el mundo lo llama: el Puente de la Espada. La verdad de cuan-puedo deciros os he contado.»

Luego le pregunta él:

«Doncella, dignaos indicamos esos dos caminos.»

Y la doncella responde:

«Ved aquí el camino directo al Puente bajo el Agua, y el de más allá va derecho al Puente de la Espada.»

Entonces dice de nuevo el caballero que fue carretero:

«Señor, me separo de vos de grado. Elegid uno de estos dos caminos y dejadme el otro a mi vez. Tomad el que más os guste.

-Por mi fe -dice mi señor Galván-, muy peligroso y duro es tanto uno como otro paso. Me siento poco sabio para la elección, no sé cuál escoger con acierto. Pero no es justo que por mi haya demora, ya que me habéis propuesto la elección. Tomaré el camino al Puente bajo el Agua.

-Entonces es justo que yo me dirija al Puente de la Espada, sin discusión -dijo el otro- y accedo a gusto.»

Con que allí se separan los tres. [700] El uno al otro se han encomendado, de todo corazón, a Dios. La doncella cuando los ve marchar, dice así:

«Cada uno de vosotros debe devolver el galardón a mi gusto, en el momento que yo escoja para reclamarlo. Cuidad de no olvidarlo.

-¡No lo olvidaremos, de verdad, dulce amiga!», dicen los dos.

Cada uno se va por su camino. El caballero de la carreta va sumido en sus pensamientos como quien ni fuerza ni defensa tiene contra Amor que le domina.

Su cuita es tan profunda que se olvida a sí mismo, no sabe si existe, no recuerda ni su nombre, ni si armado va o desarmado, ni sabe adonde va ni de dónde viene. Nada recuerda en absoluto, a excepción de una cosa, por la que ha dejado las demás en olvido. En eso sólo piensa tan intensamente que ni atiende ni ve ni oye nada.

Mientras tanto su caballo le lleva rápido, sin desviarse por mal camino, sino por la senda mejor y más derecha. Así marchaba en pos de la aventura. Así le ha conducido a un campo llano.

En aquel prado había un vado, y al otro lado del río se erguía el caballero que lo guardaba.

Junto a él había una doncella montada en un palafrén.

Había pasado casi la hora nona, y todavía permanecía el caballero sin cansancio abstraído en su meditación. Su caballo, que tenía gran sed, vio hermoso y claro el vado, y corrió hacia el agua al divisarla.

Pero el caballero que estaba en la otra ribera le grita:

«¡Caballero, yo guardo el vado, y os lo prohíbo!»

El otro no lo oye ni entiende ya que su meditar no le deja. Sin reparos se precipita su caballo hacia el agua. El guardián le grita que lo retenga:

[750] «¡Deja el vado y te portarás como sensato, que por acá no se permite el paso!»

Y jura por su corazón que si penetra en el vado, lo atacará con su lanza. El otro sigue ensimismado sin detener al caballo que a la carrera salta al agua y comienza a beber a

grandes tragos. El guardián dice que se arrepentirá y que no ha de protegerle al trasgresor ni su escudo ni su yelmo.

Pone luego su caballo al galope y lo aguija a un galope tendido. Y lo hiere y derriba toda su altura en medio del vado que le había vedado antes. Del mismo modo perdió el caído la lanza y el escudo que pendía de su cuello.

Apenas siente el agua, se sobresalta, y de un salto se pone en pie aún medio atontado; como quien se despierta de un sueño vuelve en sí, y mira en torno extrañado y busca a quien le hirió. Entonces ha visto al otro caballero. Y así le grita:

«¡Villano! ¿Por qué me habéis atacado, decidme, cuando yo ignoraba vuestra presencia y no os había causado ningún daño?

-¡Por mi fe, que lo habíais hecho! -dice el otro-. ¿No me estimasteis como cosa vil, cuando por tres veces os prohibí el vado y os lo dije lo más alto que pude gritar? Bien me oísteis desafiaros dos o tres veces. Y aun así pasasteis adelante. Bien dije que os daría con mi lanza hasta que os viera en el agua.»

A lo cual responde el caballero:

«¡Maldito sea si os oí jamás o si jamás os vi, que yo sepa! Bien pudo ser que me prohibierais pasar el vado, pero estaba absorto en mis pensamientos. ¡Sabed de seguro que en mala hora me atacasteis si puedo echar al menos una de mis manos en el freno de vuestro caballo!»

Contesta él:

«¿Qué pasaría? Podrás tenerme a tu gusto por el freno, si te atreves a cogerlo. No aprecio ni en un puñado de cenizas tu amenaza y tu orgullo.»

[800] Y responde el otro:

«No quiero más otra cosa. Pase lo que tenga que pasar, he de tenerte a mi merced.»

Entonces el caballero avanza al medio del vado. El otro le coge de las riendas con la mano izquierda y de la cadera con la diestra. Le agarra y tira y aprieta tan duramente que el guardián se lamenta de dolor; le parece sentir que con violencia le desgarra su pierna del cuerpo. Así le ruega que lo deje y le dice:

«¡Caballero, si te place combatir conmigo de igual a igual, toma tu escudo y tu lanza y tu caballo y ven a justar contra mí!»

Aquél responde:

«No lo haré, por mi fe, que temo que huirías de mí en cuanto te vieras libre.»

El otro, al oírlo, tuvo gran vergüenza, y le dice de nuevo:

«Caballero, monta sobre tu caballo con toda confianza. Yo te garantizo lealmente que ni cederé ni huiré. Me has dicho una infamia; y enojado estoy por tal.»

Y el otro toma de nuevo la palabra:

«Antes me habrás dado como garantía tu juramento. Quiero que me des tu palabra de honor que no te apartarás ni huirás, y que no me tocarás ni te acercarás a mí, hasta que no me veas a caballo. Te habré hecho buen favor, si, ahora que te tengo, te suelto.»

Aquél le dio su palabra; que ya no podía más.

Cuando el caballero tuvo la fianza, recogió su escudo y su lanza que por el río flotando iban y a toda prisa se alejaban. Ya estaban un largo trecho más abajo. Luego regresa a por su caballo. Cuando lo hubo alcanzado y estuvo montado, empuñó las correas del escudo y puso la lanza en ristre sobre el arzón. Entonces se enfrentan el uno contra el otro a galope tendido de las monturas.

[850] El que debía custodiar el vado carga el primero contra el otro, y con tanto ímpetu lo alcanza que su lanza vuela en pedazos al golpe. Pero el otro le hiere en respuesta de tal modo que lo envía al medio del vado, tan derribado que el agua lo tapó por entero.

Después el de la carreta retrocede y desmonta, porque pensaba que cien enemigos como aquél podría derribar y perseguir. De su vaina desenfunda la espada de acero. El otro se pone en pie y desenvaina la suya, buena y con destellos. Se entreatacan cuerpo a cuerpo. Por delante ponen los escudos, donde reluce el oro, y con ellos se cubren. Las espadas realizan un duro trabajo, sin conclusión ni reposo, y muy fieros golpes se asestan uno a otro. La batalla tanto se prolonga que el caballero de la carreta se avergüenza de corazón, al pensar que mal llevará a cabo la tarea de la aventura emprendida, cuando tan largo espacio emplea en vencer a un solo caballero… ¡Si ayer, piensa él, no habría encontrado en valle alguno cien tales que hubieran podido resistirle! Así está muy dolido y airado, por haber empeorado hasta tal punto, que yerra sus golpes y en vano consume su jornada. Entonces arrecia su embestida, y tanto lo asedia que el otro ya cede y retrocede. Desampara y le deja libre el vado y el paso, muy a su pesar. Pero él lo persigue de todas formas, hasta que le derriba de bruces.

El viajero de la carreta avanza sobre él entonces, y le recuerda que bien puede ver cuan desdichado fue al derribarlo en el vado y sacarlo de su ensimismado pensar.

La doncella que consigo llevaba el guardián del vado ha escuchado y oído las amenazas. Con gran espanto le suplica que, por ella, lo perdone y no lo mate. El otro contesta que no puede, en verdad, perdonarlo, porque le ha infligido gran afrenta.

Luego va sobre él con la espada desnuda. El caído le dice, despavorido:

«¡Por Dios y por mí, conceded la gracia que ella y yo os suplicamos!

-Pongo a Dios por testigo -responde él- [900] que nadie, por mucho mal que me hiciera, si me suplicó gracia por Dios, hay al que en nombre de Dios no lo haya perdonado una vez. Y así lo haré contigo, pues no te lo debo rehusar, cuando así me lo has suplicado. Pero, aun así, te comprometerás a entregarte como prisionero, donde yo quiera, cuando te lo reclame.»

El vencido lo otorgó con gran pesadumbre.

La doncella intervino entonces:

«Caballero, por tu liberalidad, ya que él te pidió gracia y tú se la has concedido; si alguna vez liberaste a un prisionero, deja a éste libre. Concédeme salvarlo de su cautividad; con la promesa de que a su debido tiempo te devolveré tal galardón, cuando te convenga, según mi poder.»

Entonces él comprendió quién era, por las palabras dichas. Así que dejó al vencido libre de su compromiso. Ella tuvo temor y vergüenza al pensar que la había conocido, ya que tal cosa no deseaba. Mas el desconocido se parte en seguida. El caballero y la doncella se despiden de él y lo encomiendan a Dios. Él les da su adiós, y se va.

Al caer la noche encontró a una doncella, que le salió al paso, muy hermosa y distinguida, muy graciosa y bien vestida. La doncella le saluda, de modo discreto y bien educado, y él le responde:

¡«Sana y dichosa, doncella, os conserve Dios!

-Señor -dice ella-, mi casa está aquí cerca preparada para albergaros, si aceptáis mi invitación. Pero con una condición habéis de albergaros; con la de acostaros conmigo. De tal modo os lo ofrezco e invito.»

Muchos hay que por tal invitación le habrían dado mil gracias. Pero el caballero al pronto se entristeció y le respondió de otra manera:

[950] «Doncella, por vuestro hospedaje os estoy muy agradecido. En mucho lo aprecio. Pero, si os place, prescindiría muy bien del acostamiento.

-¡Pues de otro modo no ha de ser, por mis ojos!» dijo la doncella.

Él, como que no puede mejorar la ocasión, lo concede a gusto de ella. Sólo al asentir ya se le quiebra el corazón. ¡Cuando .tanto lo lastima la sola promesa, cuál será la tristeza al acostarse! Mucho orgullo y tristeza habrá de sufrir la doncella que lo guía. Y, tal vez, al amarle ella con pasión, no se resigne a dejarlo marchar.

Después de haber accedido a su proposición y deseo lo conduce hasta un castillo. No encontraríase uno más bello de aquí hasta Tesalia. Estaba protegido en su circunferencia por altos muros y por un foso de agua profunda. Y allí dentro no se encontraba más hombre que el que ella esperaba.

Allá había mandado la doncella, para su residencia, construir un buen número de habitaciones y un gran salón principal.

Cabalgando por la vera de un río llegaron a la mansión. El puente levadizo estaba bajo para permitirles el paso. Una vez cruzada la entrada sobre el puente han encontrado abierta la gran sala, con su artesonado de tejas. Por el portal que encontraron abierto penetran y ven una gran mesa, amplia y larga, cubierta con su mantel. Encima estaban servidos los platos, encendidas todas las velas en los candelabros, y las grandes copas de plata dorada y dos jarras, una llena de vino de moras y la otra de un fuerte vino blanco. A un lado de la mesa, sobre uno de los bancos, encontraron dos palanganas llenas de agua caliente para lavarse las manos; y al costado han hallado una toalla de hermosos bordados, hermosa y blanca, para secarse las manos.

Allá no encontraron ni atisbaron criado, lacayo ni escudero. [1000] El caballero se quita el escudo del cuello y lo cuelga de un gancho, y toma su lanza y la deposita sobre el rastrillo de un pesebre. Luego salta de su caballo al suelo, y la doncella desciende del suyo. Al caballero le pareció muy bien que ella no esperara a que él la ayudase a desmontar. Apenas hubo descendido sin demora ni vacilación corre a una cámara de donde saca para él un manto escarlata y se lo pone sobre los hombros.

La sala no estaba en sombras, por más que en el cielo lucían ya las estrellas. Por el contrario había allí dentro tantas velas y antorchas grandes y ardientes que la claridad la inundaba. Después de ponerle el manto al cuello, le dijo la doncella:

«Amigo, ved el agua y la toalla. Nadie os la ofrece ni brinda puesto que a nadie veréis sino a mí. Lavad vuestras manos y sentaos, comed cuando os apetezca y venga en gana. La hora y la comida bien lo piden, como podéis ver. Así que lavaos y venid a sentaros.

-¡Con mucho gusto!»

Y él se sienta y ella, muy contenta, a su lado. Juntos comieron y bebieron hasta el fin de la cena. Cuando se hubieron levantado de la mesa, le dijo la doncella al caballero:

«¡Señor, salid fuera a distraeros, si no os causa molestia, y aguardad allí, si os place, hasta que calculéis que ya estoy acostada. No os enoje ni fastidie la demora, porque bien podéis venir a tiempo, si vais a cumplir vuestra promesa.»

Repuso él:

«Yo os mantendré la promesa. De modo que volveré cuando piense que es ya hora.»

Entonces se sale fuera y allí se demora un gran rato, pues debe mantener su promesa.

[1050] Vuelve de nuevo a la sala, pero no encuentra allí a la que se hizo su amiga, que allí desde luego no estaba.

Cuando ni la encuentra ni la ve, se dice:

«En cualquier lugar que esté, iré en su busca hasta hallarla.» Y no se retrasa en la busca, por la promesa que le tenía.

Al entrar en una cámara oye gritos de una joven. Y era la misma con la que había de acostarse.

De pronto advierte la puerta abierta de otra habitación. Hacia allá va, y ante sus ojos presencia cómo un caballero la había derribado y la tenía echada de través sobre la cama, después de desnudarla. Ella que estaba bien segura de que acudiría en su ayuda, gritaba bien alto:

«¡Ay! ¡Ay! ¡Caballero, tú que eres mi huésped! Si no me quitas a éste de encima, va a ultrajarme en tu presencia. Tú eres quien debe compartir mi lecho, como has pactado conmigo. ¿Me someterá éste ahora a su deseo, bajo tu mirada, a la fuerza? ¡Gentil caballero, esfuérzate pues en venir en mi socorro a toda prisa!»

Él ve que muy vilmente tenía el otro a la doncella desnuda hasta el ombligo. La escena le produce gran vergüenza y pesar, por el hecho de que el atacante acerque su desnudez a la de ella. Por otra parte el espectáculo no le enardecía su deseo ni tampoco los celos.

Además a la entrada había como porteros, bien armados, dos caballeros con espadas desnudas en la mano. Más allá cuatro lacayos estaban en pie. Cada uno blandía un hacha, capaz de partir en dos una vaca por mitad del espinazo, tan fácilmente como segar la raíz de un enebro o una retama.

El caballero en la puerta se detiene y cavila:

«¿Dios, qué podré yo hacer? Me mueve en mi aventura nada menos que el rescate de la reina Ginebra. [1100] De ningún modo puedo tener corazón de liebre, cuando por tal motivo estoy en esta búsqueda.

»Si Cobardía me presta su corazón, y si obro a su mandato, no conseguiré lo que persigo. ¡Deshonrado quedo si aquí me tardo! Incluso me resulta ahora un gran esfuerzo haber mencionado la tardanza. Por ello tengo ya el corazón triste y ensombrecido. Ahora siento vergüenza, ahora desespero, tanto que morir quisiera por haberme tanto detenido aquí. ¡Que Dios no tenga piedad de mí, si lo digo por vanidad, y si no quiero mejor morir con honor que vivir con infamia! Si tuviera el paso franco, ¿qué honor habría merecido, si éstos me dieran su permiso para pasar más allá sin disputa? Entonces podría pasar, sin mentir, hasta el más cobarde de los vivientes. Bastante he oído a esta desgraciada suplicarme socorro repetidamente, y me recuerda mi promesa y me la echa en cara.»

Al instante se acerca a la puerta e introduce el cuello y la cabeza por una ventana de al lado, y levanta la vista al asomarse así. Ve caer sobre él las espadas y súbito se retira de un brinco. Los dos caballeros no pudieron detener su ímpetu, una vez lanzados a descargar el golpe. En tierra dan con sus espadas con tal fuerza que ambas se hicieron pedazos.

Una vez quebrados los aceros, él tuvo menos aprecio por las hachas y menos temió a quienes las manejaban. Con que salta entre ellos y de un golpe al costado hiere a un lacayo, y luego a otro. A los dos que encontró más cerca les da con puños y brazos hasta abatirlos fuera de combate. El tercero erró su golpe. Pero el cuarto le atina, al descargar el golpe. Del tajo rasga la capa y en todo el hombro lo hiere, de modo que su camisa y su blanca carne se tiñen de la sangre que gotea.

[1150] Pero nada consigue detenerle, ni se queja de su herida. Rápido avanza a grandes saltos y levanta, agarrándolo por las sienes, al que pretendía forzar a su anfitriona. ¡Bien podrá mantenerle su promesa, antes de partir!

A pesar de su resistencia, alza en pie al rufián. Mientras, el que había fallado su golpe, corre hacia el caballero, a toda marcha, y blande en alto el hacha. Cree que lo va a hendir de un tajo, desde la cabeza hasta los dientes. Pero él sabe defenderse bien, y pone por delante al otro rufián. El del hacha le asesta el golpe allí donde el hombro se une al cuello, con tal furia que escinde uno de otro.

Entonces el caballero se apodera del hacha, la arrebata de las manos de su enemigo y arroja al herido. Bien le convenía defenderse, pues que contra él cargaban los tres felones con sus

hachas, que muy duramente lo asedian. Con toda intención salta a parapetarse entre la cama y la pared. Les grita:

«¡Ahora, venga, todos contra mí! ¡Aunque fuerais veintisiete, ahora que tengo un parapeto os daré batalla a destajo; y no seré yo quien antes se fatigue de ella!»

La doncella, que contemplaba la escena, dice entonces:

«¡Por mis ojos, no tengáis cuidado desde ahora en adelante, mientras esté yo presente!»

Al momento manda retirarse a los caballeros y lacayos. Y se fueron todos de allí, sin demoras ni excusas.

Luego dijo la doncella:

«Señor, habéis defendido bien mi honor, contra toda mi mesnada. Ahora venid, yo os guío.»

A la sala regresan cogidos de la mano. Él no iba precisamente encantado; sino que muy a gusto se hubiera hallado bien lejos de allí. Una cama estaba ahora hecha en medio de la sala. Sus sábanas relucían de limpias, blancas, amplias, desplegadas. Tampoco la colcha era, ¡ni mucho menos!, de paja deshilachada ni de áspero esparto. [1200] Y sobre la colcha estaba extendido un sedoso cobertor de varios colores. Allí se acostó la doncella, aunque sin quitarse la camisa.

Al caballero le da grandes fatigas y reparos desnudarse. No puede evitar sudar de disgusto. De todos modos, a pesar de sus angustias, su promesa le obliga y va a cumplirla. ¿Es pues un hecho de fuerza? Como si lo fuera. Por fuerza tiene que ir a acostarse con la doncella. Su promesa lo emplaza y reclama. Se acuesta pues sin apresurarse. Pero no se quita tampoco la camisa, como no lo hizo la doncella. Cuida mucho de no tocarla; sino que se va a un extremo y allí se queda de espaldas. Sin decir una palabra, como a un fraile converso a quien le está prohibido hablar cuando está echado en su lecho. Ni una vez vuelve su mirada ni hacia ella ni a otro lado. No le puede hacer buena cara. ¿Por qué? Porque no siente el corazón su atractivo, que en otro lugar su atención está fijada. Así que no le atrae ni le seduce lo que tan hermoso y amable sería a cualquier otro.

El caballero no tiene más que un solo corazón; y éste no está ya más en su poder, sino que está gobernado desde lejos y no lo puede prestar a otra persona. Entero lo obliga a fijarse en un lugar Amor, que sojuzga todos los corazones. ¿Todos? No, desde luego, tan sólo los que él aprecia. Bien se debe estimar en más, aquél que Amor se digna sojuzgar. Y el corazón del caballero apreciaba tanto, que lo sojuzgaba por encima de los demás, y lo colmaba de tremenda fiereza. Por tanto no quiero reprocharle si renuncia a lo que Amor le prohíbe, y obedece lo que quiere Amor.

La doncella se da cuenta y entiende que aquél aborrece su compañía y se pasaría bien sin ella. No tiene intención de abrazarla. Ella lo comprende y le dice:

[1250] «Si no os ha de pesar, señor, me iré de aquí. Iré a acostarme a mi cámara y vos os quedaréis más a gusto. No creo que os plazca demasiado mi encanto ni mi compañía. No lo tengáis como descortés, si os digo lo que pienso. Ahora reposad bien esta noche, que me

habéis cumplido tan bien vuestra promesa, que no os podría reclamar en derecho nada más. No me queda más que encomendaros a Dios y marcharme.»

Luego se levanta. El caballero en absoluto se apena; antes bien la deja marcharse a gusto, como quien ama por entero a otra. Claramente lo comprende la doncella por la muestra. Así que se ha retirado a su cámara donde se acuesta sin camisa, al tiempo que se dice a sí misma:

«Desde que por vez primera conocí a un caballero, no he conocido a uno solo, a excepción de éste, que valiera la tercera parte de un doblón angevino. Seguro que, como pienso y sospecho, quiere intentar una tan gran empresa tan peligrosa y fiera que no osó emprender ningún otro caballero. ¡Qué Dios le permita llegar hasta el final!» En seguida se adormeció y durmió hasta que apareció el claro día.

Al rayar el alba, presurosa se levanta. Tan pronto se despierta el caballero, se apresta y reviste su arnés sin más ayuda. Así que cuándo se le presenta la doncella lo encuentra ya equipado.

-Buen día os dé Dios hoy -dice ella al verle.

«¡Y a vos, doncella, así sea!», dice él a su vez. Y agrega que se le hace tarde; que saquen su caballo de los establos. Ella dio órdenes de que se lo trajeran, y dice:

[1300] «Señor, yo me iría con vos un buen trecho por ese mismo camino, si es que vos os atrevéis a guiarme y acompañarme, de acuerdo con los usos y costumbres establecidos en el reino de Logres desde antes de nuestro nacimiento.»

Las costumbres y franquicias eran así, por aquel entonces: que si un caballero encontraba sola a una damisela o a una doncella villana no la atacaba, así tuviera antes que cortarse el cuello, por todo su honor, si pretendía conservar su buen renombre. Y, en caso de forzarla, para siempre quedaba deshonrado en todas las cortes. Pero si la joven era acompañada por otro, entonces a cualquiera que le gustara, que presentara batalla y venciera por las armas a su defensor, podía hacer con ella su voluntad sin conseguir vergüenza ni reproche. Por eso le dijo la doncella que si se atrevería a escoltarla según esa costumbre, de modo que otro no pudiera molestarla, al ir en su compañía.

A lo que contestó el caballero:

«Ninguno ha de causaros enojos, os lo aseguro, si antes no me los presenta a mí.

-Entonces con vos quiero marchar», dijo ella. Hizo ensillar su palafrén. Pronto estuvo cumplida su orden. Y sacaron el palafrén de la doncella y el caballo al caballero. Ambos montan sin escudero. Y salen con rápido trote.

Ella le da conversación; pero él no presta atención a su charla. Más bien rehúsa el diálogo. Le gusta meditar; hablar le enoja.

Amor muy a menudo le reabre la herida que le ha causado. Jamás le aplicó vendajes para curar ni sanar. No tiene intención ni deseos de buscar emplastos ni médicos, a menos que su herida no empeore. Pero aún eso lo incitaría más y más.

Marcharon por sendas y senderos, siguiendo el camino más recto, hasta que llegaron a la vista de una fuente.

La fuente estaba en medio de un prado, y a su lado había un bloque de piedra. [1350] En la roca vecina había olvidado no sé quién un peine de marfil dorado. Jamás, desde los tiempos del gigante Isoré no había visto uno tan bello hombre cuerdo ni loco. Y en el peine había dejado medio puñado de cabellos la que se había peinado con él.

Cuando la doncella atisbo la fuente y vio la escalerilla no quiso que el caballero los apercibiera e intentó desviarse por otro camino. Él, que iba deleitándose y saciado con su meditación muy a placer, no se dio cuenta al momento de que ella se salía del camino. Pero cuando lo notó, temió que se tratara de algún engaño, que la joven se apartaba y se salía del camino para esquivar algún peligro.

«¡Atención, doncella -dijo-, que no vais bien! ¡Venid por acá! Nunca, pienso, puede adelantarse quien se sale de esta senda.

-Señor, iremos mejor por aquí -replicó la doncella-. Lo sé bien.»

Respondió el caballero:

«No sé yo lo que pensáis, doncella, pero bien podéis ver que éste es el camino batido y recto. Una vez que por él he tomado, no me volveré en otro sentido. No obstante, si os place, idos por ahí; que yo iré por éste libremente.»

Así avanzan hasta llegar cerca de la mole de piedra y ver el peine.

«Jamás, por cierto, en lo que recuerdo -dice el caballero- vi tan hermoso peine como ése de ahí.

-Dádmelo -dice la doncella.

-Con mucho gusto, doncella», dice él.

Entonces se baja y lo recoge. Cuando lo tiene en sus manos, lo mira con mucha atención, y remira los cabellos. Mientras, ella empezó a reír. Y cuando se da cuenta, le pregunta por qué ríe, que se lo diga. Responde la joven:

«Callad, que no he de decíroslo por ahora.

-¿Por qué? -dice él.

-Porque no me importa nada», contesta.

[1400] Entonces él insiste, como quien piensa que ni una amiga a un amigo, ni un amigo a una amiga deben engañarse bajo ningún pretexto:

«Si vos amáis a algún ser de todo corazón, doncella, por él os pido y suplico que no me ocultéis más vuestro secreto.

-Demasiado en serio me lo invocáis -dijo ella-; así que os lo diré, sin mentir en nada. Este peine, si es que alguna vez supe algo seguro, fue de la reina. Lo sé bien. Y creedme además

una cosa: los cabellos tan bellos, lucientes y claros, que veis prendidos entre sus dientes, fueron de la cabellera de la reina. Nunca crecieron en otro prado.

-Por mi fe, hay muchas reinas y reyes. ¿A quién queréis referiros?», dijo el caballero.

Y ella contestó:

«¡Por la fe mía, señor, a la esposa del rey Arturo !»

Al oírla él, no pudo resistirlo su corazón y a punto estuvo de caer doblado. Por fuerza tuvo que apoyarse por delante en el arzón de su silla de montar. La doncella que lo vio se asombra y, sorprendida, temió que cayera. Si tuvo tal temor no la censuréis; creyó que el caballero se había desmayado.

Y así estaba él casi desvanecido, que muy poco le faltó. Tenía tal dolor en el corazón que la palabra y el color tuvo perdidas por buen rato. Con que la doncella se bajó de la montura y corrió con toda prisa para apoyarlo y contenerlo, pues no hubiese querido, por nada en el mundo, verlo caer a tierra.

Apenas se dio cuenta, el caballero se avergonzó, y la interpeló:

«¿Qué venís a hacer aquí delante?»

[1450] No temáis que la doncella le haga reconocer la razón. Que le hubiera causado vergüenza y pesar, y se habría afligido aún más, de haber sabido la verdad. Así que le oculta con cuidado la verdadera causa, y le contesta, la sagaz doncella:

«Señor, vengo a requerir este peine. Por eso he desmontado a tierra. Tengo tales ansias de poseerlo, que pensé que ya tardaba en tenerlo en mi mano.»

Como él está de acuerdo en concederle el peine, se lo da; pero retira los cabellos de modo tan suave que no se quiebra ninguno. Jamás ojos humanos verán honrar con tal ardor ninguna otra cosa. Empieza por adorarlos. Cien mil veces los acaricia y los lleva a sus ojos, a su boca, a su frente, y a su rostro. No hay mimo que no les haga. Por ellos se considera muy rico, y por ellos alegre también. En su pecho, junto al corazón, los alberga, entre su camisa y su piel. No preciará tanto un carro cargado de esmeraldas y de carbunclos. No temía ya el ataque de una úlcera u otras enfermedades. Desdeña el diamargaritón, el elixir contra la pleuresía y la triaca medicinal. Desprecia a san Martín y a Santiago. Pues tanto confía en aquellos cabellos que no piensa necesitar de la ayuda de los santos. ¿Pues qué valían los tales cabellos? Por mentiroso y loco se me tendrá si digo la verdad. Ni por la fiesta mayor de san Denis y todo su mercado de un día rebosante hubiérase decidido el caballero, a cambio de aquellos cabellos del hallazgo; y es la pura verdad. Y si me requerís la verdad, el oro cien veces depurado y otras cien pulido luego, es más oscuro que la noche frente al día más bello de este verano, en comparación con aquellos cabellos para quien los confrontara. ¿Y para qué voy a alargar la descripción?

La doncella vuelve a montar en seguida, con el peine que lleva consigo, mientras él se deleita y contenta con los cabellos que guarda en su pecho.

[1500] Después de la llanura encuentran un bosque. Siguen por una senda que se hace más estrecha hasta tener que marchar uno tras el otro ya que de ningún modo podían pasar dos caballos de frente. La doncella avanza delante de su huésped a buen paso por tal atajo.

Por donde el sendero era más estrecho ven venir hacia ellos un caballero. Tan pronto como lo vio la doncella, lo conoció y dijo así:

«Señor caballero, ¿veis a ese que viene a vuestro encuentro todo armado y dispuesto para la batalla? Ése piensa llevárseme consigo seguramente sin encontrar defensa ninguna. Sé muy bien lo que piensa. Porque me ama, y no lo hace de modo sensato. Por sí mismo y con mensajes me ha requerido desde hace mucho tiempo. Pero mi amor tiene negado. Por nada del mundo lo podría amar. ¡Así Dios me proteja, antes moriría yo que amarlo en algún modo! Tengo por seguro que ahora rebosa de alegría y se regocija ya tanto como si me hubiera conquistado. ¡Ahora se mostrará si sois valiente! Ahora veré la demostración de la garantía que vuestra escolta protectora me ofrece. Si podéis garantizarme mi libertad, entonces diré yo sin mentir que sois valiente y gran paladín.»

Le contesta él:

«¡Avanzad, avanzad!»

Esta palabra equivalía a decir: «Poco me inquieta lo que decís, que por nada os asustáis».

Mientras van hablando así, se acerca a toda premura el caballero que avanzaba en contra, a todo galope, a su encuentro. Le alegraba apresurarse porque pensaba que no sería en vano, y por dichoso se cuenta el ver lo que más amaba en el mundo.

[1550] Tan pronto como está cerca la saluda, con la boca y el corazón, diciendo:

«¡El ser que yo más quiero, del que obtengo menos alegría y más penar, sea bien venido, de doquier que venga!»

No hubiera estado bien que ella hubiera contenido su palabra, sin devolverle, al menos con los labios, el saludo. ¡Cómo le ha complacido al caballero que la doncella le salude! Por más que su boca no se ha fatigado ni le ha costado nada tal envío. Y aunque hubiera salido como vencedor en un torneo en aquel momento, no lo hubiera apreciado en tanto, ni pensara haber conquistado tanto honor ni premio. Con tal exceso de amor y de vanagloria, la ha tomado por la rienda de su montura y dice:

«Ahora os conduciré yo. Hoy he navegado bien y con fortuna, que arribé a puerto feliz. Ahora he concluido con mi cautiverio. Desde el peligro llegué al puerto; de gran tristeza a gran euforia; de gran dolor a gran salud. Ahora se cumple todo mi deseo, ya que os encontré en tal circunstancia que puedo llevaros conmigo, y en verdad, sin cubrirme de deshonor.»

Ella contesta:

«No os envanezcáis; que este caballero me acompaña.

-¡Desde luego que os ha acompañado por su mala fortuna! -contestó- que ahora os llevo yo. Le sería más fácil tragarse un modio de sal al caballero, creo, que libraros de mí. Pienso que jamás veré a un hombre frente al que no os conquistara. Y ya que os he encontrado a mi

alcance, por mucho que le pese y le duela, os llevaré conmigo, ante sus ojos. ¡Y que haga lo que mejor le plazca!»

El otro no se encoleriza por nada de lo que le oyó decir con orgullo. Pero sin burla y sin jactancia acepta el reto en un principio. Dice:

«Señor, no os apresuréis ni gastéis vuestras palabras en vano. Hablad más bien con un poco de mesura. No se os va a negar vuestro derecho, cuando lo tengáis. [1600] Con mi acompañamiento, bien lo sabréis, ha venido aquí la doncella. Dejadla libre: Ya la habéis detenido demasiado. Aún no tiene ella que cuidarse de vos.»

El caballero contesta que lo quemen vivo si no se la va a llevar, mal que le pese.

Éste replica:

«No estaría nada bien, si yo dejara que os la llevarais. Sabedlo: Antes he de combatir por ella. Pero, si queremos pelear bien, no podemos hacerlo en este sendero, ni con el mayor esfuerzo. Así que vayamos a un camino llano, hasta un espacio abierto, un prado o una landa.»

El caballero dice que no pide nada mejor:

«Estoy muy de acuerdo. No os equivocáis en que este sendero es demasiado angosto. Mi caballo ya va muy oprimido. Y aún dudo que pueda hacerle volver grupas sin que se parta un anca.»

Entonces se da la vuelta con gran destreza, sin dañar a su caballo ni lastimarlo en nada. Dice:

«En verdad que estoy muy furioso de que no nos hayamos encontrado en un terreno amplio y ante gente. Me hubiera gustado que contemplaran cuál de los dos se portaba mejor. Mas venid pues, que los iremos a buscar. Encontraremos aquí cerca un terreno llano, espacioso y libre.»

Entonces se van hasta una pradera. En ella había doncellas, caballeros y damas que juzgaban a varios juegos. Pues era hermoso el lugar. No todos jugaban a charadas; sino también a tablas de damas y ajedrez, y otros a diversos juegos de dados. Varios jugaban a estos juegos, mientras otros de los que allí estaban, recordaban su niñez con rondas, carolas y danzas. Cantan, brincan y saltan; incluso practican deportes de lucha.

[1650] Un caballero ya de edad estaba erguido al fondo del prado sobre un caballo bayo de España. Tenía riendas y montura de oro; y el cabello entremezclado de canas. Apoyaba una mano en un costado para mantener su postura. Por el hermoso tiempo iba en camisa, sin arnés, y observaba los juegos y bailes. Un manto le cubría desde los hombros, por entero de escarlata y piel. Al otro lado, junto a un sendero, un grupo de veintitantos jinetes armados velaban sobre sus buenos caballos de Irlanda.

Tan pronto como ellos tres aparecieron, todos dejaron sus distracciones y gritaban a través del prado:

«¡Ved, ved al caballero, que fue llevado en la carreta! ¡Que nadie se dedique a jugar mientras se encuentre aquí! ¡Maldito sea quien quiera alegrarse con juegos o danzas, o lo intente, mientras ése esté aquí!»

He aquí que el caballero recién llegado, el que amaba a la doncella y la consideraba como suya, era hijo del caballero canoso. Y así se dirigió a él:

«Señor, tengo gran contento, y que lo oiga quien quiera escucharlo, de que Dios me ha dado la cosa que más he deseado en todos mis días. No me hubiera regalado tanto si me hubieran hecho rey coronado, ni por ello me sentiría más agradecido ni estuviera más beneficiado. Pues tan valioso y bello es mi botín.

-No sé si ya es tuyo», replica a su hijo el caballero. Con brusca rapidez aquél responde:

«¿Qué no lo sabéis? ¿No lo veis pues? Por Dios, señor, no tengáis la menor duda, puesto que lo veis en mi poder. En el bosque de donde vengo acabo de encontrarla que venía. Pienso que Dios me la traía, y como mía la he tomado.

-No sé aún si lo consiente ese que veo venir detrás de ti.»

[1700] Mientras hablaban estos dichos y frases, se habían detenido las danzas, a la vista del caballero de la carreta. No se hacían más juegos ni festejos por desprecio y ofensa de aquél.

En tanto el caballero, sin prestarles atención, vino muy cerca de la doncella al instante y dijo al otro:

«Dejad a esta joven, caballero. Sobre ella no tenéis ningún derecho. Si osáis otra vez, al punto la defenderé contra vos.»

Entonces dijo el viejo caballero:

«¿No me lo figuraba yo bien? Querido hijo, no retengas más a la doncella; sino que devuélvesela.»

Nada bien le pareció a éste, que jura que no ha de dejarla.

«¡Que Dios no me dé más alegría en cuanto se la entregue! Yo la tengo en mi poder y la retendré como cosa de mi propiedad. Antes se partirá el tahalí y las correas de mi escudo, y he de perder toda la confianza en mi cuerpo, mis armas, mi espada y mi lanza, antes de dejarle a mi amiga.»

Y su padre dijo:

«No voy a dejarte combatir, por más que digas. Confías demasiado en tu valer. Pero haz lo que te ordeno.»

Por orgullo él le responde entonces:

«¿Soy quien pueda asustarse? Puedo enorgullecerme de esto: que no hay en la extensión que ciñe el mar caballero alguno, de entre los muchos existentes, tan valioso que yo se la cediera ni a quien no creyera que podía someter en breve plazo.»

Su padre dijo:

«Te lo concedo, querido hijo. Así lo crees tú. Tanta confianza tienes en tu valer. Pero no quiero ni querré que hoy tú te midas con este rival.»

Él responde:

«¡Vergüenza tendría si escuchara vuestro consejo! ¡Condenado sea quien lo acepte y quien por vos cobre temor de que yo no salga a combatir! Verdad es que mal se negocia en la familia. [1750] Mejor podría yo mercar en otra parte, pues vos me queréis engañar. Sé bien que en país extraño podría hacerme valer mejor. Ninguno que no me conociera me haría desistir de mi voluntad; en cambio, vos me disuadís y menospreciáis. Tanto más enojado estoy por cuanto me habéis reprochado. Pues quien reprocha, bien sabéis, su pasión a hombre o mujer, más la aviva e inflama. Mas si cedo en algo por vos, que Dios no me depare más alegría. Por el contrario voy a pelear, a pesar vuestro.

-¡Por la fe que debo al apóstol san Pedro! -dijo el padre-, ahora veo que no servirá de nada mi ruego. Pierdo el tiempo al reprenderte con mis consejos. Pero pronto te habré mostrado argumento tal que, a tu pesar, tendrás que hacer toda mi voluntad, porque estarás sometido a ella.»

Al momento llama a todos los caballeros de guardia, que acuden a él. Les ordena que dominen a su hijo, que no se deja guiar por sus consejos. Dice:

«Lo mandaría encadenar antes de dejarlo combatir. Todos vosotros en pleno sois mis hombres. Por tanto me debéis amor y fidelidad. Por cuanto dependéis de mí os lo ordeno, y suplico a la vez. Gran locura le mueve, me parece, y mucho procede con exceso de orgullo, al contradecir lo que yo quiero.»

Los otros afirman que lo prenderán, y que, después de estar en su poder, no tendrá ganas de combatir; de modo que consentirá, a pesar suyo, en devolver a la doncella. Entonces van todos a prenderlo y aprisionarlo por los brazos y por el cuello.

«¿No te consideras ahora como loco? -dijo el padre-. Date cuenta de la realidad. No tienes fuerza ni poder para combatir ni para justar, por más que te cueste, por más que te duela y por más que te apene.

»Así que acepta lo que me parezca bien, y obrarás con sensatez. ¿Y sabes cuál es mi propuesta? [1800] Para que tu tormento sea menor, seguiremos, tú y yo, si tú quieres, a ese caballero durante hoy y mañana, por el bosque y por el llano, cabalgando a la par. Tal vez podemos encontrarlo de tal personalidad y talante que yo te permita probar contra él tu valor y combatirlo según tu deseo.»

Así el hijo ha accedido, a pesar suyo, a lo que le ha propuesto. Ya que no puede modificarlo, dice que se aguantará a órdenes de su padre. Pero que ambos han de seguir al caballero.

Ante el desarrollo de esta aventura, las gentes que estaban en el prado, decíanse uno a otro:

«¿Habéis visto? El que estuvo en la carreta ha conquistado hoy tal honor que se lleva consigo a la amada del hijo de mi señor; aunque mi señor lo sigue. En verdad podemos asegurar que alguna virtud habrá encontrado en él, cuando permite que se la lleve. ¡Maldito

cien veces quede quien hoy deje de jugar y danzar a causa de él! ¡Volvamos a nuestros festejos!»

Entonces reanudan sus juguetees, danzan y bailan.

En seguida se marcha el caballero. No se demora por más tiempo en el prado. Tampoco tras de él se detiene la doncella que le acompaña. Ambos se alejan a toda prisa.

El hijo y su padre, de lejos, los siguen. A través de un prado ya segado cabalgaron hasta la hora nona. Allí encuentran en un lugar muy bello un monasterio y, cerca del coro, un cementerio rodeado de muros. No se portó como villano ni como necio el caballero que entró a pie en el monasterio para rezar. Y la doncella le sujetó el caballo hasta el regreso.

Cuando había acabado su plegaria y se volvía atrás se le acerca un monje muy viejo. Lo ve ante sus ojos salirle al paso. Al encontrarle le ruega muy amablemente que le informe de lo que hay dentro de aquellos muros. [1850] Aquél responde que allí hay un cementerio, y él dice:

«Conducidme a él, con la ayuda de Dios.

-Muy a gusto, señor.»

Entonces le introduce en el cementerio, entre las más hermosas tumbas que se podrían encontrar desde Bombes hasta Pamplona. Sobre cada una figuraban los nombres de los que habían de yacer dentro de ellas. Y él mismo, por su cuenta comenzó a leer los nombres, y encontró:

«Aquí yacerá Galván, aquí Loonís y aquí Ivain.»

Después de éstos ha leído muchos otros nombres de caballeros escogidos, de los más apreciados y mejores en aquella tierra y de más allá. Entre las tumbas encuentra una de mármol, que parece ser una obra maestra, la más bella muy por encima de todas las otras.

El caballero llama al monje y dice:

«Estas tumbas de aquí ¿a qué se destinan?»

Responde él:

«Ya habréis visto las inscripciones. Si las habéis comprendido, entonces, bien sabéis lo que dicen y lo que significan esas tumbas.

-Entonces, decidme para qué es ésa más grande.»

El ermitaño responde:

«Os lo diré con precisión. Se trata de un sarcófago que ha superado a todos los que jamás se han construido. Otro tan rico ni tan bien labrado ni yo ni nadie lo ha visto nunca. Hermoso es por fuera y mucho más su interior. Pero no os ocupéis de su belleza oculta, porque de nada os podría servir; que no lo tenéis que ver por dentro. Pues se necesitarían siete hombres muy fuertes y enormes para descubrirlo, si se pretendiera abrir la tumba, que está cubierta por una pesada losa. Sabed que es cosa bien segura que se necesitan esos siete hombres, más fuertes de lo que vos y yo somos.

»Existe una inscripción que reza así:

[1900] “Aquel que sólo y por su propia fuerza consiga levantar esta losa, liberaría a aquellos y aquellas que yacen en cautividad en la tierra de donde no sale nadie, ni siervo ni gentilhombre, una vez que ha penetrado en ella.” Hasta ahora ninguno de allí ha retornado. Los extranjeros quedan allí prisioneros. Sólo las gentes del país van y vienen y franquean los límites a placer.»

En seguida el caballero avanza para agarrar la losa, y la levanta como si de nada se tratara. Mejor de lo que diez hombres lo hubieran hecho si hubieran aplicado toda su fuerza. El monje quedó tan atónito que por poco no cae desmayado. Pues no creía que había de ver tal prodigio en toda su vida. Dijo luego:

«Señor, ahora tengo gran deseo de saber vuestro nombre. ¿Podríais decírmelo?

-Yo no, por mi fe de caballero -contestó él.

-Por cierto que eso me pesa. Mas si me lo dijerais, haríais una gran cortesía, de la que podríais obtener gran prez. ¿De dónde sois, cuál es vuestro país?

-Un caballero soy, como veis, y nacido en el país de Logres. Con eso quisiera contentaros. Y vos, si os place, decidme de nuevo, ¿quién ha de yacer en esta tumba?

-Señor, el que ha de liberar a todos los que están cautivos en la trampa del reino del que ninguno escapa.»

Después de que el monje le hubo respondido, el caballero lo encomendó a Dios y a todos sus santos. Entonces sale y acude, con rápido paso, junto a la doncella. El viejo monje, de pelo canoso, lo sigue afuera de la iglesia. Así que llegan a mitad del camino, mientras la doncella monta en su cabalgadura, el monje le refiere con detalle cuanto había pasado dentro y le ruega que le diga el nombre del caballero, si ella lo sabe. [1950] De tal modo que ella le replica que no lo sabe, pero que se atreve a afirmarle con seguridad una cosa: que no existe en vida un caballero igual en toda la extensión por donde soplan los cuatro vientos.

A continuación la doncella lo deja y se aleja en pos del caballero. En ese momento llegan los que los seguían, y allí encuentran ante sus ojos al monje solo ante la iglesia. El viejo caballero de la camisa le dice:

«Decidme, señor: ¿visteis a un caballero que acompaña a una doncella?

-No tendré ningún reparo en contaros toda la verdad -responde el monje-. Precisamente ahora se alejan de aquí. El caballero penetró en el cementerio, y ha hecho una gran maravilla. Porque él solo sin fatigarse en lo más mínimo alzó la losa de encima de la gran tumba marmórea. Va a socorrer a la reina. Y la socorrerá sin duda; y con ella a todos los cautivos. Vos mismo bien los sabéis, que muchas veces habéis leído la inscripción de la lápida.

»En verdad que nunca nació de hombre y mujer ni se sentó sobre una montura un caballero que valiera tanto como éste.»

Entonces dijo el padre a su hijo:

«¿Hijo, qué te parece? ¿Acaso no es un gran prohombre el que ha acometido tal hazaña? Ahora ya sabes de fijo quién cometió el error. Ya te das cuenta de si fue tuyo o mío.

»No querría, ni por la ciudad de Amiens, que le hubieras presentado combate. Aunque antes bien te has rebelado, hasta que se te pudo disuadir. Ahora nos podemos volver, pues haríamos gran locura en seguirlo de aquí en adelante.

Su hijo contestó:

«Accedo a ello. No nos serviría de nada seguirle. Pues que así os place, volvámonos.» Al aceptar la vuelta demostró gran cordura.

Entre tanto la doncella durante todo el camino se arrimaba muy al costado del caballero, para atraer así su atención, y quería saber de él su nombre. [2000] Le requiere para que se lo diga. Se lo suplica una y otra vez, hasta que él le dice ya cansado:

«¿No os he dicho que yo soy del reino del rey Arturo? ¡Por la fe que debo a Dios y por su virtud, que sobre mi nombre no habéis de saber más!»

Entonces la joven le dice que si le da permiso para retirarse, se volverá atrás. Y él le dice adiós con gesto alegre.

Así que la doncella se retira. Y él, hasta que se hizo muy tarde, ha seguido cabalgando sin compañía. Al anochecer, a la hora del ángelus, mientras proseguía su camino, vio a un caballero que venía del bosque en que había cazado. Venía éste con el yelmo anudado y con la caza que Dios le había concedido sobre la grupa de su caballo de color gris.

El vavasor se apresura a salir al encuentro de nuestro caballero y le ruega que acepte su hospedaje.

«Señor, no tardará en llegar la noche. Ya es momento de buscar albergue; así debéis hacerlo razonablemente. Tengo una casa mía aquí cerca, adonde os puedo llevar ahora. Nadie os albergaría mejor de lo que yo lo haré, por todos mis medios, si a vos os place. A mí me alegrará mucho.

-También yo estaré contento con ello», dijo él.

El vavasor envía al momento a su hijo, para que se adelante en aprestar el hospedaje y en apremiar los preparativos de la cocina. El muchacho sin demora cumple al punto la orden; muy a su gusto y con diligencia se dirige a su casa a toda marcha. Así los demás, sin premura, continúan el viaje hasta llegar a la casa.

El vavasor tenía como esposa una dama bien educada, y cinco hijos muy queridos, tres cadetes y dos caballeros, y dos hijas gentiles y hermosas que eran aún doncellas. [2050] No habían nacido sin embargo en aquel país, sino que estaban allí detenidos y en tal cautividad habían permanecido muy largo tiempo; ya que habían nacido en el reino de Logres.

El vavasor ha conducido al caballero hasta el interior del patio. La dama acude a su encuentro, y salen también sus hijos e hijas. Todos se afanan por servirlo. Le ofrecen sus saludos y le ayudan a desmontar.

Menos atenciones prestaron a su señor padre las hermanas y los cinco hermanos, puesto que bien sabían que él prefería que obraran de tal modo. Al caballero le colman de honores y agasajan. Después de haberle desvestido el arnés, le ha ofrecido un manto una de las dos hijas de su anfitrión; y le ciñe al cuello el manto propio, que ella se quita.

Si estuvo bien servido en la cena, de eso ni siquiera quiero hablar.

Al llegar la sobremesa no hubo la menor dificultad en encontrar motivos de charla.

En primer lugar comenzó el vavasor en requerir de su huésped quién era, y de qué tierra; aunque no le preguntó directamente su nombre.

A tales cuestiones respondió él:

«Soy del reino de Logres; y en este país vuestro no había estado nunca.»

Al oírlo, el vavasor se sorprende en extremo, y también su mujer y todos sus hijos. Todos se apesadumbraron mucho, y así le empiezan a decir:

«¡Por vuestra mayor desdicha llegasteis, amable buen señor! Tan gran daño os alcanza. Porque ahora quedaréis como nosotros en la servidumbre y el exilio.

-¿De dónde sois vosotros? -dice él.

-Señor, somos de vuestra tierra. En este país muchos hombres de pro de vuestra tierra están en la servidumbre. ¡Maldita sea tal obligación y también aquellos que la mantienen! Porque a todos los extranjeros que aquí llegan, se les obliga a permanecer aquí, y en esta tierra quedan confinados. [2100] Entrar puede aquí quien quiera, pero luego tiene que quedarse. Vos mismo no tenéis más solución. No saldréis, me temo, ya nunca.

-Sí, lo haré, si puedo.»

El vavasor le volvió a decir luego: «¿Cómo? ¿Pensáis salir de aquí?

-Sí, si Dios quiere. En ello emplearé todo mi esfuerzo.

-Entonces podrían salir sin temores todos los demás tranquilamente. Ya que en el momento que uno, en un leal intento, logre escapar de esta prisión, todos los demás, sin reparos, podrán marchar, sin que nadie se lo prohíba.»

Entonces el vavasor recuerda que le habían contado que un caballero de gran virtud vendría al país a luchar por la reina, a quien retenía en su poder Meleagante, el hijo del rey. Dícese entonces:

«Cierto, creo que es él. Se lo preguntaré.

»No me ocultéis luego, señor, nada de vuestra empresa, a cambio de la promesa de que os daré el mejor consejo que sepa. Yo mismo obtendré prez si podéis cumplir tal hazaña. Descubridme la verdad por vuestro bien y por el mío. A este país, según lo que creo, habéis venido a por la reina, en medio de estas gentes traidoras, que son peores que los sarracenos.»

El caballero responde:

«No he venido por ninguna otra razón. No sé dónde está encerrada mi señora. Pero vengo decidido a rescatarla, y para ello he menester grande consejo. Aconsejadme, si sabéis.»

Dice el otro:

«Señor, habéis emprendido un muy duro camino. La senda que seguís os lleva todo recta hacia el Puente de la Espada. [2150] Os convendría seguir mi consejo. Si me hicierais caso, iríais al Puente de la Espada por un camino más seguro, que os haría indicar.»

Pero él, que sólo ansiaba el más corto, respondió:

«¿Va esa senda tan derecho como este camino de aquí?

-No, desde luego. Es más larga pero más segura.

-Entonces -dijo- no me interesa. Aconsejadme sobre ésta, pues estoy dispuesto a seguirla.

-Señor, en verdad, no vais a conseguir en ella el éxito. Si avanzáis por tal camino, mañana llegaréis a un paso donde al pronto podréis recibir gran daño. Su nombre es el Paso de las Rocas. ¿Queréis que os diga de modo sencillo cuan peligroso es tal paso? No puede pasar más que un solo caballo. No cruzarían por él dos hombres de frente. Y además el pasaje está bien guardado y defendido. No se os cederá el paso en cuanto lleguéis. Recibiréis muchos golpes de espada y de lanza, y tendréis que devolverlos en abundancia antes de haberlo traspuesto.»

Cuando hubo concluido el relato, avanzó uno de los caballeros hijos del vavasor hasta su padre y dijo:

«¡Señor, con este caballero me iré, si no os contraria!»

A la vez uno de los hijos menores se levanta y dice:

«Del mismo modo iré yo.»

El padre da su permiso para la despedida a los dos muy de grado. Ahora ya no partirá solo el caballero. Les da las gracias, ya que en mucho estimaba su compañía.

Con esto dejan la conversación y conducen a su dormitorio al caballero. Allí durmió lo que le apeteció. Apenas pudo vislumbrar el día, se puso en pie. Y lo advirtieron los que debían acompañarle. También ellos se levantan al momento.

Los caballeros se han vestido la armadura y se ponen en marcha, después de la despedida. El cadete se ha puesto a la cabeza y así mantienen su marcha juntos hasta llegar directamente al Paso de las Rocas a la hora de prima.

[2200] En medio del pasaje había una barrera fortificada sobre la que estaba apostado un hombre. Antes de que se acercaran, el que estaba sobre la barrera los divisó; y grita con todas sus fuerzas:

«¡Por ahí vienen al ataque! ¡Por ahí vienen al ataque!»

Entonces aparece sobre un caballo un caballero en la fortificación, armado con un luciente arnés, y acompañado por ambos lados de unos criados que empuñan hachas cortantes.

Cuando el otro se acerca al paso, éste que lo contempla le reprocha lo de la carreta con feos gritos y denuestos:

«¡Vasallo, gran osadía has cometido, y bien has obrado como loco necio al penetrar en este país! ¡Desde luego que no debía venir un hombre que ha viajado sobre la carreta! ¡Así Dios no te conceda más placer!»

Con que uno hacia el otro se lanzan al máximo galope de sus caballos. El que debía guardar el paso quiebra su lanza en pedazos, y los trozos caen de su mano a tierra. El otro le asesta el golpe en la garganta directamente, pasando la lanza sobre el borde superior del escudo. Lo derriba de lleno y lo tira atravesado sobre las rocas. Los sirvientes con las lanzas saltan hacia el invasor, pero deliberadamente no le alcanzan, ya que no tienen ganas de dañarle ni a él ni a su caballo. El caballero se da cuenta de que no quieren perjudicarle en nada ni causarle daño. Así que sin preocuparse de sacar la espada franquea el paso sin más dilación. Y tras de él sus compañeros. De éstos dijo el uno al otro:

«Jamás vi tal caballero, ni hay ninguno que a él pueda igualarse. ¿No ha realizado un gran prodigio al cruzar por aquí por la fuerza?

-Querido hermano, por Dios, apresúrate -dijo el mayor a su hermano- hasta encontrar a nuestro padre, e infórmale de esta aventura.»

[2250] Pero el más joven se resiste y jura que no irá a decírselo; que no se apartará de aquel caballero hasta que le dé el espaldarazo y lo arme caballero a él. Que su hermano vaya a dar el mensaje si tiene tan gran interés.

De modo que continúan la marcha los tres en grupo. Hasta que ya sería la hora nona, al atardecer, cuando encontraron a un hombre, que les pregunta quién son. Responden:

«Caballero somos, que a nuestros asuntos vamos.»

El individuo se dirigió al caballero de la carreta, que le pareció ser el señor y jefe de los otros dos:

«Señor, me gustaría albergaros a vos y a vuestros dos compañeros también.»

Él contestó:

«No me sería posible retirarme a un albergue a esta hora. Pues infame es quien se demora o a su gusto reposa, cuando ha acometido tan gran empresa como la mía. Tamaña es la que yo persigo que aún por largo tiempo no tomaré hospedaje.»

Replicó después el hombre:

«Mi mansión no está aquí cerca, sino a una gran distancia en adelante. Podéis venir a ella con la seguridad de que recibiréis albergue a una hora justa, pues será muy tarde cuando allí lleguéis.

-Entonces -contestó- allí iré.»

De ese modo se ponen en ruta; el hombre por delante, para conducirlos, y ellos tras él por el camino llano. Después de cabalgar así por largo espacio, salió a su encuentro un escudero;

que se dirigió a ellos a toda marcha, a gran galope sobre un rocín grueso y redondo como una manzana. Dijo el escudero al huésped:

«¡Señor, señor, venid a toda prisa! Que las gentes de Logres se han lanzado en son de guerra contra los del país. Ya ha comenzado el combate, la revuelta y la tumultuosa pelea.

»Corre el rumor de que en esta comarca se ha infiltrado un caballero que ya ha combatido en numerosos lugares; y no se puede contener su avance ni su paso adonde quiere dirigirse. Franquea el paso, sea quien sea el que lo impida. [2300] Así murmuran todos en la región que va a liberarlos a todos y que derribará de poder a los nuestros. Ahora pues, apresuraos, os lo aconsejo.»

Entonces el hombre se va al galope. En tanto que ellos se regocijan mucho, apenas oyeron la noticia. También quieren socorrer a los suyos. Y dice el hijo del vavasor:

«Señor, oíd lo que dice ese servidor. Vayamos para ayudar a nuestras gentes que ya pelean con los del lugar.»

Mientras tanto el hombre se va, apresurado y sin aguardarlos. A toda prisa se dirige hacia una fortaleza que se alzaba sobre una colina. En rápida carrera llegó hasta la entrada y ellos tras él a golpe de espuela.

El castillo estaba rodeado en torno por un alto muro y un foso. Apenas hubieron penetrado en el recinto, allí dejaron caer una puerta tras sus talones para impedirles salir de nuevo. Gritan ellos:

«¡Vamos, adelante, que no nos detendremos aquí!»

En pos del hombre en raudo pasar llegan hasta el portón de salida, sin que nadie se lo impida. Pero apenas el hombre lo hubo traspuesto dejaron caer tras él una puerta levadiza.

Quedaron muy irritados cuando se vieron encerrados allí dentro, pues temían encontrarse con un encantamiento.

Pero aquél de que os relato la historia tenía en su dedo un anillo, cuya piedra tenía la virtud mágica de vencer la prisión de cualquier encantamiento, una vez que el caballero la mirase.

Pone el anillo ante sus ojos, mira la piedra y dice:

«¡Dama, dama, así Dios me proteja, ahora tendría gran necesidad, si podéis, de vuestra ayuda!»

Aquella dama era un hada que le había dado el anillo y le había criado en su niñez. [2350] Tenía en ella gran confianza, de que en cualquier lugar que se encontrase, le aportaría ayuda y socorro.

Pero bien, se apercibe por su invocación y por la piedra del anillo, de que aquí no se trata de un encantamiento, sino que se asegura de que están sencillamente encerrados y atrapados. Entonces llegan ante una puerta con una poterna estrecha y baja sujeta con una barra. Sacan a la vez sus espadas. Tanto la baten los tres a golpes que al fin la quiebran.

Cuando salieron de la torre contemplan ya comenzada la batalla en la cuenca de los valles, muy extensa y feroz. Bien podría haber mil caballeros entre los de un bando y del otro además de la muchedumbre de villanos.

A medida que avanzaban hacia el llano de los prados el hijo del vavasor, joven sensato y apercibido, tomó la palabra:

«Señor, antes de que lleguemos allá, nos convendría, creo, que alguien fuera a informarse y saber de qué lado combaten nuestras gentes. Yo no sé de qué parte acuden, pero iré a enterarme, si queréis.

-De acuerdo -dijo él-. Id pronto y regresad pronto, como importa.»

Se va en seguida y en seguida vuelve, diciendo:

«Hemos tenido buena fortuna, pues he reconocido con certeza que los nuestros son los de este lado.»

Entonces el caballero, al dirigirse hacia el tumulto, se encuentra con un caballero que avanza hacia él, y contra éste justa. Tan fuerte lo hiere, hincándole la lanza por un ojo, que lo abate muerto. El más joven de los hijos del vavasor desmonta, se apodera del caballo del caído y de sus armas, y se reviste con premura del arnés. Apenas estuvo armado, sin demorarse, sube a caballo, y agarra el escudo y la lanza, que era grande, tensa y pintada de colores. Al costado se había ceñido la espada, cortante, luciente y clara.

A la batalla acude tras de su hermano y de su señor. Éste se mantuvo admirablemente en la pelea durante largo rato, de tal modo que quebró, hendió y despedazó escudos, lanzas y yelmos. [2400] Ni la madera del escudo ni el hierro de la armadura protege a quien él alcanza de caer malherido o muerto a los pies del caballo. Tan fuertemente luchaba él solo que por doquier ponía en fuga al enemigo. Y muy bien le secundaban sus acompañantes detrás.

Así que los de Logres se asombraban de no reconocer al caballero y preguntaron sobre él a un hijo del vavasor. Respondió éste a sus repetidas preguntas:

«Señores, él es quien nos librará del exilio y de la enorme desventura a que por largo tiempo habíamos sucumbido. De modo que le debemos hacer gran honor, ya que, para sacarnos de prisión, ha cruzado tantos pasos peligrosos y tantos ha de cruzar aún. Mucho ha hecho y mucho le queda por hacer.»

Nadie dejó de sentir la alegría, apenas oyó la noticia, que se propagó hasta que fue contada a todos. Todos la oyeron y se enteraron. Con la alegría que tuvieron les creció la fuerza, y se esmeran tanto que matan buen número de enemigos. Y les inflingen grandes pérdidas. Me parece que más por la obra única de un solo caballero que por el grupo entero de los demás. De no haber sido por la cercana noche todos los contrarios se hubieran retirado en derrota total. Pero llegó la noche tan oscura que tuvieron que retirarse. Al momento de la separación, todos los cautivos, como de común acuerdo, se reunieron en torno al caballero. Por todas partes le asían del freno y le decían:

«¡Bien venido seáis, bello señor!»

Todos repetían:

«¡Señor, por mi fe, hoy os albergaréis en mi casa! ¡Señor, por Dios y por su nombre, no busquéis posada en otro lugar!»

Todos claman lo mismo, porque todo el mundo, tanto el viejo como el joven, quieren darle albergue. Y dice uno y otro:

[2450] «Estaréis mejor en mi hospedaje que en cualquier otro.»

Esto lo dice cada uno alrededor de él. Y se lo arrebatan pronto el uno al otro, ya que todos quieren tenerlo consigo. Y a punto están de pelear por tal motivo.

Entonces les dice él que se pelean sin motivo y con gran necedad:

«¡Dejad -dice- esta riña que no os conviene a vosotros ni a mí! No está bien la disensión entre nosotros, cuando uno a otro debería ayudar. No os toca pleitear sobre la tarea de albergarme, sino que debéis acordaos para hospedarme, en mayor beneficio de todos, en tal lugar que esté junto al camino que he de seguir.»

Todavía dicen uno y otro de mil modos:

«¡Será en mi casa!

-¡No, en la mía!

-Aún no habláis en razón -dice el caballero-.

A mi parecer, el más sabio de vosotros está loco, por lo que os he oído embarullaros. Deberíais ayudarme a avanzar y pretendéis desviarme. Si todos vosotros por turno uno tras otro me hubierais colmado de honores y servicios, tantos como pueden hacerse a un humano, ¡por todos los santos a los que se reza en Roma!, no le estaría yo más agradecido por todos los beneficios recibidos, cuanto lo estoy ya por tal intención. Así Dios me dé contento y salud, esa atención me emociona tanto como si cada uno me hubiera colmado ya de honores y beneficios. ¡Que la intención remplace a la realización!»

Con tales palabras los contiene y apacigua a todos. Lo conducen luego a la casa de un caballero de calidad, dándole escolta por el camino. Todos se esfuerzan por servirle. Le honraron y agasajaron toda la noche hasta que se retiró a dormir. Pues lo estimaban todos mucho.

Por la mañana, cuando llegó la hora de partida, todos quieren marchar con él. Cada uno se le presenta y ofrece su persona. [2500] Pero a él no la place ni acepta que ningún otro le acompañe, a excepción, únicamente, de los dos que había traído consigo. Éstos, y no más, le seguían.

Aquel día cabalgaron desde la mañana al caer del sol sin encontrar aventura. Cabalgaban en muy rápida carrera cuando muy tarde salieron de un bosque. Al salir contemplaron la mansión de un caballero. A sus puertas estaba sentada su esposa, que parecía ser una dama distinguida.

Tan pronto como ella pudo verlos se levantó y salió a su encuentro. Les saluda con rostro alegre y contento, con estas frases:

«¡Sed bien venidos! Quiero que aceptéis mi hospedaje. Contad con este albergue; descended.

-Señora, cuando lo ordenéis, desmontaremos con vuestra venía. Durante esta noche pues, aceptaremos vuestro hospedaje.»

Ponen pie a tierra. Al desmontar la dama da órdenes de que retiren sus caballos, pues tenía abundante personal en su casa. Convoca a sus hijos e hijas, y todos acuden a su llamada en seguida, muchachos corteses y apuestos, caballeros, y bellas jóvenes. La dama encarga a sus hijos que quiten las monturas a los caballos y les den forraje. Ninguno lo tomó a mal, sino que lo hicieron muy a gusto. Ordena desarmar a los caballeros; sus hijas se aprestan a quitarles la armadura. Desarmados quedan, y luego les ofrecen dos cortos mantos para cubrirse los hombros. En la casa, que era muy bella, los introducen a continuación.

Pero el castellano no estaba en el interior, sino en el bosque, y con él estaban dos de sus hijos. Con que llegó después, y la gente de su casa, muy bien acostumbrada, salió a darle la bienvenida. Al momento desatan y descargan la caza que traía, mientras le informan diciendo:

[2550] «Señor, señor, no sabéis que tenéis como huéspedes a dos caballeros.

-¡Dios sea loado!», les responde.

El caballero y sus dos hijos dispensan también una festiva acogida a sus huéspedes. A la vez la gente de la casa no se quedaba ociosa, sino que hasta el menor allí se aprestaba a hacer lo que debía hacerse. Unos corren a apresurar la cena, otros a alumbrar las antorchas. Luego las encienden. Aportan la toalla y las palanganas y ofrecen el agua de lavarse las manos. No se muestran avaros de tal ofrecimiento. Todos se lavan y van a sentarse. Nada de lo que se veía en el interior de la casa era de mal gusto ni entristecedor.

Al primer plato sobrevino un acontecimiento inesperado: se presentó ante la puerta un caballero más orgulloso que un toro, que ya es una bestia muy orgullosa. Venia armado de la cabeza a los pies sobre un corcel. Con una pierna fija en el estribo manteníase erguido, mientras que había colocado la otra, por equilibrio o por jactancia, sobre el cuello del caballo de larga melena. Figuráoslo aproximarse en tal postura, de modo que nadie se apercibió de él, hasta que se puso delante de ellos y dijo:

«¿Quién es ése, quiero saber, que tanta locura y vanidad rebosa, y que tan vacía tiene de seso la mollera, que llega a este país, con la pretensión de cruzar el Puente de la Espada? Para nada ha venido a fatigarse. Para nada ha perdido sus pasos.»

El aludido, sin amedrentarse, le responde con tono seguro.

«Yo soy quien quiere atravesar el puente.

-¿Tú? ¿Tú? ¿Cómo osas pensarlo? Antes hubieras debido meditar, antes de emprender tal intento, a qué fin y a qué meta podrías llegar. Debiste haberte acordado de la carreta en que montaste. No sé yo si tienes vergüenza por haber montado en ella, pero sí que nadie que estuviera en sus cabales hubiera acometido tamaña empresa, después de haberse cubierto de esa infamia.» [2600]

A lo que le oyó decir no se digna responderle una palabra. Mas el señor de la casa y todos los demás se asombraron, con razón, en extremo:

«¡Ah, Dios! ¡Qué gran desventura! -se dice a sí mismo cada uno-. ¡Maldita sea la hora en que se inventó y se construyó la primera carreta! ¡Bien vil y despreciable es el trasto! ¡Ah, Dios! ¿De qué fue acusado? ¿Y por qué fue puesto en carreta? ¿Por qué pecado? ¿Por qué delito? Ahora le será echado en cara todos los días. Si estuviera libre de tal reproche, en toda la extensión del mundo, no se encontraría un caballero tan avezado a la proeza que se pudiera comparar con él. Quien al punto los reuniera a todos no vería entre ellos caballero tan hermoso y tan gentil, si dijera la verdad.»

Esto decían en común. Mientras el recién llegado volvió a tomar la palabra orgullosamente:

«Caballero, tú que vas al Puente de la Espada, escúchame: Si quieres, pasarás el agua muy ligera y suavemente. Yo te haré navegar al otro lado del agua en una nave, muy de prisa. Pero sí quiero exigirte peaje; cuando te tenga en la otra orilla, te cortaré la cabeza, si así lo quiero, o no. Estarás a mi merced.»

Él le replica que no pretende lograr tal infortunio. Que su cabeza en esa aventura no quedará expuesta a un necio arbitrio.

El otro replica de nuevo:

«Puesto que no quieres hacer lo que te digo, tendrás que salir aquí afuera para combatir conmigo cuerpo a cuerpo. ¡Sea a quien sea la derrota y el duelo!»

El caballero responde, por seguirle el juego:

«Si lo pudiera rehusar, muy de buen grado me lo ahorraría. Pero, en verdad, he de combatir antes de soportar algo peor.»

[2650] Antes de levantarse de la mesa, donde con los demás estaba sentado, ordena a los criados que la servían que le preparen en seguida la silla sobre el caballo, y que cojan sus armas y se las traigan.

Ellos se fatigan en hacerlo aprisa. Los unos se esfuerzan en armarle; los otros le apartan su caballo. Y sabed bien, no parecía que debiera ser descontado de los hermosos ni más nobles caballeros, según avanzaba al paso, armado con todas sus armas, embrazando el escudo por la correa, bien montado sobre su caballo. Bien parece que es suyo el corcel, tanto le ajusta; así como el escudo que mantiene por su cincha embrazado. Llevaba el yelmo lazado sobre su cabeza tan bien plantado que ni en el más mínimo detalle os parecería prestado o alquilado. Antes hubierais dicho, tan a la medido os habría parecido, que había nacido y crecido con él. En este punto me gustaría ser creído.

Más allá del portal, en campo llano, donde debía de entablarse el combate, aguarda el que la justa reclama. Tan pronto como se ven uno a otro ambos se embisten a todo galope. Con tal ímpetu se entrechocan y tales golpes se dan con las lanzas, que éstas se doblan, arquean y saltan las dos en pedazos. Las espadas hieren los escudos, las cotas de malla y los yelmos. Rajan las maderas, quiebran los hierros, hiriéndose en muchos lugares. Con furia se intercambian los golpes por turno como si hubieran ensayado tal pelea. Pero las espadas una y otra vez se deslizan hasta las grupas de los caballos. Allí se abrevan y

emborrachan de sangre y penetran en sus flancos, hasta que los derriban a uno y otro muertos.

Una vez caídos en tierra, un caballero se lanza contra el otro a pie. Aunque se odiaran mutuamente a muerte, en verdad que no se golpearían con sus espadas con mayor ferocidad. [2700] Más rápidos redoblan sus golpes que aquel que juega en dinero a los dados y que no deja de apostar y tirar por más que pierde el doble y el doble. Pero muy diferente era este juego, donde no cabía el azar, sino la ardua y fiera contienda, muy terrible y muy cruel.

Todos habían salido de la casa: el señor y la dueña, las hijas e hijos. Tanto propios como extraños allí fuera estaban todos en hilera, dispuestos para contemplar la pelea en el anchuroso prado. El caballero de la carreta se censura y hace reproches de cobarde, al verse observado por su anfitrión. También se da cuenta de que todos los demás fijan en él sus miradas. Todo su cuerpo se estremece de ira. Que ya debería, según su opinión, haber vencido buen rato antes al que se le enfrenta en combate. Entonces le ataca y le envuelve con mandobles cerca de la cabeza. Le asalta como una tempestad, lo asedia, le hostiga hasta hacerle ceder su espacio. Le fuerza a retroceder y lo aflige tanto que ya pierde casi el aliento, y a duras penas opone resistencia. Y entonces recuerda el caballero que su enemigo le había mentado de muy villana manera la carreta. Carga sobre él y tanto lo tunde que no le queda ni lazo ni correa sin romper, en torno al cuello de la armadura.

Entonces le hace volar el yelmo de la cabeza, a la par que derriba por tierra su visera. Tanto le oprime y tanto le acosa que tiene que rendirse a su merced; como la alondra que no puede oponerse al acoso del halcón ni sabe dónde ponerse a seguro, cuando él la ha sobrepasado en su vuelo. [2750] También el otro, con la más profunda vergüenza, viene a implorar y suplicar favor, sin más remedio.

Cuando él oye que suplica merced, deja de golpearlo y herirlo, y le dice:

«¿Quieres tú recibir merced?

-Habéis ahora hablado con gran cordura -dice el otro-. Aunque un loco lo habría reconocido. Jamás he necesitado nada tanto como ahora os pido merced.

-Te tocará montar en una carreta -contestóle-. En nada puedes calcular todo-lo que se te ocurra decirme si no montas en una carreta, en pago de los reproches que vilmente me hiciste con tan loca lengua.»

El otro caballero contesta:

«¡A Dios no plazca que la monte!

-¿No? ¡Entonces aquí vais a morir!

-Señor, bien lo podéis lograr. Pero, por Dios, os suplico y pido merced, con cualquier condición, excepto el tener que subir a la carreta. No hay obligación, a excepción de ésa, que yo no acepte, por dura y pesada que sea. Pero mejor querría estar muerto que haber sufrido tal agravio. Pero ninguna otra proposición tan fiera me haréis que yo no cumpla, por vuestra merced y vuestra gracia.»

Mientras éste suplica tal favor, he aquí que, cruzando el llano, ven acercarse sobre una muía amarilla una doncella con el cabello y el vestido suelto y flotante. Con un látigo que llevaba daba a la muía grandes golpes. Y ningún caballo a galope tendido, en verdad, habría corrido tan de prisa que aventajara a la muía.

Al caballero de la carreta se dirige la doncella:

«¡Dios infunda, caballero, en tu corazón la más perfecta alegría, del ser que más amas!»

La había oído con gran gozo el caballero y le responde: «¡Dios os bendiga, doncella, y os dé alegría y salud!»

Ella le expuso entonces su petición:

«Caballero -dijo- de lejos he acudido a ti por una gran necesidad. [2800] Para pedirte un don como galardón y a cambio de una recompensa que te podré hacer. Pues tendrás una vez necesidad de mi ayuda, según lo creo.»

Le responde el caballero:

«Decidme qué queréis. Y, si yo lo tengo en mi poder, lo podréis conseguir sin demora, con tal que no sea nada muy grave.»

Ella dice:

«Es la cabeza de ese caballero al que has vencido. En verdad que tampoco has encontrado a nadie tan felón ni desleal. No cometerás pecado ni daño con ello, más bien limosna y bien, porque es el tipo más desleal que hubo nunca ni habrá jamás.»

Apenas el vencido comprendió que pedía que lo matara, le dijo:

«No la creáis de ningún modo. Ella me odia. Yo os ruego que tengáis piedad de mí, por Dios que es padre e hijo, y que hizo su madre a aquella de la que era hijo y que era su sierva. -¡Ah, caballero -dijo la doncella- no creáis a ese traidor! ¡Así Dios te dé alegría y honor tan grande como puedas ansiar, y que te conceda concluir con éxito la aventura que has emprendido!»

El caballero se ha detenido indeciso, con la reflexión sobre si ha de dar la cabeza a la que ruega la decapitación o preferirá proteger al que ruega piedad para sí mismo. Tanto a una como a otro quisiera dar lo que piden. Generosidad y Piedad le invitan a contestar a ambos, porque es a la vez generoso y piadoso. Pero si la muchacha se lleva la cabeza quedará la Piedad derrotada y aniquilada. Y si no se la lleva a su gusto, entonces quedará derrotada la Generosidad. En tal aprieto, en tan gran apuro lo tienen la Piedad y la Generosidad, pues una y otra lo afligen e incitan. La cabeza le exige la doncella en su súplica. [2850] Y en sentido contrario le amonestan su piedad y su buen natural. Una vez que el vencido ha suplicado perdón, ¿no ha de obtenerlo? Sí, que no sucedió nunca que nadie, por más que fuera su enemigo, después de haber sido derrotado y forzado a suplicar piedad, dejara de recibirla por una vez. Pero esto ya le bastaba. Por tanto no le faltará en absoluto a éste que le ruega y suplica, y a quien así se humilla. Y la que reclama su cabeza ¿la obtendrá? Sí, si él puede dársela.

«Caballero -dice- de nuevo te toca luchar contra mí. Tal es la merced que -lograrás de mí, si quieres defender tu cabeza: que te dejaré recobrar tu yelmo y armarte de nuevo, para cubrir tu cabeza y tu cuerpo del mejor modo que puedas. Pero sábete que morirás si te venzo otra vez.»

El otro responde:

«No quiero nada más, ni te pido ningún otro favor.

-Y aún te concedo más -dice-, yo combatiré contra ti sin moverme de donde estoy.»

Aquél se apresta y reemprende la pelea con el mismo ardor. Pero el caballero le volvió a dominar a su arbitrio más deprisa que antes. Y la doncella al momento le grita:

«No le perdones, caballero, por más que te diga. Seguro que él no te perdonaría de ningún modo si te hubiera vencido alguna vez. Sabe bien tú, que si le crees, te engañará nuevamente. Córtale la cabeza al más desleal individuo del imperio y del reino, buen caballero, y dámela. [2900] Por esto debes entregármela, porque pienso devolverte el galardón, con creces, cuando llegue un día. Si él puede, te volverá a engañar con su palabra otra vez.»

El otro que ve su muerte cercana, le suplica merced a grandes gritos. Pero de nada le valen ni sus gritos ni todos sus argumentos. El caballero le tira del yelmo tan bruscamente que le rompe todos los lazados del cuello. Luego le arranca la visera y el casquete blanco y los tira al suelo. El otro se esfuerza a más no poder: «¡Perdón, por Dios! ¡Perdón, señor!

-Si soy sensato no he de tener más piedad de ti -le responde-, que ya una vez te he perdonado.

-Ah -dice-, cometeréis un pecado, si creéis a mi enemiga, y me matáis de tal manera.»

La otra, que su muerte desea, le amonesta en sentido contrario, para que a toda prisa le corte la cabeza, sin confiar en sus súplicas. El caballero descarga el golpe y le vuela la cabeza hasta el medio del prado mientras el cuerpo se desploma. ¡Con gran placer de la doncella! Él toma la cabeza por los cabellos y se la tiende a ella, que experimenta tamaña alegría que le dice:

«¡Tu corazón reciba tan gran alegría del ser que más ama, como el mío obtiene ahora del ser que más odiaba! Por nada me amargaba tanto sino de lo que duraba su vida. Un galardón de mi parte te espera; bien te llegará en su momento oportuno. Por este servicio que me has hecho, gran prez habrás, te lo aseguro. Ahora me iré. Te encomiendo a Dios, que te guarde de todos los peligros.»

Pronto se marcha la doncella, mientras mutuamente se encomiendan a Dios. Pero todos los que en el prado han presenciado la pelea han sentido crecer una gran alegría. Así que luego desarman al caballero, entre gestos de júbilo, honrándolo cuanto saben. A continuación vuelven a lavarse las manos, ya que deseaban retornar a cenar.

Entonces estaban más alegres que de costumbre y comían entre el contento general. [2950] Después de concluir la larga cena, el vavasor dijo a su huésped, que a su lado estaba sentado:

«Señor, nosotros vinimos tiempo ha del reino de Logres. Allí hemos nacido y por eso querríamos que alcanzarais honor y gran dicha y éxito en este país. Porque nosotros obtendríamos honor junto con vos y otros muchos serían beneficiados, si honores y éxitos consiguierais en vuestra empresa.»

Y él responde:

«¡Dios os oiga!»

Después que el vavasor acabó su arenga y quedó en silencio, tomó la palabra uno de sus hijos:

«Señor, a vuestro servicio deberíamos poner todos nuestros poderes y dar más que prometer. Buena necesidad tenéis de recibir ayuda, y nosotros no debemos esperar a que nos la pidáis. Señor, no os preocupéis por vuestro caballo, si muerto está. Pues aquí tenemos fuertes corceles. Por tanto quiero que poseáis lo que es nuestro; y, así, dispondréis del mejor, en lugar del vuestro. Bien lo habéis menester. -¡Con mucho gusto!», respondió.

Entretanto habían preparado las camas. Así que se van a dormir.

Al despuntar el día se levantan y se disponen bien de mañana a partir. En su despedida el caballero nada olvida. Se despide de la dama y del dueño de la casa y de todos los demás.

Pero os cuento una cosa, para que nada os pase por alto. El caballero no quiere montar sobre el caballo prestado, al ofrecérselo en el portal. Sino que lo hizo montar, así os lo digo, a uno de los dos caballeros que con él habían venido. Y él monta sobre el caballo de éste, puesto que así le pareció mejor. [3000] Tras haber montado cada uno sobre su caballo, se pusieron en camino los tres, después de saludar a su anfitrión, que les había servido y honrado con todo su poder. Van cabalgando por el camino recto a medida que el día pasa y declina, y después de la hora nona, al anochecer llegan al Puente de la Espada.

A la entrada del puente, que bien terrible era, han desmontado de sus caballos. Ante sí ven el agua asesina, negra y rugiente, densa y espesa, tan horrorífica y espantosa como si fuese la del río del demonio, y tan peligrosa y profunda que no hay cosa en el mundo que, sí allí cayera, no desapareciera como en alta mar. Y el puente que estaba tendido a través era diferente de cualquier otro; que jamás hubo otro semejante ni lo habrá. Jamás hubo, que bien refiero la verdad, tan maligno puente ni tan pérfida pasarela: Consistía el puente en una espada afilada y luciente recubierta por el agua fría; pero la espada era fuerte y tensa y tenía dos lanzas de largo. A cada lado había un gran tronco al que estaba incrustada la espada. ¡Qué nadie tema caer de ella porque se quiebre o flexione; a pesar de que no parece, a quien la contempla, que pueda soportar un gran peso!

Pero lo que infundía mayor desánimo a los dos caballeros que acompañaban al de la carreta, era que creían ver dos leones o dos leopardos al otro extremo del puente, encadenados a un bloque de piedra. El agua, el puente y los leones les causaban un espanto tal que se estremecían por completo, con terror, y decían:

«Señor, aceptad ahora el consejo que os procura la vista, que bien lo necesitáis en el apuro. De manera perversa está construido y ensamblado este puente, y muy malos son sus ajustes. Si no os tornáis ahora, llegaréis tarde a arrepentiros. Conviene que calculéis los muchos riesgos. [3050] Supongamos que lo pasarais hasta el otro lado… Lo que no puede suceder

en ningún caso, como no podéis detener los vientos ni prohibirlos soplar, ni a los pájaros impedir cantar; ni puede el hombre entrar en el vientre de su madre y renacer de nuevo, eso es tan imposible como vaciar el mar. ¿Podéis saber o pensar que esos dos leones furiosos, que allá están encadenados, no os van a matar y sorber la sangre de las venas, y devorar la carne y roer luego los huesos? Muy valiente soy con osar mirarlos y resistir tal espectáculo. Si no os dais por avisado, os matarán, sabedlo bien. Muy pronto os habrán despedazado y descuartizarán los miembros de vuestro cuerpo; que no sabrán tener piedad de vos. Así que apiadaos de vos mismo, y quedaos con nosotros. Con vuestra persona seréis injusto si a un seguro peligro de muerte os lanzáis con plena conciencia.»

Y él les responde, riendo:

«Señores, muchas gracias os doy por asustaros tanto de mí. Lo motiva vuestra amistad y franqueza. Bien sé que de ningún modo desearíais mi desdicha. Pero yo tengo gran fe y confianza en Dios, que me protegerá de todo. Este puente y este agua no me amedrentan más que esta tierra firme. Así que quiero arriesgarme a la aventura de cruzar al otro lado y avanzar. ¡Mejor quiero morir que retroceder!»

Los otros no saben qué más decirle, sino que de compasión lloran y suspiran el uno y el otro sonoramente. En tanto él a traspasar el abismo como mejor sabe se apresta y hace muy extrañas maravillas: que sus pies y sus manos desviste de armadura. Desde luego que no ha de llegar sin heridas e indemne a alcanzar el otro costado. [3100] ¡Bien se mantendrá sobre la espada, que más afilada estaba que una hoz con las manos desnudas y descalzo! Porque no se ha dejado sobre los pies ni calzas ni antepiés. No se preocupaba en absoluto por llenarse de heridas en pies y manos. Antes prefería llagarse que caer del puente y darse un baño en el agua de la que jamás saldría.

Entre el gran dolor que le causaba el paso, avanza con enorme destreza. Manos, rodillas y pies se ensangrienta. Pero pronto le conforta y cura Amor que le conduce y guía, de modo que dulce le era el sufrimiento. Con manos, pies y rodillas se ayuda con tanto esfuerzo que llega al otro lado.

Entonces se acuerda y rememora los dos leones que allí había creído ver cuando estaba al otro lado. Por allí los busca su mirada: no había ni siquiera un lagarto ni cosa alguna de temer. Eleva la mano ante su rostro, contempla su anillo y así prueba, al no ver a ninguno de los dos leones que creyera vislumbrar, que ha sido objeto de un encantamiento. Allí no había ningún ser vivo.

Y los que quedaron en la otra ribera, al verlo así victorioso del paso, dan tales muestras de alegría como se puede suponer. Pero ignoran sus padecimientos. Él, sin embargo, considera gran provecho no haber sufrido mayor daño. Enjuga la sangre que brota de sus heridas envolviéndolas con los paños de su camisa.

Entonces ve ante él una torre tan fuerte como nunca en su vida había visto ninguna. La torre no podía ser mejor.

Acodado en una ventana estaba el rey Baudemagus, que era muy sutil y agudo para todo honor y virtud, y quería, por encima de todo, guardar y mantener la lealtad. Y su hijo, que hacía todo lo contrario por capricho todos los días, puesto que le agradaba la deslealtad y jamás se había cansado ni aburrido de cometer villanía, traición ni felonías, estaba a su lado

apoyado. [3150] Desde allá arriba habían visto al caballero pasar el puente con su gran esfuerzo y enorme dolor. De ira, de disgusto había Meleagante demudado su color. Bien advierte que ahora le será reclamada la reina. Pero era caballero tal que no temía a hombre alguno, por muy fuerte ni fiero que fuera. No hubiera mejor caballero de haber sido fiel y no desleal; pero tenía un corazón de madera, tan sin dulzura y sin compasión.

Lo que le alegraba y daba gozo al rey, dejaba al hijo lleno de pesar. El rey sabía bien de cierto que el que había cruzado el puente era mucho mejor que ningún otro; que no hubiera osado cruzar el puente nadie cuyo interior albergase perversidad, que causa más baldón a los propios que honor les proporciona la proeza. Pues no puede tanto la proeza, como la perversidad y la pereza, porque es verdad, no lo dudéis en nada, que es más fácil hacer el mal que el bien.

Sobre estas dos cosas os diría largamente, si me demorase en ello; pero me encamino a otro tema, que retorno a mi asunto. Así oiréis cómo alecciona el rey a su hijo, al que sermonea:

«Hijo -le dice-, fue aventura llegarnos aquí, yo y tú, a asomarnos a esta ventana. Hemos tenido gran recompensa, que hemos visto la más grande hazaña que jamás se lograra, ni en imaginación. Ahora dime si no estás reconocido hacia el que tamaña maravilla ha realizado. Ponte de acuerdo y en paz con él, y devuélvele sana y salva a la reina. [3200] Así harás ahora que te tenga por sensato y por cortés, enviándole a la reina antes de que se te presente. Hazle ese honor en tu tierra: darle lo que ha venido a buscar antes de que te lo pida. Pues tú sabes bien de seguro que viene a buscar a la reina Ginebra.

»No te hagas calificar de obstinado, ni de loco u orgulloso. Si ése está en tu tierra solo, debes hacerle compañía; que un hombre de pro a otro prohombre debe atraérselo, honrarlo y cultivarlo, sin quedarse ajeno a él. Quien hace honor, recibe honor. Has de saber bien que tuyo será el honor, si das honras y servicio a ése que bien se muestra el mejor caballero del mundo.»

Su hijo responde:

«¡Que Dios me confunda, si no hay otro tan bueno o mejor!»

Mal hizo su padre al olvidarlo, que él no se precia en menos, y dice:

«¿Con pies y manos unidos pretendéis que yo me presente ante él como su vasallo y que obtenga de él mi tierra? Pongo a Dios por testigo que antes he de ser su vasallo que devolverle a la reina. De cierto que no la devolveré, sino que la disputaré y defenderé ante todos cuantos sean tan locos que osen venir a buscarla.»

Luego contesta de rechazo el rey:

«Hijo, mucho mejor harías si renunciaras cortés a esa ofuscación. Te ruego yo que te mantengas en paz. Sabes bien que no obtendrá más honor el caballero de no conquistar a la reina frente a ti en combate. Él prefiere obtenerla, sin vacilar, más por combate que por generosidad; ya que eso redundará en su fama. A mi parecer, no pretende obtenerla de grado, sino que desea conquistarla en la batalla. Por tal motivo obrarías sabiamente si le privaras del combate. Yo te ruego que elijas la paz. [3250] Y si tú desprecias mi consejo, no me cuidaré de tu desdicha, y gran daño puede resultarte. El caballero no tiene nada que temer, excepto de ti solo. De todos mis hombres y de mí he de ofrecerle garantías y

seguridad. Jamás cometí deslealtad ni traición ni felonía, y no voy a cometerlas ahora de ningún modo ni por ti ni por nadie. Así que no quiero que te hagas ilusiones. Es más, prometo al caballero que no tendrá necesidad de nada, ni de armas ni caballo, por carecer de ellos, ya que tal hazaña ha realizado al llegar hasta acá. Estará bien guardado y aprovisionado en salvedad frente a todos los hombres, a excepción sólo de ti. Y eso te quiero advertir: si puede defenderse ante ti, no ha de temer a ningún otro.

-Ahora -dijo Meleagante- me es tiempo de oíros, mientras me habláis a vuestro gusto, y de callar; pero bien poco me importa cuanto decís. No soy en absoluto un ermitaño ni un prohombre tan caritativo, ni quiero ceder tanto al honor, como para entregarle la cosa que más amo. No habrá de conseguir su demanda tan pronto ni tan fácilmente; antes bien irá muy de otro modo de lo que pensáis vos y él. Si en contra de mí le ayudáis, no he de ceder por tal motivo. Si de vos y de todos vuestros súbditos recibe paz y treguas, ¿qué me importa? Jamás por tal hecho me faltará corazón. Antes me place mucho, ¡así Dios me guarde! que no tenga otro cuidado aparte de mí, y no quiero que por mí hagáis cosa alguna de la que pueda sospecharse deslealtad o traición. Tanto como os plazca, sed hombre de pro, y dejadme a mí ser cruel.

-¿Cómo? ¿No vas a cambiar?

-No -contestó Meleagante.

-Pues ya me callo. [3300] Ahora haz lo que te plazca; yo te dejo y voy a ir a hablar al caballero. Quiero ofrecerle y presentarle mi ayuda y mi consejo sin reservas, pues estoy por entero de su parte.»

Entonces descendió el rey de la torre y mandó ensillar su caballo. Le trajeron un gran corcel, al que monta con el pie en el estribo. Y lleva consigo a algunos de su gente, tres caballeros y dos sargentos, sin más, a los que ordena cabalgar tras él. A todo galope llegaron hasta la boca del puente y vieron al caballero que enjugaba y contenía la sangre de sus heridas. El rey piensa en tenerle largo tiempo como huésped hasta curar tales heridas; así podría también esperar que la mar se secara.

El rey se apresura a desmontar. El caballero, gravemente malherido, se alza al momento frente a él. No porque le hubiera conocido, ni tampoco dando muestras del doloroso estado de sus manos y pies; ni más ni menos que como si estuviera indemne. El rey vio que se ponía en guardia, y corre muy pronto a saludarle, diciendo:

«Señor, mucho me admiro de que de improviso os hayáis presentado en este país ante nosotros. Pero bienvenido seáis, que ningún otro jamás emprenderá otro tanto. Ni jamás ocurrió ni ocurrirá que nadie acometiera tal audacia ni se metiera en tal peligro. Sabedlo: más os amo por ello, porque habéis hecho lo que nadie antes hubiera ni siquiera pensado hacer. Me encontraréis bien dispuesto hacia vos, leal y cortés. Yo soy de esta tierra rey; así que os ofrezco a vuestra disposición todo mi consejo y mi servicio. Ya me figuro con fundada razón lo que venís a demandar: venís creo yo, en demanda de la reina.

-Señor -dijo él-, bien lo creéis. Ningún otro asunto aquí me trae.

-Amigo, aún os toca penar -dijo el rey- antes de obtenerla. [3350] Vos estáis fieramente herido; veo las llagas y la sangre. No vais a encontrar tan generoso a aquél que acá la

condujo, que no os la va a entregar sin pelea. Mas os conviene reposar y dejar que mejoren vuestras heridas, hasta que estén bien curadas. Ungüento de las tres Marías y aún mejor, si se encontrara, os daré, pues mucho me preocupa vuestro bienestar y vuestra curación.

»La reina tiene una prisión decente, pues nadie la toca, ni siquiera mi hijo, por más que le pesa a él que fue quien la trajo. Jamás un hombre desvarió tanto como él enloquece y enfurece por tal motivo. Tengo hacia vos una afección muy cordial, así que os daré, ¡Dios me ayude!, muy a gusto cuanto necesitéis.

»Por muy buenas armas que mi hijo tenga, y por más rencor que me guarde, os he de dar otras tan buenas y un caballo como os hace falta. Y os tomo bajo mi protección, pese a quien pese, frente a todos los demás hombres. En vano desconfiaréis de cualquier otro a excepción de aquél que trajo acá a la reina. Nunca un hombre reprendió a otro como yo le he reprendido y poco faltó para que no lo expulsara de mi tierra por despecho de que no os la devuelva. Pero es mi hijo. Si no os vence en batalla, no podrá causaros por encima de mi autoridad, el menor daño.

-Señor -contestó el otro-, gracias os doy. Pero estoy gastando aquí demasiado el tiempo, que no quiero perder ni malgastar. De ninguna molestia me quejo ni tengo herida que me estorbe. Llevadme solo a donde lo enfrente, pues con tales armas cuales traigo estoy presto ahora mismo a dar y recibir golpes en la lid.

-Amigo, más os valdría esperar, quince días o tres semanas hasta que vuestras heridas se hubieran curado. [3400] Bien os iría una demora, por lo menos de quince días, que yo no soportaría de ningún modo ni podría mirar que con tales armas ni en vuestro estado presente combatierais en mi presencia.»

A lo que él respondió:

«Si así os pluguiera, no tendría yo otras armas que éstas, con las que de buen grado entablaría la batalla, y no pediría aplazamientos de un paso o una hora; el combate sería sin descanso término ni demora. Pero por vos cederé tanto que aguardaré a mañana. Y sería vano hablar más de eso, que más tiempo no aguardaré.»

Entonces el rey le ha prometido que todo irá de acuerdo con su voluntad. Luego lo conduce al hospedaje y con ruegos y órdenes manda a los que le albergan que se esfuercen por servirle, y ellos del todo lo procuran. Y el rey, que muy por su gusto hubiera elegido la paz, de haber podido, se fue de nuevo a buscar a su hijo, y le sermonea como quien desea la paz y la concordia. Así le habla:

«Hijo mío, a ver si te reconcilias con este caballero sin combatir. No ha venido aquí para divertirse ni para practicar el tiro de arco ni para cazar en montería, sino que ha venido para cobrar lo buscado y acrecentar su valor y su renombre. Bien habría menester de un largo reposo, según le he visto yo. De haber creído mi consejo ni en este mes ni en el siguiente se hubiera aprestado a la batalla de la que ahora está tan ansioso. ¿Si tú le devuelves a la reina, temerás incurrir en deshonor? Por eso no tengas miedo, que de ahí no te pueden resultar enojos; más bien es pecado retener una cosa a la que no se tiene derecho y en contra de toda razón. El otro habría trabado la batalla muy a gusto ahora mismo, a pesar que no tiene enteros ni pies ni manos, sino llenos de cortes y heridas.

[3450] -¡Con qué desvarío os precipitáis! -dijo Meleagante a su padre-. ¡Por la fe que debo a san Pedro, que no os he de hacer caso en este asunto! De cierto que deberían descuartizarme, si os creyera. Si él busca su honor, también yo el mío; si él busca su prez, yo también la mía; y si desea mucho la batalla, aún la deseo yo cien veces más.

-Bien veo que te encaminas a la locura -dijo el rey-; así que la encontrarás. Mañana probarás tu fuerza frente al caballero, cuando quieras.

-¡Que no me venga ningún mal mayor que éste! -dijo Meleagante-. ¡Mejor quisiera que fuese hoy por la tarde que mañana! Ved ahora cómo quedo con un talante más triste del acostumbrado. Se me han turbado mucho los ojos y tengo una expresión mortecina. Hasta que no entre en combate no tendré alegría ni humor ni placer, pues ningún otro suceso puede divertirme.»

El rey comprendió que de ningún modo valdrían allí sus consejos ni sus ruegos y lo ha dejado muy a su pesar. Y escoge un caballo muy fuerte y capaz y bellas armas, y se las envía al caballero que bien ha de emplearlas. En el castillo había también un anciano servidor que era un devoto cristiano; en el mundo no había otro tan leal, y sabía de curar heridas más que todos los médicos de Montpellier. Éste se ocupó por la noche de cuidar al caballero con todo su saber, pues el rey se lo había encomendado.

Y ya sabían las nuevas los caballeros y las doncellas, las damas y los barones de toda la región vecina. Allí acudieron desde todo el país de alrededor, desde una jornada de camino, los extranjeros y los naturales; todos cabalgaron con premura toda la noche hasta el amanecer. Unos y otros ante la torre se precipitaban a instalarse en tal aglomeración que allí no podía uno revolver un pie. [3500]

El rey se levanta de mañana; le preocupa mucho la batalla. Así que de nuevo acude a su hijo, quien tenía ya en su cabeza el yelmo, uno hecho en Poitiers. No se admite la dilación, ni puede concertarse la paz; por mucho que el rey la ha rogado, la paz no puede lograrse. Ante la torre en medio de la plaza donde toda la gente ha convergido, allí ha de hacerse el combate, que así lo quiere y manda el rey.

En seguida envía el rey a buscar al extranjero, y que lo conduzcan a la plaza, que estaba llena de gentes del reino de Logres. Así como para escuchar los órganos acuden de costumbre las gentes al monasterio en la fiesta anual, en Pentecostés o en Navidad, de la misma manera se habían allí reunido todos. Durante tres días habían ayunado y caminado con los pies descalzos y con la camisa de estameña todas las doncellas exiladas del reino del rey Arturo para que Dios fuerza y virtud le diera, contra su adversario, al caballero que debía pelear por la liberación de los cautivos. Pero también los del país, repetían las oraciones por su señor, para que Dios le concediere el honor y la victoria en la pelea.

Bien de mañana, antes de que tocaran la hora prima, los habían conducido a los dos adversarios al centro de la plaza, con toda la armadura, sobre dos caballos recubiertos de hierro. Muy gentil apariencia tenía Maleagante; era bien proporcionado de talle, brazos, piernas y pies, y el yelmo y el escudo que de su cuello colgaba le caían muy bien, admirablemente. Pero todos apostaban por el otro, incluso quienes hubieran deseado su derrota y decían todos que de muy poca monta era Meleagante frente a él.

[3550] Tan pronto como estuvieron ambos en mitad de la plaza, acude el rey, que los detiene en lo que puede y se fatiga por lograr la paz, pero no puede congraciar a su hijo. Así que les dice:

«Contened vuestros caballos por el freno por lo menos hasta que me haya subido a lo alto de la torre. No será un exceso de bondad que por mí os demoréis unos instantes.»

Luego se aparta de ellos, muy abatido, y va derecho a la cámara donde sabía que estaba la reina, quien la noche anterior le había rogado que la colocara en un lugar de donde pudiera ver con comodidad el combate. Y él le otorgó el don; de modo que la fue a buscar para guiarla, puesto que se esmeraba en cuidarse de su honor y servicio.

La ha colocado junto a una ventana y él mismo se ha acodado a su lado, a su derecha, en otra ventana. También se había reunido junto a ellos multitud de personas, caballeros y damas de buen tino; doncellas nacidas en el país, y numerosas cautivas que estaban muy atentas en oraciones y plegarias. Los prisioneros y las prisioneras todos rogaban por su campeón, que en Dios y en él fiaban para la salvación y la libertad.

Entonces sin más tardanza los combatientes hacen retirarse a todo el gentío. Ya se enfrentan, a sus costados los escudos y embrazando la adarga. Y se golpean de tal modo que las lanzas se han hundido dos brazadas en mitad del escudo y han estallado quebrándose como astillas del hogar. Y los caballos lanzados en pleno galope se han entrechocado frente a frente y pecho contra pecho; y los escudos y los yelmos han chocado con tal estrépito que parece como si hubiera sonado un tremendo trueno. No lo resisten pretales ni cinchas, estribos ni riendas ni correas, sin romperse; e incluso se cuartean los arzones de las sillas, que muy fuertes eran. [3600]

No han tenido gran vergüenza por caer a tierra, después de que todo su arnés les ha fallado así. Muy pronto se alzan en pie y se acometen uno a otro, sin cruzar palabra, más fieramente que dos jabalís. Se hieren, sin amenazas, con grandes mandobles de sus espadas de acero, como quienes se detestan con fiero odio mutuo. A menudo hienden con tal furia los yelmos y las cotas brillantes de malla que tras el hierro brota un chorro de sangre. Muy bien hacen el gasto del combate, que se enfurecen y malparan con mandobles pesados y cruentos. Repetidos asaltos, fieros, duros y sostenidos se entrecambiaron por igual; en ningún momento se sabía cuál de los dos la ventaja o el fracaso mantenía. Pero no podía dejar de suceder que el que había pasado el puente no se resintiera agudamente en sus manos que tenía cubiertas de heridas. Mucho se han espantado las gentes que en él confiaban, cuando ven que sus mandobles se debilitan, y temen entonces su derrota. Ya se figuraban que el caballero estaba sometido y Meleagante se alzaba vencedor, y de ello murmuraban en torno.

Pero en las ventanas de la torre había una doncella muy sagaz, que medita y se dice en su corazón que el caballero no había entablado la batalla ni por ella ni por aquella gente humilde que se había reunido en la plaza, y que no la hubiera presentado a no ser por la reina. Y medita que si él supiera en qué ventana la reina estaba, y que si viera que ella le contemplaba, recobraría vigor y audacia. Y que, si ella supiera su nombre, muy de corazón le hubiera dicho que la mirara unos instantes. [3650] Entonces se acercó a la reina y le dijo:

«Señora, por Dios y por vuestra prez, y por la nuestra, os requiero a que me digáis el nombre de este caballero, si lo sabéis, con el fin de ayudarle.

-Lo que me habéis rogado -dice la reina- carece a mi entender de malicia y perversidad. No hay sino bien en ello: Lanzarote del Lago se llama el caballero, estoy segura.

-¡Dios mío! -dice la muchacha-, vuelve la sonrisa y la alegría a mi corazón: ya está curado.»

Entonces salta hacia adelante y así le llama en alta voz, tan alto que todo el gentío puede oír lo que dice:

«¡Lanzarote!, vuélvete y mira a quien de ti no aparta su mirada.»

Al oír su nombre, Lanzarote no tardó en volverse. Gira sobre sí mismo y ve arriba a aquélla que en el mundo más deseaba ver, a Ginebra sentada en las tribunas de la torre. Desde el momento en que la vio, no apartó ya su rostro de allí, ni su vista: se defendía por detrás. Maleagante, entre tanto, le perseguía sin descanso, encarnizadamente; piensa que su enemigo no va a poder defenderse de él por mucho tiempo, y ello constituye su alegría. Sus compatriotas exultan de júbilo. En cuanto a los desterrados, muchos de ellos, tan llenos de angustia que no pueden mantenerse en pie, van dejándose caer en tierra, unos sobre sus rodillas, otros completamente tendidos. De este modo, el gozo y la tristeza coexistían. Entonces gritó de nuevo la muchacha desde la ventana: «¡Ah, Lanzarote! ¿Cómo es que te comportas de una forma tan insensata? Hace bien poco que en ti se daban cita proezas y virtudes. No creo que Dios haya creado caballero que pueda comparársete en valor y prez, y ahora te vemos tan apurado. [3700] Vuélvete de este lado, sin que tus ojos dejen de fijarse sobre este hermoso torreón que vale tanto contemplar.»

Lanzarote considera lo que ha hecho un deshonor y una vergüenza, tanto que ha llegado a odiarse a sí mismo. Bien sabe que ha llevado la peor parte de la batalla durante demasiado tiempo. Todas y todos lo han podido ver. Entonces salta hacia atrás, dando la cara a Meleagante, y le coloca por fuerza entre la torre y él. Meleagante no regatea esfuerzos para recuperar la posición perdida. Pero Lanzarote se precipita sobre él y le encuentra con el escudo con una fuerza tal que le hace girar sobre su eje dos veces, tres veces, bien a su pesar. Crecen en el héroe fuerza y audacia. Amor le presta valiosa ayuda, y es que no había odiado a nadie nunca tanto como a su contrincante en este combate. Amor y un odio mortal, tan grande como nunca visteis semejante, le hacen tan firme y tan resuelto que Meleagante no puede ver en su actitud un juego. Tiembla el felón: jamás ha conocido un caballero tan audaz, jamás ninguno le ha atormentado de tal modo. De buen grado se aleja de él, hurta su cuerpo y huye, rehúsa el regalo de unos golpes que odia. Y Lanzarote no le amenaza, sino que a tajos y estocadas le hace retroceder hasta la torre donde la reina se apoyaba. Más de una vez la ha servido y rendido vasallaje…

Ha aproximado a su adversario a ella tan cerca como le convenía: si diera un paso más, no la vería. Así, continuamente, Lanzarote le llevaba hacia atrás y hacía adelante, allí por donde bien le parecía, para no detenerse sino ante la reina su dama, la que puso en su cuerpo la llama que le impulsa a mirarla sin cesar. Y esta llama le avivaba a tal punto su ardor contra Meleagante que podía llevarle y perseguirle a voluntad, allí por donde le placía. Como a ciego y como a fugitivo le pasea, sea ello o no de su grado.

Ve el rey que su hijo está extenuado: ya ni siquiera se defiende. Ello le pesa y le mueve a compasión. Pondrá remedio, si es que puede. Para que surta efecto, debe ir a suplicar a la reina. Comenzó entonces a hablarle así:

«Señora, desde que os tuve a mi cargo no he dejado un solo instante de serviros y honraros como el mejor de los amigos. Nunca he dejado de hacer cosa que realzara vuestro honor. Pediros quiero ahora un don que a buen seguro me otorgaréis, si obráis por amistad: ésa será mi recompensa. Me doy perfecta cuenta de que mi hijo lleva la peor parte en este combate. No os oculto que ello no me produce el menor pesar. Pero os ruego que Lanzarote, dueño de su vida, no le mate. No, vos no debéis querer su muerte, por más que os haya perjudicado mucho a vos y a él. Os suplico me concedáis la gracia de que no llegue a herirle con el golpe definitivo. De este modo, corresponderíais a mis servicios de ayer para con vos.

-Mi buen señor, pues que me lo rogáis, consiento en ello de mi grado -dice la reina-. Guardara yo hacia vuestro hijo, a quien no puedo amar, un odio mortal: me habéis servido con tanta generosidad que quiero, para complaceros, decirle a Lanzarote que le deje vivir.»

No fueron pronunciadas estas palabras en voz baja: las oyeron Lanzarote y Meleagante. Quien ama es obediente: con rapidez lleva a cabo lo que place a su amiga si está profundamente enamorado. [3800] ¿Qué otra cosa hubiera hecho Lanzarote, él que amó mucho más de lo que amara Príamo, el más leal de los amantes? Sí, Lanzarote ha oído la respuesta de su dama; desde que las últimas palabras fluyeron de su boca, cuando dijo: «Puesto que deseáis que no le mate, yo también lo deseo», desde ese instante, por nada del mundo habría tocado a Meleagante, ni se habría movido aunque su vida peligrase. No le toca ni se mueve. Su enemigo, por el contrario, le hiere tanto como puede, fuera de sí de ira y de vergüenza al oír que ha llegado al extremo de que ha sido preciso suplicar por su vida. El rey, para amonestarle, ha descendido de la torre y, llegado a la batalla, dice así a su hijo:

«¿Cómo? ¿Es decoroso que él no te toque y tú le hieras? Furioso y cruel en demasía me pareces ahora, ¡a destiempo ha aflorado tu valor! Sabemos con certeza que él te ha superado limpiamente.»

Y Meleagante le responde, enajenado de vergüenza:

«¡Se diría que estáis ciego! A fe que no veis nada. Ciego está el que ponga en duda que he obtenido la victoria.

-¡Busca entonces -dice el rey- quien te crea! Bien saben todas estas gentes si dices verdad, o si mientes. La verdad bien la conocemos.»

Ordena al punto a sus barones que retiren a su hijo. No se demoran, pronto dan cumplimiento a su mandado: Meleagante es sometido. Para retirar a Lanzarote no hubo que prodigar grandes esfuerzos: mucho hubiera podido perjudicarle el otro, antes que él le tocase. Entonces dice el rey a su hijo:

«Así Dios me valga, debes ahora hacer las paces y devolver a la reina. [3850] Es preciso que olvides y renuncies por completo a semejante querella.

-¡Muy grande necedad habéis dicho! ¡Demasiado os he oído esgrimir naderías! ¡Idos! Dejadnos combatir y no os mezcléis más en esto.»

El rey dice que ha obrado así «porque bien sé que te mataría si os dejase combatir».

«¿Que él me mataría? Antes sería yo quien le matase, si vos no nos estorbaseis y nos dejaseis combatir.»

Responde el rey:

«Así Dios me salve, no vale nada cuanto dices.

-¿Por qué?

-No quiero oírte. No voy a confiar en la locura y el orgullo que te matarían. Loco está quien su muerte desea, como tú, que ni siquiera lo sabes. Sé bien que me odias porque quiero impedir que mueras. Espero que Dios no me dejará ver con estos ojos tu muerte, porque sería para mí un dolor excesivo.»

Tanto le dice y tanto le amonesta que han fijado paces y acuerdos. Se estipula que Meleagante devolverá a la reina, a condición de que, al cabo de un año a partir del día elegido por él para el reto, Lanzarote, sin demora alguna, se enfrentará de nuevo con él. El acuerdo no entristece en absoluto a Lanzarote. Todo el pueblo acepta la paz, y desea que la batalla tenga lugar en la corte del rey Arturo, señor de la Bretaña y Cornualles. Allí desean que tenga lugar, si la reina promete, y Lanzarote garantiza, que, si Meleagante consiguiera vencerle, ella regresará con el vencedor y nadie la retendrá. Conforme está la reina, y Lanzarote sale fiador. De este modo los han puesto de acuerdo, a más de separarlos y desarmarlos.

[3900] Era costumbre del país: cuando uno era liberado, los demás regresaban con él. Así, pues, todos bendecían a Lanzarote. Podéis haceros una idea de la inmensa alegría que debía reinar allí entonces: reinó, sin duda alguna. Todos juntos, los desterrados hacen visible su alegría ante Lanzarote, y así le dicen, todos juntos, para que él pueda oírles:

«Señor, mucho nos alegramos, en verdad, tan pronto oímos vuestro nombre, pues al punto supimos con certeza que nos liberaríais a todos.»

A la alegría se une un gran afán: cada cual, con fatiga y dificultades, intenta tocar a su libertador. El que consigue aproximarse más, conquista una alegría inenarrable. Al mismo tiempo reinan el gozo y la tristeza: los que han sido rescatados se abandonan a su dicha; Meleagante y los suyos no tienen nada que celebrar: pensativos están, sombríos y abatidos.

El rey gira sobre sus pasos. Con él va Lanzarote, no le ha olvidado. Éste le ruega ser conducido ante la reina.

«Por mí no queda -dice el rey-, que me parece oportuno hacer lo que decís. Os mostraré también a Keu el senescal, si lo deseáis.»

Poco falta para que Lanzarote se arroje a sus pies, tan loco de alegría se halla. El rey le condujo al instante a la sala donde esperaba la reina, recién llegada. Cuando la reina ve al rey trayendo a Lanzarote por un dedo, se pone en pie aparentando malhumor, baja la cabeza y no pronuncia palabra.

«Señora, ved aquí a Lanzarote -dice el rey-, que viene a veros. Ello habrá de agradaros sobremanera.

-¿A mí? Señor, no puede agradarme. Su presencia no me interesa en absoluto.

-¡Cómo! Señora -responde el rey generoso y cortés-, ¿de qué corazón os habéis investido? [3950] Por cierto que cometéis sinrazón excesiva con el hombre que tanto os ha servido. En su búsqueda ha puesto por vos su vida en peligro mortal, y os ha rescatado y defendido de mi hijo Meleagante, quien muy a su pesar os ha devuelto.

-Señor, a la verdad, ha gastado su tiempo. No negaré que no le guardo la menor gratitud.»

He aquí a Lanzarote fulminado. Como respuesta, dice muy suavemente, como cuadra a un amante cumplido:

«Señora, verdad es que me duelen vuestras palabras, y no me atrevo a preguntaros el motivo.»

Mucho se hubiera lamentado Lanzarote si la reina le hubiese escuchado; pero, para atormentarle y confundirle, no quiso responder una sola palabra, retirándose a una cámara cercana. Y Lanzarote la escoltó hasta la entrada con los ojos y con el corazón. Corto fue el viaje de los ojos, que demasiado cerca estaba la cámara; muy de su grado hubiesen entrado tras ella, si fuera posible. El corazón, que es amo y señor mucho más poderoso, pasó tras su señora al otro lado de la puerta. Los ojos se han quedado fuera, llenos de lágrimas, junto con el cuerpo. El rey, entonces, a título confidencial, le dice:

«Lanzarote, mucho me maravilla qué signifique o de dónde proceda el que la reina no os quiera ver ni se digne dirigiros la palabra. Si nunca le plugo hablaros, no debiera precisamente ahora dispensaros esta acogida ni rechazar vuestra conversación, después de lo que habéis hecho por ella. Vamos, decidme, si lo sabéis, por qué causa, por qué sinrazón os ha mostrado una apariencia semejante.

-Señor, hace sólo un momento no lo hubiera creído. Pero no hay duda de que no quiere verme ni oír mi voz: ello me duele y pesa mucho.

-En verdad -dice el rey- no tiene razón, pues por ella habéis acometido mortales aventuras. [4000] Y bien, querido amigo, venid. Vais a hablar con el senescal.

-Iré con mucho gusto.»

Ambos se dirigen hacia el senescal. Cuando Lanzarote llegó ante él, Keu le espetó a manera de saludo:

«¡Cómo me has deshonrado!

-¿Yo? -dice Lanzarote-, decidme en qué. ¿Qué vergüenza he podido causaros?

-Una muy grande, que tú has llevado a cabo la empresa que yo no he podido concluir. Has hecho lo que yo no pude hacer.»

Entre tanto, el rey se va, los deja solos: de la cámara todos han salido. Lanzarote pregunta al senescal si ha padecido mucho:

«Si -responde Keu-, y padezco todavía: nunca he sufrido tanto como ahora. Y hubiese muerto largo tiempo ha, a no ser por el rey que acaba de irse. Él se ha apiadado de mí,

demostrándome siempre dulzura y amistad; nunca, enterado él, me ha faltado cosa alguna de la que hubiese menester que no me fuese aparejada al punto, ni una sola vez. Pero por cada bien que me hacía, su hijo Meleagante, lleno de malas artes, mandaba llamar cabe sí y a traición a los médicos, y les ordenaba poner sobre mis llagas ungüentos tales que me hiciesen morir. De este modo tenía yo padre y padrastro; cuando el rey, queriendo contribuir a mi pronta curación, hacía colocar un buen emplasto sobre mis llagas, su hijo, traicioneramente, hacía que me lo cambiaran por un ungüento lesivo, siempre con la intención de matarme. Sé con absoluta certeza que el rey nada sabía de ello: no habría consentido en guisa alguna tal crimen ni tal felonía. Además, no sabéis de su generosidad para con mi señora la reina; nunca fue por ninguna guarda tan 4050 bien guardada torre ni frontera, desde el tiempo en que Noé construyó el arca, como ha sido guardada ella por él. A su hijo no le permite ni siquiera verla, de no ser ante el común de las gentes o en su propia presencia; mucho se duele Meleagante por ello. Con tan gran honra la ha tratado y trata el noble rey (¡gracias le sean dadas!) como ella misma ha querido disponer, que nunca hubo en esto otro arbitro que ella. Y el rey más y más la ha ido estimando, al ver la lealtad que le demuestra. Pero, ¿es verdad lo que me han dicho? ¿Tan gran cólera siente hacia vos que su palabra, delante de todos, os ha retirado terminantemente?

-La verdad os han dicho -responde Lanzarote-, la pura verdad. Pero, por Dios, ¿sabríais decirme por qué me odia?»

Keu le contesta que no sabe, que se encuentra también extrañamente sorprendido.

«¡Sea según sus órdenes!», dice Lanzarote, resignado, y añade: «Debo despedirme. Iré en busca de mi señor Galván, también entrado en esta tierra: me prometió que se dirigiría en línea recta hacia el Puente bajo el Agua.»

Dicho esto, ha salido de la cámara y ha llegado delante del rey, a quien pide licencia para partir. El rey la otorga de su grado. Pero aquellos a los que había liberado de su prisión le preguntan qué harán. Y él les dice:

«Vendrán conmigo todos los que quieran venir. Quédense los que quieran quedarse junto a la reina; no es razón que conmigo vengan.»

Con él van todos los que quieren, más alegres y felices de lo que acostumbraban. Con la reina permanecen las doncellas, manifestando su alegría, y las damas, y más de un caballero. [4100] No hay nadie de los que se quedan que no prefiera volver a su país antes que prolongar su estancia allí. Pero la reina los retiene; mi señor Galván está cerca, y ella no quiere moverse hasta saber noticias suyas.

Por todas partes se ha extendido la nueva: la reina está libre por completo; y todos los cautivos han sido liberados con ella. Se irán sin falta cuando les plazca y les convenga. Unos a otros se preguntan si es verdad: no hablaban de otra cosa cuando estaban juntos. Desde luego no les enoja que sean destruidos los pasos peligrosos. Se va y se viene a voluntad. Nada hay de lo que antes solía haber.

Cuando supieron las gentes del país -los que no habían presenciado la batalla- cómo se había comportado Lanzarote, se dirigieron todos hacia aquel lugar por donde sabían que él

marchaba; cuidan que al rey le agradaría que condujesen ante él a Lanzarote prisionero. Éste y los suyos se hallaban desguarnecidos de armas; por ello los sorprendieron, que los del país venían armados. No es maravilla que prendiesen a Lanzarote, que iba desarmado, y que le hicieran retroceder con los pies atados bajo su caballo.

«Muy mal obráis, señores -dicen los desterrados-, pues el rey nos protege. Todos estamos bajo su guarda.

-Nada sabemos -les responden-. Habéis de venir con nosotros a la corte en calidad de prisioneros.»

La noticia corre, vuela hasta llegar al rey: sus gentes han apresado a Lanzarote y le han matado. En cuanto el rey lo sabe, mucho se aflige, y jura, cuando menos por su cabeza, que quienes le mataron morirán; no se podrán justificar y, cuando caigan en su poder, no habrá cuestión sino de darles muerte en la horca, en la hoguera o en el agua. [4150] Y si se atreven a negarlo, no les creerá a ningún precio; demasiado han sumido su corazón en duelo, y le han causado una deshonra tal que sobre él deberían caer los reproches, si no tomase venganza. Pero la tomará sin duda alguna.

La nueva, que por todas partes se expande, ha llegado hasta la reina, cuando estaba sentada en la sala de banquetes. A punto estuvo de matarse al oír la noticia. Aunque era falsa, ella la reputaba verdadera. Tan infelizmente desfallece que falta poco para que pierda la palabra. No obstante, dice con claridad a cuantos allí estaban:

«Mucho me pesa su muerte, a la verdad. Y si me pesa no es sin razón, que él vino en mi busca a este país; por eso siento este pesar.»

Acto seguido -en voz muy baja, para que nadie la oiga- se dice a sí misma que no beberá ni comerá en lo sucesivo, si es verdad que está muerto aquél por cuya vida ella vivía. Al punto, se levanta muy dolorida de la mesa y va a lamentarse donde nadie pueda escucharla. Tan ansiosa está de matarse que a menudo se aferra la garganta. Pero antes se confiesa consigo misma: se arrepiente y fustiga su culpa, mucho se censura y se acusa del pecado que había cometido contra aquél que siempre había sido suyo -bien lo sabía ella- y todavía lo sería si estuviese vivo. Tal duelo hace por su pasada crueldad que ha perdido gran parte de su belleza. El recuerdo de su perversidad, junto con la vigilia y el ayuno, la han vuelto pálida y sombría. Ha reunido todas sus faltas, y ahora desfilan ante ella; a todas las recuerda:

«¡Ay, desdichada! ¿En qué pensaría cuando mi amigo se presentó ante mí, que no le dispensé una buena acogida, y ni siquiera me digné escucharle? [4200] Cuando le rehusé vista y palabra, ¿no cometí una locura? ¿Una locura? Así Dios me valga, cometí más bien una perversa crueldad. Yo cuidaba que todo era un juego, pero él no lo entendió así, y no ha podido perdonarme. Nadie sino yo le he asestado el golpe mortal, por mi fe. Cuando llegó a mí sonriendo, seguro de que yo me alegraría al verle, ¿no fue un golpe mortal el no querer concederle una mirada? Cuando le retiré mi palabra, cuido que en ese instante le arranqué la vida con el corazón. Estos dos golpes le han matado, ningún otro asesino a sueldo. ¡Dios mío! ¿Podré algún día rescatarme de este crimen, de este pecado? Bien sé que no; antes se secarían todos los ríos y el mar se agotaría. ¡Ay! ¡Cómo me reconfortaría y cuánto mejor me sentiría si, al menos una vez antes de muerto, le hubiese tenido entre mis brazos!

¿Cómo? Muy fácilmente: desnuda yo y desnudo él, para que mayor fuese el placer. Pero está muerto, y muy cobarde seré si no me doy la muerte yo también. Aunque, ¿irá en perjuicio de mi amigo el que yo conserve la vida después de su muerte, cuando nada me produce placer en el mundo sino el dolor que padezco por él? Ésa es mi única alegría tras su muerte; muy dulce hubiera sido para él, mientras vivía, este sufrimiento de amor por el que ahora siento un deseo semejante. Cobarde me parece la amiga que prefiere morir a sufrir por su amigo. De grado elijo, pues, prolongar durante largo tiempo mi dolor. Antes quiero vivir y sufrir que morir y descansar.»

Dos días se mantuvo la reina en este duelo, sin comer ni beber, tanto que se creyó que había muerto. Muchos hay que transmiten noticias: antes la triste que la agradable. [4250] A Lanzarote llega la nueva de que ha muerto su dama y amiga. Mucho le ha pesado, no lo dudéis. Bien puede imaginar cualquiera el grado de su dolor. A la verdad, si queréis oírme y saberlo, estaba tan afligido que llegó a sentir desprecio por su vida: quiere matarse sin demora, pero antes se lamentará. En uno de los cabos del cinturón que le ciñe anuda un lazo corredizo, y se dice a sí mismo, arrasados los ojos de agua:

«¡Ah, Muerte! ¡Qué emboscada me has tendido! Sano estaba y tú me has hecho caer enfermo. Enfermo estoy, ningún mal siento fuera del duelo que me oprime el corazón. Este duelo es mi enfermedad, y mortal es. Mi afán es que lo sea, y, si a Dios place, moriré. (¡Cómo? ¿No podré morir de otra manera, si ésa no es del agrado de Dios? Sí podré, con tal que me permita apretar este lazo en torno a mi garganta: así espero vencer a la muerte. Me mataré a despecho suyo. Mi cinturón la conducirá prisionera ante mí, por más que ella no quiera llegarse nunca a los que no la temen, y, tan pronto se encuentre en mi jurisdicción, hará cuanto desee. Lentos serán, a la verdad, los pasos con que venga: tan deseoso estoy de poseerla.»

No se demora entonces, ni se tarda: antes bien, pasa su cabeza por el lazo, y fija éste alrededor de su cuello. Para que el mal se cumpla, ata fuertemente el otro cabo del cinturón al arzón de su silla, sin que nadie se aperciba de ello. Y se deja en seguida caer a tierra. Quiere hacerse arrastrar por su caballo hasta morir: no juzga digno vivir una hora más. Cuando los que con él cabalgaban le ven caído en tierra, cuidan que se ha desvanecido: ninguno de ellos ha reparado en el nudo que oprimía su cuello. Le han levantado al punto entre sus brazos. [4300] Fue entonces cuando encontraron el lazo que le había convertido en su propio enemigo, el lazo que en torno a su cuello había dispuesto. Se lo cortan rápidamente. Pero el lazo había mortificado con tanto rigor a la garganta que no pudo hablar en algún tiempo: por poco se le rompen todas las venas del cuello. En lo sucesivo, es incapaz de hacerse mal, por más que lo desee. Mucho le pesaba la vigilancia. A punto estuvo su duelo de consumirle: muy a su gusto se habría matado, si nadie estuviera vigilándole. Viendo que no puede hacerse daño, dice:

«¡Ah, Muerte vil y despreciable! Muerte, por Dios, ¿no tenías poder y fuerza suficientes para matarme a mí en lugar de mi dama? Tal vez no te dignaste ni quisiste hacerlo por miedo a hacer un bien a alguien. Tu felonía no lo permitió: ninguna otra razón. ¡Qué servicio el tuyo! ¡Qué bondad! ¡En qué lugar te has situado! ¡Maldito sea quien te guarde gratitud! No sé quien me odia más, si la Vida que me desea, o la Muerte que no quiere matarme: una y otra me matan. Pero es con razón, así Dios me valga, si vivo yo a pesar mío, pues debería haberme matado cuando mi señora la reina me mostró semblante de odio.

Y no lo hizo sin motivo; tenía una buena razón, aunque a mí se me escape cuál fuera. Si hubiese conocido esta razón antes de que su alma fuese al encuentro de Dios, habría reparado mi falta con tanta vehemencia como a ella le pluguiera, con tal que se apiadase de mí. Dios, ¿cuál ha podido ser mi crimen? [4350] Quizá ha sabido que subí en la carreta. No veo qué baldón puede imputarme si no es ése, que me ha traicionado. Si fue la causa de su odio, Dios, ¿por qué ese crimen me ha dañado tanto? Quien me lo reproche no sabe lo que es Amor. La boca no debe censurar nada de lo que Amor inspira: todo lo que se hace por la amiga se llama amor y cortesía. Pero yo nada he hecho por mi amiga. No sé qué decir, ¡ay! No sé si decir amiga o no. No me atrevo a darle ese nombre. Cuido saber de amor lo bastante para afirmar que ella no debió considerarme el más vil de los hombres, si me hubiese amado. Antes bien, debería haberme llamado su amigo fiel, por cuanto honor me parecía todo lo que Amor deseaba: subir a la carreta, en ese caso. En ello sólo amor hubiera debido ver ella, y su probanza: así pone a prueba Amor, y de este modo reconoce a los suyos. Pero no tuvo a bien mi dama estas servidumbres: bien pude advertirlo en la acogida que me dispensó. Y sin embargo, por ella hizo su amigo lo que más de una vez le supuso vergüenza, reproches y censuras. He jugado ese juego que todos vituperan, y mi felicidad, tan dulce, se me ha tornado amarga melancolía. A fe que tal es la costumbre de aquéllos que de amor nada saben y lavan su honor en la vergüenza: quien sumerge su honra en el oprobio, no hace otra cosa que ensuciarla más. Son los mismos ignorantes que publican su desdén hacia Amor; los que, muy lejos de él, no cumplen sus mandatos. Ño saben que mucho se ayuda quien hace lo que Amor ordena -no hay nada más digno de perdón-, y que mucho pierde quien rehúsa hacerlo.»

Así se lamenta Lanzarote. A su lado se duelen sus compañeros, los que le guardan y vigilan. Entre tanto, llegan noticias de que la reina no está muerta. [4400] Al punto, Lanzarote se conhorta: si antes por su muerte había hecho enorme duelo, ahora la alegría por su vida es cien mil veces mayor. Como no se encontraban sino a seis o siete leguas de donde estaba el rey Baudemagus, llegó a éste la noticia de que Lanzarote vivía y que llegaba sano y salvo; de grado escuchó el monarca la buena nueva, y, galantemente, fue en seguida a decírselo a la reina.

«Mi buen señor -responde ella-, lo creo, pues que vos lo decís. Si hubiese muerto, os lo prometo, no habría yo jamás recobrado la alegría. Para siempre se habría desvanecido mi gozo, si un caballero hubiese recibido la muerte en mi servicio.»

Dicho esto, el rey de allí se parte. Muy impaciente está la reina de que regrese su alegría junto con su amigo. No tiene el más mínimo deseo de mostrarle rigor en nada. Y he aquí que, de nuevo, el rumor que no descansa y corre siempre sin interrupción llega a la reina: ¡Lanzarote se habría matado por ella, si se lo hubiesen permitido! Muy alegre está, y no duda en dar crédito a lo que oye: por nada del mundo querría que le hubiese sobrevenido una desgracia irreparable.

Entre tanto ahí tenéis a Lanzarote, recién llegado a toda prisa. En cuanto el rey le ve, corre a besarle y a darle el abrazo de bienvenida. Se diría que vuela: tan ligero le vuelve su alegría. Pero quienes capturaron y ataron al héroe la nublan bruscamente; el rey les dice que han llegado para su desgracia, pues que van a morir sin remedio. Ellos le han respondido que creían obrar según su deseo.

«Me contraría -dice el rey- que hayáis pensado así. [4450] No está implicado sólo Lanzarote. A él no le habéis deshonrado, sino a mí, que era su salvoconducto. En cualquier caso, la vergüenza es mía. Pero no bromearéis cuando salgáis de aquí.»

Lanzarote se esfuerza lo mejor que puede en poner paz y sosegar la ira del monarca, tanto que lo consigue. Entonces el rey le conduce a ver a la reina. Esta vez ella no dejó caer sus ojos en tierra. Por el contrario, fue alegremente a recibirle, le honró cuanto pudo y le hizo sentar a su lado. Hablaron luego a su placer de cuanto les venía en gana. Temas no faltaban, que Amor se los brindaba. Cuando Lanzarote ve que la ocasión le es propicia y que no dice nada que no agrade a la reina, le dice en voz muy baja:

«Señora, mucho me pregunto maravillado el porqué de vuestra acogida el otro día. Al verme, ni una sola palabra me dirigisteis: un poco más, y hubiese muerto. No fue entonces tan audaz que me atreviera a preguntaros el motivo, pero ahora sí me atrevo. Señora, estoy dispuesto a reparar mi falta, pero os ruego que me descubráis el crimen que tanto me ha turbado.»

Le responde la reina:

«¿Cómo? ¿No tuvisteis vergüenza de la carreta? ¿Acaso no dudasteis? Muy a vuestro pesar subisteis en ella, pues que os demorasteis dos pasos. Es por eso, en verdad, por lo que no he querido ni hablaros ni miraros.

-¡Dios me libre otra vez de semejante fechoría! -dice Lanzarote-. Que Dios no tenga jamás piedad de mí si no obrasteis con toda justicia. Señora, por Dios, aceptad lo antes posible la reparación de mi culpa. Si algún día me vais a perdonar, decídmelo, por Dios.

-Amigo, yo os libero por completo de vuestra falta. Os perdono de todo corazón. [4500]

-Gracias os sean dadas, señora. Pero aquí no puedo deciros cuanto quisiera. Con gusto os hablaría más despacio, si fuese posible.»

La reina le señala una ventana con la mirada, no con el dedo, y dice:

«Venid a hablarme a esta ventana a medianoche, cuando todos duerman aquí dentro. Pasaréis por ese vergel. Pero aquí no podréis entrar, ni albergar vuestro cuerpo como un huésped. Yo estaré dentro y vos fuera, que dentro no podréis pasar. Yo tampoco podré llegar hasta vos, no siendo con la boca o con la mano. Hasta el amanecer estaré allí, si ése es vuestro gusto. No podríamos reunimos: en mi cámara, delante de mí, se acuesta Keu, el senescal, quien, cubierto de llagas, languidece en el lecho. La puerta tampoco está abierta: bien cerrada queda, y bien guardada. Cuando vengáis, tened cuidado de no toparos con ningún espía.

-Señora -responde Lanzarote-, como pueda evitarlo, no me verá ningún espía de los que piensan mal o alimentan murmuraciones.»

Así conciertan su entrevista y, llenos de alegría, se separan.

Lanzarote sale fuera de la cámara, tan alegre que no recuerda ninguno de los dolores pasados. La noche tarda demasiado. El día se le antoja, en su impaciencia, más largo que cien días o que un año entero. Muy gustoso habría acudido a la cita, si fuese ya de noche.

Tanto ha luchado la noche por vencer al día que lo ha cubierto con su oscuridad, a modo de capa sombría sobre los hombros de la luz. Cuando ya ha oscurecido, muestra el héroe visos de cansancio y fatiga, y dice a los circunstantes que ha velado mucho y le es menester reposo. [4550] Bien podéis comprender, vosotros que habéis acometido empresas de este género, que él se finge cansado y que, engañosamente, se hace conducir a su cámara por las gentes de su posada. Pero su lecho no le parecía atractivo: no hubiese reposado allí por nada del mundo. No habría podido ni se hubiera atrevido. No hubiese querido tampoco atreverse ni poder.

Pronta y sigilosamente se levantó, sin lamentar en absoluto que no lucieran luna ni estrellas, ni que no ardiese en la mansión antorcha, lámpara ni linterna. Así se fue, acechando que ninguno le viese: cuidaban que dormiría en su lecho durante toda la noche. Sin compañía ni escolta se dirige rápidamente hacia el vergel. No encontró a nadie. Y tiene suerte: un lienzo de la pared que cercaba el jardín se había derrumbado recientemente. Por esa brecha para veloz y pronto llega a la ventana. Allí se detiene, sin hacer ruido, sin toser, sin estornudar, hasta que llega la reina, envuelta en la blancura de una camisa. No lleva encima saya ni brial, tan sólo un manto corto de escarlata y cisemus. ([1]) Cuando Lanzarote ve a la reina que se inclina sobre la ventana, guarnecida de barrotes de hierro, con un dulce saludo la ha saludado. Y ella se lo devuelve al punto, que mucho estaban deseosos él de ella y ella de él. Nada hay de mal tono, nada triste en la conversación que mantienen. Uno y otra se aproximan, y mano a mano se entrelazan. Pero les pesa demasiado no poder juntarse más, y ambos denigran los hierros que les separan. [4600] Con todo, Lanzarote se jacta de que, si a la reina le 4600 place, conseguirá forzar la entrada: unos hierros no le detendrán.

«¿No veis -responde ella- que es muy difícil doblarlos, y más aún romperlos? Por más que los apretéis y atraigáis hacia vos y estiréis, no podréis arrancarlos.

-Señora, no os preocupéis. Esos hierros no valen nada. Nadie salvo vos puede impedirme reunirme con vos. Si me otorgáis licencia, el camino me es franco. Pero si no es de vuestro gusto, será tan peligroso que por nada del mundo pasaría.

-Sí -dice ella-, bien lo quiero. Mi voluntad no es lo que os detiene. Pero os conviene esperar a que esté acostada en mi lecho, y habréis de obrar en el mayor de los sigilos. No sería ni motivo de diversión el que el senescal, que duerme aquí, se despertase a causa del alboroto. Es razón, pues, que regrese a mi lecho, pues él no podría interpretar favorablemente el verme estar de pie en este lugar.

-Señora, idos sin perder un instante. Pero no temáis que vaya a hacer ruido. Tan suavemente pienso arrancar los barrotes que en modo alguno me fatigaré, y nadie se despertará.»

Dicho esto, la reina se va, y él se dispone a deshacerse de la ventana. Se agarra a los barrotes, los sacude violentamente, tira de ellos tanto que consigue doblarlos y arrancarlos de raíz. Pero era tan cortante su hierro que le hendió la primera falange del dedo meñique hasta los nervios, y le produjo un profundo corte en el primer nudillo del dedo contiguo. No se da cuenta el héroe de la sangre que mana, gota a gota, de sus heridas: está pensando en algo muy diferente. No es baja ni mucho menos la ventana, pero Lanzarote la franquea con ligereza y soltura. En su lecho encuentra a Keu, dormido, y por fin llega al lecho de la reina. [4650] Ante ella se postra, y la adora: en ningún cuerpo santo creyó tanto como en el

cuerpo de su amada. La reina le encuentra en seguida con sus brazos, le besa, le estrecha fuertemente contra su corazón y le atrae a su lecho, junto a ella. Allí le dispensa la más hermosa de las acogidas, nunca hubo otra igual, que Amor y su corazón la inspiran. De Amor procede tan cálido recibimiento. Si ella siente por él un gran amor, él la ama cien mil veces más: Amor ha abandonado todos los demás corazones para enriquecer el suyo. En su corazón ha recobrado Amor la vida, y de una forma tan pictórica que en los demás se ha marchitado. Ahora ve cumplido Lanzarote cuanto deseaba, pues que a la reina le son gratas su compañía y sus caricias, y la tiene entre sus brazos y ella a él entre los suyos. Tan tiernos y agradables son sus juegos, tanto han besado y han sentido, que les sobreviene en verdad un prodigio de alegría: nadie oyó hablar jamás de maravilla semejante. Pero nada diré al respecto: mi relato debe guardar silencio. De entre las alegrías, quiero la historia mantener oculta y en secreto la más selecta y deleitable.

La mucha alegría y el placer ocuparon a Lanzarote toda la noche. Pero viene el día, su tormento, pues que ha de levantarse de junto a su amiga. Mientras amanece, semeja en todo un mártir: tanto le apena su partida que sufre gran martirio. Su corazón regresa en seguida” al lugar donde queda la reina. No tiene poder para detenerlo. Tanto le satisface su dueña que no desea abandonarla. El cuerpo parte, permanece el corazón.

Derechamente, Lanzarote se vuelve hacia la ventana. Ha dejado tras él un rastro de sangre: las sábanas están manchadas de la que cayó de sus dedos. [4700] Muy destruido parte el héroe, todo lágrimas y suspiros. No han fijado el momento de volver a verse: ello le pesa, pero no puede ser de otro modo. De mala gana vuelve a pasar por la ventana por donde entró con tanto placer. Sus dedos ya no están enteros, que muy graves fueron las heridas. Sin embargo, ha enderezado los barrotes de hierro y los ha vuelto a poner en su lugar, de tal manera que ni por delante ni por detrás, ni por un lado ni por otro podía advertirse que hubiese arrancado o doblado uno solo de ellos. Antes de partir, se humilla vuelto hacia la cámara, como si se encontrase delante de un altar. Después se va, cercado por la angustia. No encuentra hombre que le reconozca hasta que llega a su posada, y en su lecho se acuesta, después de desnudarse, sin despertar a nadie. Es entonces cuando, por vez primera, descubre maravillado las llagas de sus dedos. Pero éstas no le inquietan, pues está completamente seguro de que se hirió al arrancar del muro los hierros de la ventana. No se lamenta por ello: hubiese preferido que le arrancaran ambos brazos del cuerpo a no pasar al otro lado. Si en cualquier otra situación hubiese sido herido de una forma tan deshonrosa, mucho se habría dolido y encolerizado.

Por la mañana, la reina dormía muy dulcemente en su cámara de hermosos tapices. No podía imaginar que sus sábanas estuviesen manchadas de sangre: cuidaba que conservarían su blancura acostumbrada. Meleagante, por su parte, apenas se vistió, se dirigió a la cámara donde yacía la reina. Despierta la encuentra, y ve también las gotas de sangre fresca, aquí y allá dispersas por las sábanas. [4750] Con el codo ha empujado a sus acompañantes, y, presintiendo el mal, mira hacia el lecho de Keu, el senescal, y ve las sábanas igualmente manchadas de sangre (habéis de saber que sus heridas se habían abierto de nuevo durante la noche).

«Señora -dice-, acabo de encontrar las pruebas que buscaba. Muy loco está en verdad quien se afana en guardar el honor de una mujer. Pierde su tiempo y sus desvelos: que antes engaña ella a quien mejor la guarda que a quien no la vigila. Mi padre os ha guardado

admirablemente de mí, pero esta noche Keu, el senescal, os ha examinado atentamente y, mal que le pese a vuestro guardián, ha hecho con vos toda su voluntad. Harto fácil será probarlo.

-¿Cómo? -responde ella.

-He encontrado sangre en vuestras sábanas: ella es mi testigo, puesto que es necesario que os lo diga. Todo lo sé y todo lo probaré por el hecho de que estoy viendo en vuestras sábanas y en las suyas la sangre que manó de sus heridas. Veraz indicio me parece.»

Entonces ve la reina por primera vez las sábanas sangrantes en uno y otro lecho. Mucho se maravilla. Ha sentido vergüenza, y enrojece.

«Así Dios me proteja -dice-, esa sangre que contemplo sobre mis sábanas no la derramó Keu, en modo alguno. Me ha sangrado la nariz esta noche. De mi nariz procede, estoy segura.»

Y piensa estar diciendo la verdad.

«Por mi cabeza -dice Meleagante-, todo lo que decís no vale nada. No os conviene seguir fingiendo. Sois convicta de infamia: será probada la verdad.»

Y añade a los guardianes allí presentes:

«Señores, no os mováis de aquí y vigilad que nadie quite las sábanas del lecho hasta que yo vuelva. Quiero que el rey me dé la razón cuando lo haya visto con sus propios ojos.»

Tanto busca a su padre que le ha encontrado. A sus pies se arroja, y le dice:

«Señor, venid a ver algo que no podéis imaginar. [4800] Venid a ver a la reina y veréis la probada maravilla que yo he visto y tenido ante mis ojos. Pero, antes de venir, os ruego que no me neguéis justicia ni derecho. Bien sabéis en qué aventuras he arriesgado mi cuerpo por ella. Obtuve a cambio vuestra enemistad, ya que la hicisteis custodiar por mi causa. Pues bien, hoy por la mañana he ido a observarla a su lecho, y tanto he visto allí que he comprendido fácilmente que cada noche Keu duerme con ella. Señor, por Dios, no os extrañe si sufro y me lamento, pues gran desdén considero el que me odie a mí y me desprecie, mientras yace con Keu todas las noches.

-¡Cállate! -dice el rey-. No puedo creerlo.

-Señor, venid entonces a ver cómo ha dejado Keu las sábanas. Puesto que no creéis en mi palabra y pensáis que os miento, voy a mostraros las sábanas y la colcha ensangrentadas por las heridas de Keu.

-Vamos allá, que quiero verlo. Mis ojos me enseñarán la verdad.»

Al punto se dirige Baudemagus a la cámara de la reina, y la encuentra levantándose. Ve en su lecho las sábanas sangrantes, y en el de Keu también.

«Señora -dice-, mal están las cosas si mi hijo me ha dicho la verdad.»

Responde ella:

«Así Dios me valga, no se ha contado nunca, ni siquiera hablando de una pesadilla, mentira tan funesta. Creo que Keu, el senescal, es lo bastante cortés y leal como para no haber dado jamás motivos de sospecha. En cuanto a mí, yo no hago de mi cuerpo una mercancía, ni me entrego a quien me desea. Keu, en verdad, no es hombre que requiera de mí tal ultraje, ni yo he tenido nunca el corazón de cometerlo, ni lo tendrá jamás.

-Señor, mucho os agradecía -dice Meleagante a su padre- que Keu expiase su crimen de modo que la vergüenza alcanzara también a la reina. [4850] Vos tenéis el poder de hacer justicia: reclamo y ruego que hagáis uso de él. Al rey Arturo, su señor, ha traicionado Keu, en quien tanto confiaba que le había encomendado lo que en este mundo le era más querido.

-Señor -exclama Keu-, hora es de que me permitáis responder, y de este modo podré exculparme. Que Dios, cuando abandone el siglo, no conceda perdón a mi alma si alguna vez gocé a mi señora la reina. Sí, preferiría estar muerto a haber cometido contra mi señor semejante sinrazón. Que Dios no me conceda salud mayor de la que ahora tengo y que la muerte se apodere de mí en este instante, si alguna vez siquiera pensé en ello. Yo sólo sé que mis llagas han sangrado con exceso esta noche, y han ensangrentado mis sábanas. Vuestro hijo no me cree, pero es él quien no tiene razón.

-Así Dios me ayude -responde Meleagante-, los diablos os han traicionado, los demonios en persona. Demasiado os habéis acalorado esta noche: por eso os fatigasteis y vuestras llagas reventaron. Cuanto decís es pura ficción: la sangre en ambos lechos lo atestigua con absoluta evidencia. Razón es que paguéis, pues que sois convicto del crimen que se os imputa. Un caballero de vuestro rango, ¿llevó a cabo jamás algo tan deshonroso? La vergüenza es ahora vuestra única compañera.

-Señor, señor -dice Keu al rey-, por mi dama y por mí habré de defenderme de lo que vuestro hijo me acusa. Sin razón me atormenta y me aflige.

-No estáis en condiciones de presentar batalla -le responde el rey-. Aún no estáis curado.

-Señor, si me lo permitís, voy a enfrentarme con él, a pesar de mi enfermedad, y sabré demostrar que no tengo culpa en ese crimen que me atribuye.» [4900]

Entre tanto, la reina ha enviado a buscar secretamente a Lanzarote, y dice al rey que sabe de un caballero que defenderá al senescal contra Meleagante, si éste se atreve a mantener su acusación.

«No existe ningún caballero -exclama Meleagante- con el que yo no acepte entrar en batalla hasta que uno de los dos quede vencido, aunque un gigante sea mi adversario.»

Precisamente entonces entra Lanzarote. Tal muchedumbre hay de caballeros que la sala está llena. Ahora que él está aquí puede contar la reina ya lo sucedido, y, ante todos, jóvenes y canos, dice:

«Lanzarote, aquí mismo me ha imputado Meleagante esta vergüenza. Cuantos le han oído se inclinan en mi disfavor, si no conseguís vos que se desdiga. Según él, Keu ha yacido esta noche conmigo, pues que ha visto mis sábanas y las suyas manchadas de sangre, y afirma que será condenado por ello si no puede defenderse en persona de la acusación, o si nadie quiere librar batalla para defenderle.

-No necesitáis añadir nada más -dice Lanzarote-, estando yo a vuestro lado. ¡No quiera Dios que pese sobre vos y sobre Keu semejante sospecha! Estoy dispuesto a presentar batalla para probar que el senescal ni tan siquiera lo pensó. Yo seré su defensa, y le defenderé lo mejor que pueda. Por él emprenderé batalla.»

Entonces Meleagante da un salto hacia adelante, y dice:

«Así Dios me salve, bien lo quiero y mucho me agrada. Nadie vaya a pensar que me resulta gravoso.

-Rey y señor -dice Lanzarote-, sé de procesos y de leyes, conozco bien los juicios. Sin juramentos no debe celebrarse una batalla en la que está en juego una sospecha tal.»

Y Meleagante, sin dudarlo, le responde rápidamente:

«¡Bienvenidos sean los juramentos! [4950] ¡Que traigan inmediatamente los santos! Sé bien que la razón me asiste.

-Así Dios me ayude -replica Lanzarote-, no conoció jamás a Keu, el senescal, quien le atribuye este crimen.»

Al punto reclaman sus armas y mandan traer a sus caballos. Los escuderos les arman: ya están armados. Y los santos ya están aquí. Meleagante se acerca y Lanzarote hace otro tanto. Ambos se arrodillan. Meleagante tiende su mano hacia las reliquias y jura con potente voz:

«Juro por Dios y por estas reliquias que Keu, el senescal, acompañó a la reina en su lecho esta noche y de ella obtuvo todo su deleite.

-Y yo te acuso de perjuro -dice Lanzarote-, y torno a jurar que él no la ha gozado. Tome Dios, si le place, venganza contra quien ha mentido, y dígnese probar la verdad. Pero voy a añadir un segundo juramento, pese a quien pese: si hoy consigo tener a mi merced a Meleagante, juro por Dios y por estas reliquias que no tendré piedad de él.»

No se ha regocijado el rey al escuchar este juramento. Después de haber jurado, les han traído sus caballos, magníficos ejemplares. Cada uno ha subido sobre el suyo, y el uno contra el otro se dirige tan aprisa como puede su caballo. El choque es tan formidable que de ambas lanzas no les queda sino el extremo que empuñaban. Uno y otro ruedan por tierra, pero no están muertos, que muy pronto se levantan y se hieren todo lo que pueden con el filo de sus espadas desnudas. [5000] Chispas ardientes brotan de los yelmos hacia las nubes. Con tan gran ira se acometen que sus espadas van y vienen sin reposo, sin tregua para recuperar el aliento. El rey está sufriendo mucho. Decide recurrir a la reina, que seguía el combate desde arriba, apoyada en las tribunas de la torre. Por Dios Creador le suplica que ponga fin al combate.

«Cuando os place y agrada -dice la reina-, en buena fe no atenta contra mi voluntad.»

Bien ha escuchado Lanzarote la respuesta de la reina. Desde entonces no quiere combatir: para él ha terminado la batalla. Por su parte, Meleagante le hiere y le golpea sin tregua. Entonces el rey se interpone entre ambos y detiene a su hijo, quien jura y perjura que no le preocupa la paz:

«Batalla quiero, no me cuido de paz.»

-Cállate -responde el rey- y hazme caso: obrarás cuerdamente. Si confías en mí, no te sobrevendrá vergüenza ni perjuicio. Haz lo que debes hacer. ¿Has olvidado que hay una batalla concertada entre tú y él en la corte del rey Arturo? ¿Dudas de que es allí, y no en otro lugar, donde debes adquirir la mayor honra posible?»

Dice esto el rey por ver si consigue convencer a su hijo. Logra que se apacigüe, y les separa.

Retrasábase mucho Lanzarote en encontrar a mi señor Galvan. Por ello va a pedir licencia de partida al rey, y después a la reina. [5050] Con el permiso de ambos se encamina hacia el Puente bajo el Agua. Le sigue un nutrido grupo de caballeros: más de uno le hubiera complacido quedándose en la corte. A marchas forzadas se han acercado al Puente bajo el Agua, tanto que les separa una sola legua de él. Antes de llegar al puente, antes de poder verlo, un enano sale a su encuentro, montado en un enorme caballo de caza y con un látigo en la mano para empujar a su montura y estimularla. Inmediatamente pregunta, como si hubiese recibido órdenes de hacerlo:

«¿Quién de vosotros es Lanzarote? No me lo ocultéis, soy de los vuestros. Pero decídmelo con seguridad, pues mi pregunta no tiene otro objeto que ayudaros.»

Lanzarote en persona le responde:

«Yo soy por quien preguntas y a quien buscas.»

-¡Ah! Lanzarote, noble caballero, deja a tu gente, ten confianza y ven solo conmigo, que te quiero conducir a un lugar muy bueno para ti. Pero nadie debe seguirte. Que te esperen aquí. Volveremos en seguida.»

Sin recelar mala intención, el héroe ordena a su gente que le aguarde, y sigue al enano que le acaba de traicionar. Largo tiempo podrían esperar los que allí le esperaban, pues quienes le han prendido y apresado ningún deseo tienen de devolverle. Como ni regresa ni reaparece, sus hombres sufren y no saben qué hacer. Todos piensan que el enano les ha traicionado, y si ello les indigna, locura sería preguntárselo. En medio de su dolor comienzan a buscar, pero no saben dónde encontrarle o por dónde iniciar su búsqueda. Celebran consejo todos juntos. Los más razonables y juiciosos acuerdan, pienso, dirigirse al paso del Puente bajo el Agua, que no está lejos, y buscar en seguida a Lanzarote con la aprobación de mi señor Galván, si es que llegan a encontrarle en floresta o en llano. [5100] Todos aceptan este plan: ni un ápice se alejan de él.

Hacia el Puente bajo el Agua se dirigen. Recién llegados, ven a mi señor Galván, que había tropezado y caído en el agua, a la sazón profunda. Ora asoma, ora se hunde; ora le ven, ora le pierden de vista. Llegan los caballeros a la orilla y consiguen asirle con ramas de árbol, pértigas y ganchos. No tenía más que la cota de malla en la espalda, y sobre la cabeza puesto un yelmo que bien valía diez de los otros, y las calzas de hierro calzadas, pero enmohecidas por el sudor, pues muchos trabajos había padecido, y muchas refriegas y peligros había atravesado como vencedor. En la orilla estaban su lanza, su escudo y su caballo.

No piensan que esté vivo los que le han sacado del agua: de ella tenía lleno el cuerpo. Hasta que la hubo desalojado por completo, no le han oído decir palabra. Pero cuando ve que puede oír y pueden ser oídas su palabra y su voz, cuando su corazón vuelve a latir y su pecho vuelve a respirar, rompe a hablar sin perder un instante: pregunta al punto a quienes tiene delante si conocen alguna novedad referente a la reina. Y le responden que el rey Baudemagus la tiene bajo su protección en la corte, colmándola de cortesía y de atenciones.

«¿No ha llegado nadie después que yo -dice mi señor Galván- a buscarla a esta tierra?

-Sí -responden los caballeros-, Lanzarote del Lago. Logró franquear el Puente de la Espada: así la rescató y liberó, y con ella a todos nosotros. Pero nos ha traicionado un vil canalla, un enano giboso y gesticulante: nos ha engañado miserablemente, arrebatándonos a Lanzarote. [5150] No sabemos qué habrá sido de él.

-¿Cuándo fue eso?

-Señor, ha sido hoy cuando nos ha burlado el enano, muy cerca de aquí, mientras nos dirigíamos él y nosotros a vuestro encuentro.

-¿Y cómo se ha portado Lanzarote desde que llegó a este país?»

Proceden ellos a informarle: de cabo a rabo le refieren todo, sin olvidar un solo detalle. Y le dicen que la reina le espera y ha prometido que nada le haría moverse del país hasta volverle a ver, aunque tuviera noticias suyas.

«Cuando nos alejemos de este puente -pregunta mi señor Galván-, ¿iremos en busca de Lanzarote?»

La opinión general es que primero deben reunirse con la reina. Baudemagus le hará buscar, pues creen que su hijo Meleagante, que mucho le odia, le ha hecho prisionero a traición. Esté donde esté Lanzarote, si el rey lo sabe, ordenará su devolución. Puesto que están así las cosas, pueden esperar. Todos aceptaron esta decisión y se dirigieron hacia la corte, donde estaban el rey y la reina, y Keu con ellos, el senescal, y aquel felón, lleno hasta el colmo de traiciones, que ha sembrado el desconcierto por la suerte de Lanzarote entre todos los que ahora llegan. Muertos se consideran, después de la traición, y hacen visible un gran duelo, que mucho les pesa.

No es cortés la noticia que semejante duelo trae a la reina. Sin embargo, sabe disimular lo mejor que puede su dolor. Por mi señor Galván se imponía regocijarse, y así lo hace. Pero no puede ocultar por completo su pena: a veces aparece. De este modo coexisten en su ánimo la alegría y el dolor: le falla el corazón por Lanzarote, pero ante mi señor Galván aparenta una alegría sin límites. [5200]

Nadie hay que oiga la noticia que no se duela y desespere, al saber que Lanzarote ha desaparecido. Hubiese el rey gozado de la llegada de Galván, mucho le hubiera complacido conocerle, pero tal dolor tiene, tal pesar de que Lanzarote haya sido traicionado que mudo está, y abatido. La reina le suplica que le haga buscar de un extremo a otro de su tierra, y sin tardanza. Galván y Keu se lo ruegan también. Ni uno solo ha dejado de unirse al ruego de la reina.

«Dejad este cuidado sobre mí -dice el rey-, ni una palabra más. Hace ya tiempo que lo tenía decidido. Sin súplicas ni ruegos por vuestra parte, pensaba y pienso llevar a cabo tal búsqueda.»

Todos se inclinan ante él. Inmediatamente envía el rey a través de su reino a sus mensajeros, servidores expertos y avezados que por todo el país difunden la noticia y preguntan por Lanzarote, pero no consiguen obtener ninguna información positiva. No encontraron, pues, nada, y regresaron adonde permanecían los caballeros, Galván y Keu y todos los demás. Declaran éstos que, lanza en ristre y armados hasta los dientes, partirán en su busca: a ningún otro enviarán en su lugar.

Un día, después de comer, se armaban todos en la sala -había llegado el momento de cumplir con el deber y ponerse en camino-, cuando entró un paje que, pasando a través de ellos, fue a detenerse ante la reina. Ésta no conservaba su tinte rosa habitual, pues, al no recibir noticias de Lanza-rote, sentía un gran dolor y llegó a mudársele el tono de su cara. El paje saludó a la reina, y al rey que se sentaba junto a ella, a Keu y a mi señor Galván, y a todos los demás después. Una carta llevaba en la mano: se la tiende al rey, y éste la toma, haciéndola leer en alta voz por alguien ducho en semejantes lides. El que lee sabe decirles sin errores lo que ve escrito en el pergamino: que Lanzarote saluda al rey como a su señor y le agradece la honra y los servicios que le ha prestado, como quien se considera por completo a sus órdenes. Sabed con certeza que él está ahora con el rey Arturo, lleno de fuerza y de salud, y hace saber a la reina -si ello no contradice su voluntad-, así como a Galván y Keu, que pueden emprender el camino de regreso. Por las señas, la carta parecía auténtica: así lo creyeron todos.

La noticia inundó la corte de alegría. Al día siguiente, con el alba, hablan de regresar. El amanecer les sorprende preparando la marcha. Muy pronto ensillan, montan y se ponen en camino. Muy de su grado el rey les acompaña una gran parte de la ruta. Hasta los confines de su tierra va con ellos, y, una vez traspasados, se despide de la reina y de todos en general. Ella, a su vez, le da las gracias por todos los favores prestados, y le rodea el cuello con sus brazos ofreciéndole sus servicios y los de Arturo, su señor: más no le puede prometer. Y mi señor Galván y Keu y todos los demás lo prometen también, tratándole de amigo y de señor. Esto dicho, prosiguen su camino, no sin que el rey encomiende a Dios a la reina y a ambos caballeros, salude a los demás y regrese con los suyos.

[5300] No descansa la reina a lo largo de una semana, cabalga sin interrupción, tanto que la corte ha llegado a saberlo. Muy grato es para el rey Arturo el que la reina se aproxime, y el regreso de su sobrino le llena de alegría el corazón: cuidaba que por sus proezas había sido la reina liberada, y Keu y los demás desterrados. La verdad es bien diferente.

La ciudad está vacía, todos han salido al encuentro de los que llegan. Caballero o villano, todos dicen al verles:

«Bienvenido sea mi señor Galván, que nos ha devuelto a la reina, a tanta dama cautiva y a tanto prisionero.»

Les ha respondido Galván:

«Señores, me alabáis sin razón. Cesad en vuestras alabanzas, que en nada me conciernen. Me causan vergüenza vuestros honores. Cuando llegué, ya era tarde: mi lentitud me hizo

fracasar. Pero Lanzarote sí llegó a tiempo, y la honra que obtuvo no la alcanzó jamás ningún caballero.

-¿Y dónde está él, mi buen señor, puesto que no le vemos a vuestro lado?

-¿Dónde? -responde mi señor Galván-. En la corte del rey nuestro señor. ¿Acaso no está allí?

-A fe que no, ni en ninguna otra parte de este país. Desde que mi señora la reina fue arrebatada, no hemos tenido de él noticia alguna.»

Tan sólo entonces comprendió Galván que la carta era falsa, que por ella habían sido traicionados y burlados. Helos aquí de nuevo sumidos en la tristeza. A la corte llegan, en medio de su dolor. El rey quiere saber sin tardanza noticias del asunto. No faltan quienes le refieren cómo ha actuado Lanzarote, cómo gracias a él fue liberada la reina y los demás cautivos, cómo y por qué traición aquel enano consiguió hacerle prisionero. Mucho le aflige al rey semejante relato, y mucho se lamenta. [5350] Pero tanto es el gozo que siente al volver a ver a la reina que el corazón se le subleva: el duelo acaba en alegría. Tiene la cosa que más quiere, lo demás apenas le preocupa.

Mientras la reina estuvo fuera del país, celebraron consejo las damas y doncellas privadas de protección, y decidieron que querían casarse lo antes posible. Para ello, la asamblea creyó oportuno organizar un gran torneo. Presidían ambos bandos la dama de Pomelegoi y la dama de Noauz. Los vencidos no obtendrán de ellas sino silencio: dicen, en cambio, que concederán su amor a los vencedores. Así, anunciaron el torneo por las tierras vecinas, y por las lejanas también, y fijaron un día no demasiado próximo, para que la concurrencia fuese más numerosa.

Dentro del plazo que pusieron, llegó la reina al país. Apenas supieron que había regresado, la mayor parte de ellas se dirigió a la corte y, una vez ante el rey, le suplicó que un don les concediese y les otorgara un deseo. Antes incluso de conocer la voluntad de las doncellas, el rey les prometió que haría lo que le pedían. Entonces le dijeron que su deseo era que permitiese a la reina asistir a su torneo. Él dice que le place, si ella acepta. Felices con el permiso real, vanse a buscar a la reina, y le dicen súbitamente: [5400] «Señora, no nos retiréis lo que el rey nos ha dado.

-¿De qué se trata? -pregunta ella-. No me lo ocultéis.

-Si queréis venir a nuestro torneo, él no os retendrá ni se opondrá a ello.»

La reina dice que acudirá, pues que el rey lo permitía. Por su parte, las doncellas envían mensajeros y hacen saber por todos los países de la corona que el día fijado para el torneo traerían a la soberana. Por todas partes se ha extendido la noticia, lejos y cerca, aquí y allá, tanto que ha llegado hasta el reino de donde nadie regresar solía (aunque ahora todo el mundo puede entrar y salir, sin que se lo impidan). Y tanto se ha extendido por ese reino la noticia que llegó a casa de un senescal de Meleagante, ese traidor que en mal fuego se queme. Dicho senescal tenía a Lanzarote bajo su custodia: su casa era la prisión donde Meleagante, su enemigo que con gran odio le aborrece, le tenía encerrado. La nueva del torneo conoció Lanzarote, la hora y la fecha, y sus ojos no escasearon lágrimas, ni su

corazón se alegró cuando lo supo. Doliente y pensativo le ve la dama de la casa, y en secreto le dice:

«Señor, por Dios y vuestra alma, decidme la verdad, ¿por qué estáis tan cambiado? No bebéis ni coméis, no os veo bromear ni reír. Podéis confiarme sin temor alguno vuestro pensamiento y vuestro dolor.

-¡Ah! Señora, no os maravilléis, por Dios, si estoy triste. Desamparado estoy, en verdad, cuando no puedo estar allí donde todo lo hermoso del mundo se da cita, en este torneo que reúne, según se dice, a todo un pueblo. [5450] Sin embargo, si quisierais y Dios os hiciese tan generosa que me dejaseis ir, estad completamente segura de que, como respuesta a vuestro gesto, regresaría aquí inmediatamente, en calidad de prisionero.

-En verdad que lo haría muy gustosa, si no significase mi destrucción y mi muerte. Pero tanto temo a mi señor, el despreciable Meleagante, que no me atrevería a hacerlo, pues sería capaz de dar muerte a mi esposo. No es maravilla que le tema: vos conocéis su crueldad.

-Señora, si tenéis miedo de que yo, después del torneo, no vuelva a mi prisión, obtendréis de mí un juramento que sabré respetar: nada me impedirá volver a vuestra casa inmediatamente después del torneo.

-A fe que os lo concedo, pero con una condición.

-¿Cuál es, señora?

-Señor, vais a jurar vuestro regreso, y, además, me vais a asegurar que obtendré vuestro amor.

-Señora, todo aquél del que puedo disponer, os lo daré, en verdad, a mi regreso.

-¡Heme aquí reducida a nada! -dice la dama, sonriendo-. Por lo que puedo inferir, habéis entregado y confiado a otra el amor que yo os he pedido. No obstante, sin ningún desdén, acepto lo que pueda conseguir. Me bastará con lo que podáis darme, pero habéis de jurar que volveréis aquí, como mi prisionero.»

Lanzarote jura sobre la santa Iglesia que volverá sin falta, así como quería ella. [5500] La dama al punto le proporciona las armas de su esposo, bermejas, y un hermoso caballo, fuerte y audaz a maravilla. Ensilla el héroe, y monta, y ha partido armado de muy hermosas armas, completamente nuevas. Tanto cabalga que a Noauz llega. A este bando se adscribe, y toma alojamiento fuera de la ciudad. Jamás hombre tan señalado se hospedó en otro igual, pues muy pequeño era, y bajo de techo. Pero no quería hospedarse en lugar donde fuese reconocido.

La flor y nata de los caballeros se amontonaba en el castillo. La mayoría, sin embargo, estaba fuera, pues tantos habían venido a causa de la reina que uno de cada cinco no había podido instalarse dentro. Contra uno solo, siete no habrían acudido sin la presencia de la reina. En cinco leguas a la redonda se fueron alojando los varones, en tiendas, chozas y cabañas. Maravilla era ver reunidas allí tantas damas y gentiles doncellas.

Lanzarote ha colgado su escudo en la puerta de su posada. Para estar más cómodo, se desarma y se acuesta sobre un lecho que muy poco le conhorta, estrecho como era, con un

colchón delgado cubierto por una grosera sábana de cáñamo. Sobre este lecho reposa Lanzarote, completamente desarmado, sobre este pobre lecho yace el héroe, sin defensa posible, cuando he aquí que llega un heraldo de armas en camisa: su saya la había dejado en la taberna, junto con su calzado. Y he aquí que viene a toda prisa, con los pies desnudos, inerme frente al viento. Reparó en el escudo sobre la puerta de la calle, y lo examinó detenidamente: lo ignoraba todo acerca de ese escudo y de su poseedor. Ve que la puerta está entornada, entra en la casa y ¡ve tendido en el lecho a Lanzarote! [5550] Al reconocerle, no pudo por menos de persignarse. Lanzarote fijó su mirada sobre él, y le prohibió que hablase de su presencia en el torneo, allí donde se dirigiese. Y si lo hacía, más le valdría que le arrancasen los ojos o le rompieran el cuello.

«Señor -dice el heraldo-, mucho os he apreciado y siempre os apreciaré. Mientras viva, no haré nada que no sea de vuestro agrado.»

De un salto sale de la casa, y se marcha gritando a voz en cuello:

«¡Ha llegado el que vencerá! ¡Ha llegado el que vencerá!» ([2])

A tal punto no ceja el pícaro en su griterío que de todas partes salen gentes, y le preguntan qué es lo que grita. Él no es tan atrevido que lo diga. Antes bien se aleja, gritando lo mismo. Y sabed que fue entonces cuando se dijo por primera vez «¡Ha llegado el que vencerá!». Nuestro maestro fue este heraldo: él nos enseñó a decirlo, pues por vez primera lo dijo.

Ya se han reunido los grupos. La reina con todas las damas, los caballeros y sus gentes. Muchos servidores había por todas partes, a la derecha y a la izquierda. Donde el torneo iba a tener lugar, se construyó una gran tribuna de madera: allí se situarían la reina, las damas y las doncellas. Jamás se había visto una tribuna tan bella, tan amplia, tan bien hecha.

Al día siguiente, allí están todas, junto a la reina. Quieren ver el torneo y juzgar quién lo hará mejor y quién peor. Entonces se presentan los caballeros, diez y diez, veinte y veinte, treinta y treinta, ochenta aquí, noventa allí, hasta cien, por aquí más aún y dos veces más por allí. Tan numerosa es la asamblea congregada delante y alrededor de la tribuna que la pugna va a dar comienzo. Con o sin armadura, acuden al choque. [5600] Las lanzas semejan un gran bosque, pues los que quieren obtener placer de ellas han traído tantas que no eran visibles sino los extremos, con las banderas y los gonfalones. Se lanzan a la justa los justadores: bastantes compañeros han encontrado que venían con la misma intención. Los demás se preparaban para llevar a cabo otras caballerías. Repletas están las praderas, y los campos y tierras de labor; no se puede contar el número de los caballeros. Lanzarote no tomó parte en este primer encuentro. Pero cuando avanzaba por la pradera, el heraldo le vio venir, y no pudo por menos de gritar:

«¡Ved al que vencerá! ¡Ved al que vencerá!»

Le preguntan:

«¿Quién es?» Él no les quiere decir nada.

En cuanto Lanzarote ha entrado en la contienda, él solo vale por veinte de los mejores. Comienza a hacerlo tan bien que nadie aparta los ojos de él, allí donde esté. Había en el bando de Pomelegoi un caballero muy valiente. Iba sobre un caballo brincador que corría más y mejor que un ciervo de los llanos. Era hijo del rey de Irlanda: notablemente se portaba. Pero a todos complacía cuatro veces más el caballero desconocido. Y se preguntan angustiados:

«¿Quién es el que tan bien lo hace?»

La reina, en secreto, llama a una doncella prudente y juiciosa, y le dice:

«Doncella, os es preciso transmitir un mensaje. Lo llevaréis en seguida, pues tiene pocas palabras. Bajad de esta tribuna e id al encuentro de ese caballero que lleva escudo bermejo. Le diréis en voz baja que yo le ordeno: lo peor posible.»

Rápida y hábilmente, cumple la joven el encargo de la reina. [5650] Se dirige al caballero, le sigue hasta llegar muy cerca de él, y le dice, cuidando que no escuche vecino ni vecina:

«Señor, mi señora la reina os ordena a través de mí: lo peor posible.»

Apenas lo oye, responde él que lo haría muy de su grado, como quien es enteramente de la reina. Y cabalga al punto a todo galope contra un caballero, y falla en el encuentro, cuando le debió herir. Desde entonces hasta el anochecer se comportó lo peor que pudo, pues que la reina así lo deseaba. El adversario, por su parte, no ha fallado en su ataque: antes bien le ha asestado un duro golpe, encontrándole con su lanza. Entonces Lanzarote emprende la huida. No volvió más en aquel día el cuello de su caballo hacia caballero alguno. Nada hubiera hecho, aun a precio de muerte, que no contribuyera a su vergüenza y a cubrirle de deshonor. Aparenta tener miedo de cuantos van y vienen. Los caballeros que antes le admiraban ahora se burlan y se mofan de él. Y el heraldo que solía decir: «¡Él les vencerá a todos, uno tras otro!», se encuentran mal y muy desengañado pues debe soportar toda clase de chanzas:

«Debes callarte, amigo, tu caballero no vencerá. De tanto varear, su vara se ha quebrado, la que tanto nos has encarecido.» ([3])

Y la mayoría se dice:

«¿Cómo puede ser esto? Hace un momento era el más valiente, y ahora es tan cobarde que no se atreve a enfrentarse con ningún caballero. Quizá lo hizo tan bien porque era primerizo en la batalla: por eso fue tan fuerte en sus ataques que ningún caballero, por experto que fuese, le pudo contener; golpeaba como fuera de sí. Pero ha aprendido lo que son las armas y, mientras viva, no va a sentir deseos de llevarlas. Su corazón no lo soporta: nadie en el mundo hay más miserable.»

La reina, por su parte, no está enojada. [5700] Antes bien está alegre, y mucho le place, pues sabe bien, aunque se calla, que el caballero es con certeza Lanzarote. De este modo, hasta el anochecer se hizo pasar por un cobarde. Después, al caer la noche, los justadores se separan. Gran debate se ha suscitado sobre quiénes han sido los mejores. El hijo del rey de Irlanda piensa que, sin lugar a ninguna duda, él ha sido quien se merece premios y honores. En ello se equivoca por completo, que bastantes hubo con méritos parecidos. Por su parte, el caballero bermejo agradó a damas y doncellas -las más hermosas y gentiles-, tanto que a

nadie como a él otorgaron sus preferencias durante la jornada. Bien habían visto cómo se había portado al comienzo, qué valiente y audaz había sido; y cómo, después, tan acobardado estaba que no se atrevió a hacer frente a ningún caballero: el peor de ellos podría haberle derribado y. prendido, si se lo hubiera propuesto. Todas y todos decidieron en fin regresar al día siguiente al torneo. Así tomarán las doncellas por esposos a los que obtengan el honor de la jornada. Eso era lo acordado. Dicho esto, se vuelven a sus alojamientos.

Mientras vuelven a sus posadas, por todas partes encuentran gentes que murmuran:

«¿Dónde está el peor de los caballeros, el que no vale nada y es digno del mayor desprecio? ¿Dónde ha ido? ¿Dónde se ha agazapado? ¿Dónde ha ido? ¿Dónde le buscaremos? Quizá no le veamos más, pues Cobardía le ha expulsado; tanto de ella lleva en sus brazos que no hay en el mundo nadie más cobarde. Y tiene razón: cien mil veces más cómodo vive un cobarde que un valiente guerrero. Muy agradable es Cobardía, por ello la ha besado en señal de vasallaje y ha tomado de ella cuanto es. [5750] Jamás fue Valentía tan vil que viniese a habitar en él ni a residir a su lado. Es Cobardía quien se ha hospedado dentro de él. Tanto la adora y sirve su huésped que ha perdido el honor para aumentar el suyo.»

Durante toda la noche se burlan: enronquecen a fuerza de murmurar. A menudo, quien dice mal del prójimo muy peor es que aquél a quien censura y desprecia. Cada uno dice lo que le place.

Al amanecer, todo el mundo estaba preparado para volver al torneo. La reina se sentó de nuevo en la tribuna con las damas y las doncellas. Con ellas se sentaron numerosos caballeros que no justaban: eran prisioneros o cruzados. Y describían a las beldades las armas de los caballeros que más admiraban:

«¿Veis a aquél del escudo rojo con una franja dorada? Es Governal de Roberdic. ¿Y veis a aquél que sobre su escudo tiene un águila y un dragón? Es el hijo del rey de Aragón, y ha venido a esta tierra para conquistar honor y prez. Ved al que está a su lado, ¡qué bien ataca y qué bien justa! La mitad de su escudo es verde, y lleva un leopardo pintado; la otra mitad, azul. Es el ardiente Ignauro, tan agradable como enamorado. ¿Y aquél que lleva pintados en el escudo esos faisanes pico con pico? Es Coguillante de Mautirec. ¿Y aquellos dos junto a él, sobre caballos tordos, y leones grises en el escudo de oro? Llámase uno Semíramis, el otro es su compañero fiel: por eso sus escudos son similares. ¿Veis a aquél que lleva una puerta figurada en su escudo? [5800] Se diría que un ciervo sale de ella. Ése es el rey Yder, a la fe.»

De este modo describen a los héroes desde la tribuna:

«Ese escudo se fabricó en Limoges; Pílades lo ha traído, y está deseoso de entrar en combate. Ese otro fue hecho en Tolosa, como todo el arnés: es el conde de Estral quien quien lo trajo de allí. Ése vino de Lyon sobre el Ródano: ninguno hay tan bello bajo el trono celeste. A cambio de un gran servicio prestado lo obtuvo Taulas del Desierto: sabe llevarlo con gallardía y cubrirse con él. Aquel otro salió de los talleres ingleses, fue fabricado en Londres; veis sobre él dos golondrinas: se diría que van a emprender el vuelo, pero no se mueven, soportando muchos mandobles de acero pata vino. Es el joven Toante quien lo lleva.»

Así describen y detallan las armas que les son conocidas. Pero no divisan a aquél que se había granjeado su desprecio; piensan que ha emprendido la huida para no tomar parte en la contienda. La reina tampoco le ve, y decide enviar a alguien a través de las filas para que le busque y encuentre. No conoce nadie mejor para ello que aquélla a la que enviara el día anterior. La llama inmediatamente y le dice así:

«Id ahora, doncella, a montar sobre vuestro palafrén. Os envío al caballero de ayer. Le buscaréis, le encontraréis. No os retraséis por nada del mundo. De nuevo le diréis que se comporte todavía lo peor posible. Y cuando se lo hayáis advertido, escuchad bien lo que os responda.»

No tarda la doncella en obedecer. Se había fijado la noche pasada hacia dónde se dirigía el caballero, pues algo le decía con plena seguridad que sería enviada de nuevo a él. Sabe orientarse entre las filas hasta llegar a su destino. Rápidamente se acerca, y le repite en voz muy baja que todavía debe comportarse lo peor posible, si quiere conservar el amor y la gracia de la reina: órdenes suyas son.

Responde Lanzarote:

«Gracias le sean dadas a ella, pues tal cosa me ordena.»

La doncella se fue. Mientras, se deja oír el griterío que levantan criados y escuderos diciendo:

«¡Maravilla! ¡Ha regresado el caballero de las armas bermejas, venid a verle! Pero, ¿para qué? No hay en el mundo hombre tan vil, tan digno de desprecio y tan cobarde. La cobardía le domina, y él nada puede hacer contra ella.»

Ha vuelto la doncella junto a la reina. Ésta no deja de apremiarla hasta conocer la respuesta. Al oírla, mucho se ha alegrado, pues ahora sabe sin ninguna duda que ese caballero no es otro que aquél a quien ella pertenece por entero, y que le sigue perteneciendo él también a ella sin falta. Entonces ordena a la muchacha que vuelva aprisa sobre sus pasos, y diga al caballero que ella le prescribe y suplica que se comporte lo mejor posible.

«Iré -responde la doncella-, sin concederme el menor reposo.»

Ha bajado a tierra desde la tribuna: allí la espera un criado, guardándole su palafrén. Ensilla, monta y parte al encuentro del caballero. Inmediatamente le dice:

«Ahora mi dama os manda, señor, que lo hagáis lo mejor posible.

-Le diréis -responde Lanzarote- que no me ordena nada que no me plazca, pues que a ella le agrada. Todo lo que a ella place me es grato a mí.»

No fue lenta ella en transmitir su mensaje, pues sabe que va a hacer feliz a la reina. Por el camino más corto ha regresado a la tribuna. [5900] Al verla, se ha levantado la reina, y se adelanta a su encuentro. Pero no baja hasta abajo: la espera en la plataforma. La doncella se acerca, muy complacida en referir la nueva. Comienza a subir los peldaños de la escalera. Llega por fin al lado de la reina.

«Señora -le dice-, nunca vi caballero de carácter tan complaciente. Tan extremadamente quiere hacer lo que vos le ordenáis que, a deciros verdad, acoge con idéntico semblante honra y deshonra, bien y mal.

-A fe -dice la reina-, puede que sea así.»

Y vuelve a la tribuna para ver a los caballeros. Por su parte, Lanzarote no espera más: ardiendo en deseos por mostrar toda su valentía, coge su escudo por las correas. Endereza el cuello de su caballo y se precipita entre dos hileras de justadores. Boquiabiertos quedan aquéllos a quienes ha engañado su fingimiento: buena parte del día y de la noche han estado burlándose de él, durante demasiado tiempo se han divertido a sus expensas. Con el escudo firmemente sujeto, pica espuelas contra él, desde el otro bando, el hijo del rey de Irlanda. Tanto se hieren mutuamente que el hijo del rey de Irlanda no piensa ya en justar: su lanza ha quedado hecha pedazos, pues no ha golpeado sobre musgo, sino sobre un escudo de planchas muy duras y secas. Lanzarote le enseñó en esta justa uno de sus golpes maestros: ajustándole el escudo sobre el brazo, le apretó el brazo contra el costado y le echó a rodar por tierra. En ese punto se precipitan los caballeros de ambos bandos, picando espuelas. Unos combaten para liberar al vencido, otros para acabar con él. [5950] Los primeros cuidan ayudar a su señor: la mayoría vacía sus arzones en el tumulto de la refriega. Galván, que se encontraba entre los segundos, se abstuvo de hacer armas aquel día; tanto le placía mirar las proezas de aquél que llevaba las armas pintadas de sinople que eclipsadas le parecían las de los demás caballeros; no brillaban al lado de las suyas. En cuanto al heraldo, goza a sus anchas, y grita de manera que todos puedan oír lo que dice:

«¡Ha venido el que vencerá! ¡Es hoy cuando veréis de lo que es capaz! ¡Hoy aparecerá su valentía!»

Entonces el caballero hace girar a su caballo y pica espuelas contra un adversario muy señalado. De tal forma le hiere que le envía a tierra, a cien pies por lo menos de su caballo. Tan bien comienza a comportarse con la espada y la lanza que no hay nadie que al verle no se regocije. Incluso entre los que llevan armas cunde el placer y la alegría: gran fiesta es verle derribar al mismo tiempo caballos y caballeros. Apenas uno de los que ataca consigue permanecer en la silla. Los caballos que obtiene de ese modo los regala a quien los quiere. Y aquéllos que burlarse de él solían, dicen:

«Deshonrados estamos y perdidos. Muy grande sinrazón hemos cometido injuriándole y despreciándole. Bien vale él solo por un millar de los valientes que no escasean en este campo. Ha vencido y sobrepasado a todos los caballeros del mundo. Nadie puede compararse con él.»

Y las doncellas pensaban, mirándole con ojos maravillados, que no podrían desposarle: no se atrevían a fiar de su belleza ni de su fortuna, no era suficiente un origen ilustre, por alto que fuese. [6000] Ninguna de ellas se reputaba digna del caballero, ni en hermosura ni en riquezas: era un hombre de excesivo valor. La mayor parte de ellas, empero, se obligan por votos tales que, si no consiguen desposarle, no se casarán ese año, ni serán dadas en matrimonio a marido ni a señor. La reina, que ha oído estos ingenuos propósitos, sonríe para sí burlonamente. Bien sabe que él no aceptaría a la más bella y más gentil de las doncellas ni por todo el oro de Arabia. En su común deseo, cada una querría guardarle para ella, y tiene celos de su compañera, como si él fuese ya su esposo. Y es que le ven tan

diestro en el combate que piensan -tanto les placía- que ningún otro caballero podría llevar a cabo tales hazañas.

Tan bien lo hizo que, al final del torneo, ambas partes dijeron sin mentir que no había tenido rival el caballero del escudo bermejo. Todos lo decían, y era verdad. Entonces, al partir, dejó caer su escudo a toda prisa allí donde más gente había, y su lanza, y la gualdrapa de su caballo. Acto seguido, se alejó a toda velocidad. Tan furtivamente escapó que nadie de cuantos allí estaban se apercibió de ello. Y se puso en camino, cabalgando en línea recta hacia aquel lugar de donde había venido, con el fin de cumplir su juramento.

Entretanto, terminado el torneo, todos buscan y reclaman al vencedor. Pero no le encuentran: ha huido, no quiere ser reconocido. Gran duelo y gran angustia sienten los caballeros. Grande alegría habrían, si le tuviesen con ellos. Pero si a los caballeros les produjo pesar su partida, las doncellas lo hubieron mucho mayor cuando supieron la noticia. [6050] Juran por san Juan que no se casarán ese año. Puesto que aquél a quien querían se ha marchado, conceden la libertad a todos los demás. De este modo terminó el torneo, sin que una sola de ellas obtuviese marido.

Lanzarote no se detiene. Pronto regresa a su prisión. Dos días o tres antes de volver él, llegó a su casa el senescal que le guardaba, y preguntó dónde estaba su prisionero. La dama no ocultó la verdad a su marido: había prestado a Lanzarote su armadura bermeja lista para el combate, su arnés y su caballo, y le había permitido acudir al torneo de Noauz.

«Señora -dice el senescal-, no podíais haber obrado peor, a la verdad. Ello traerá consigo para mí la desgracia mayor, pues mi señor Meleagante me tratará peor que el gigante ([4]) a los náufragos indefensos. Moriré entre tormentos cuando lo sepa. No tendrá piedad de mí.

-Mi buen señor -responde la dama-, no desmayéis. Ningún motivo hay para sentir el miedo que sentís. Nada ni nadie retendrá a Lanzarote lejos de aquí. Me juró sobre sus santos que volvería tan pronto como pudiese.»

El senescal ensilla sin demora y cabalga hacia su señor, poniéndole al corriente del suceso. Pero mucho le tranquiliza diciéndole cómo su mujer recibió de Lanzarote el juramento de regresar a su prisión.

«No faltará a su palabra, bien lo sé -responde Meleagante-. Sin embargo, no dejo de lamentar vivamente lo que ha hecho vuestra mujer. A ningún precio hubiese querido que participara en ese torneo. [6100] Pero idos en seguida y cuidad que, cuando regrese Lanzarote, sea dispuesta para él una prisión tal que no pueda salir fuera ni hacer libre uso de su cuerpo. Me enviaréis noticias de ello en cuanto suceda.

-Se hará como ordenáis.»

Parte de regreso el senescal, encontrando en su casa a Lanzarote, prisionero de nuevo. Un mensaje circula sin tardanza: se lo envía el senescal a Meleagante por el camino más corto. En él le comunica que Lanzarote ha vuelto a su prisión. Tan pronto como el felón lo oye, congrega albañiles y carpinteros que de grado o por fuerza harán lo que les mande. Se hizo traer a los mejores del país y les dijo que hiciesen una torre, y que no regateasen esfuerzos hasta su total construcción. De piedra había de ser, y situada a la orilla del mar. En efecto,

cerca de Gorre fluye un ancho brazo de mar en cuya centro hay una isla: bien la conoce Meleagante. Es allí donde ordena que se extraigan la piedra y la madera para levantar la torre. En menos de cincuenta y siete días fue construida, fuerte y espesa, larga y ancha. De este modo la construyeron, y allí hizo conducir el felón a Lanzarote. Después mandó tapiar las puertas e hizo jurar a todos los albañiles que jamás en su vida dirían palabra de esta torre. Con ello perseguía que fuese ignorada por el mundo. Salvo una pequeña ventana, no tiene huecos ni aberturas. Allí es donde se ve obligado a vivir Lanzarote. Le daban de comer, escasamente, por la antedicha ventana: así lo ha prescrito el felón desleal.

……..

[A partir de aquí Godefroi de Leigni, un discípulo de Chrétien, termina la novela]

Por el momento, Meleagante ha hecho toda su voluntad. [6150] Acto seguido, endereza sus pasos hacia la corte del rey Arturo. Llega allí, y cuando está delante del rey, comienza a decirle, lleno de orgullo y sinrazón:

«Rey, he concertado una batalla ante ti en tu corte; pero no veo aquí a Lanzarote, que es quien se ha comprometido a luchar contra mí. No obstante, mi deber es reiterar mi oferta de combate ante todos los que me están escuchando. Si él está aquí, que se adelante y se declare dispuesto a mantenerme su palabra en vuestra corte de hoy en un año. No sé si os han dicho de qué manera y en qué guisa fue concertada esta batalla, pero veo caballeros aquí presentes que presenciaron el acuerdo, y bien os lo sabrían ratificar, si quisieran confesar la verdad. Pero si alguien lo niega, no recurriré a un mercenario: yo mismo le daré su merecido.»

La reina, que se sentaba junto al rey, atrae a éste cabe sí y le dice:

«Señor, ¿sabéis quién os ha hablado? Es Meleagante, mi raptor. Me arrebató cuando me escoltaba Keu, el senescal: mucha vergüenza y mal le ha causado.

-Señora -le responde Arturo-, me he apercibido de ello. Sé muy bien que es aquél que retenía a mis gentes en el destierro.»

Nada añadió la reina. Entonces el rey se volvió hacia Meleagante y le dijo:

«Amigo, por Dios os aseguro que no sabemos noticia de Lanzarote. Ése es nuestro gran duelo.

-Señor rey -dice Meleagante-, Lanzarote me dijo que aquí le encontraría sin falta. No debo reclamarle esta batalla si no es en vuestra corte. Quiero que todos estos varones me sean testigos: de hoy en un año le requiero para que cumpla la promesa que hicimos cuando acordamos este combate.» [6200]

En este punto se levanta mi señor Galvan, a quien no complacía un requerimiento semejante. «Señor -dice-, ni rastro de Lanzarote se encuentra en todo este país. Pero le haremos buscar y le encontraremos, si place a Dios, antes de que se cumpla el plazo de un año, a no ser que esté muerto o en prisión. Y si él no puede estar presente, concededme esa batalla, yo lucharé. Me armaré en su lugar el día señalado, si no regresa antes.

-¡Ah! Mi buen señor rey -responde Meleagante-, concedédselo. Él lo desea y yo os lo ruego, que no hay en el mundo caballero, fuera de Lanzarote, con el que más a gusto mediría mis fuerzas. Pero sabed con seguridad que si uno de los dos no me combate, no aceptaré ningún otro a cambio.»

El rey dice que se lo otorga, si es que Lanzarote no vuelve dentro del plazo. Meleagante se marcha, y no descansa hasta regresar junto al rey Baudemagus, su padre. En su presencia, comenzó a alardear y a jactarse, aparentando una valentía de mérito singular. Aquel día muy alegre tenía a su corte el rey Baudemagus en Bade ([5]) su ciudad. Cumplíase el aniversario de su nacimiento, y todo estaba lleno a rebosar. Le acompañaba una muchedumbre innumerable de gentes de las más diversas procedencias. En el palacio se apiñaban caballeros y doncellas. Entre ellas había una (era la hermana de Meleagante) a la que más tarde dedicaré mi atención. Ahora no quiero decir más, pues no conviene a mi relato el que deba decirlo en este punto. No quiero desfigurar mi historia, ni alterarla, ni forzarla: quiero que siga siempre un camino recto. [6250]

Por ahora sólo os diré que Meleagante, recién llegado, ante toda la corte -grandes y pequeños- dice a su padre en alta voz:

«Padre, así Dios os salve, decidme si os place la verdad: ¿no tiene motivos para estar alegre y no se halla en posesión de un gran valor aquél que en la corte del rey Arturo por sus armas se hace temer?»

Su padre, sin escuchar más, responde a su pregunta:

«Hijo, todos los valientes deben honrar y servir a aquél que pudo merecer tal honra, y deben mantener su compañía.»

Ello le adula y le invita a no seguir callando el motivo que le ha impulsado a hablar así. Diga, pues, lo que ansia decir y de dónde viene:

«Señor, no sé si recordáis los términos del acuerdo que, por mediación vuestra, puso fin a la batalla que Lanzarote y yo librábamos. Recordaréis sin duda que muchos estaban presentes cuando se dijo que en el plazo de un año a partir de mi requerimiento debíamos acudir a la corte de Arturo, dispuestos para un nuevo combate. Allí me presenté como era mi deber, preparado a la empresa que me obligaba a ir. Hice lo que debía hacer: pregunté por Lanzarote, reclamé a aquél contra quien debía luchar. Pero no pude verle ni encontrarle: se ha dado a la fuga, me ha evitado. Pero no he vuelto de vacío: Galván me ha prometido por su fe que, si Lanzarote no está vivo o no regresa dentro del plazo señalado, no se diferirá la batalla, que él mismo me combatirá en lugar de Lanzarote. No tiene Arturo otro caballero tan valioso como él, es bien sabido. [6300] Pero antes que florezcan de nuevo los saúcos comprobaré sí los hechos concuerdan con su fama, en cuanto intercambiemos unos golpes. ¡Ojalá fuese ahora mismo!

-Hijo -responde Baudemagus-, te esfuerzas en conducirte como un loco. Tú mismo das a conocer tu locura. Verdad es que se humilla quien tiene buen corazón, pero el loco y el engreído no tienen salvación posible. Por ti lo digo, hijo, porque tu carácter es tan duro y tan seco que no conoces la dulzura, ni la amistad. Tu corazón no sabe lo que es la piedad: la locura lo ha extraviado. Es por eso por lo que te desprecio, ello te hará caer. Si eres valiente, no faltará quien dé testimonio de ello cuando sea necesario. Un valiente no

necesita alabar su valor para ensalzar sus hechos: sus proezas se alaban por sí solas. El elogio que de ti mismo haces no te ayuda a aumentar tu valor, sino a disminuirlo. Hijo, estás advertido; pero, ¿de qué te vale? Lo que se dice a un loco son palabras perdidas. Inútilmente se debate aquél que quiere liberar de su locura a un loco. De nada sirve un consejo si no se pone en práctica: en seguida se pierde y desaparece.»

Fuertemente turbado está Meleagante, como fuera de sí. Jamás hombre nacido de mujer -os estoy diciendo la verdad- visteis tan lleno de ira como él. Entonces se rompió el último lazo entre ellos, cuando, lleno de indignación, dijo contra su padre estas palabras, abiertamente agresivas:

«¿Estáis soñando o deliráis cuando decís que yo he perdido la razón por lo que acabo de contaros? Cuidaba haber venido a vos como a mi padre y señor. [6350] Pero, según parece, ello no es así, puesto que más vilmente me insultáis -ése es mi parecer- de lo que debierais. ¿Sabríais decirme una razón para explicar vuestra actitud?

-La tengo, y suficiente.

-¿Cuál es ella?

-Ninguna cosa veo en ti sino rabia y locura. Conozco muy bien tu corazón que aún será para ti fuente de males. ¡Maldito sea quien piense que Lanzarote, ese espejo de caballeros en quien tú solo no te miras, haya huido por miedo de ti! Quizá ya esté enterrado, o secuestrado en una prisión cuyas puertas estén tan herméticamente cerradas que no pueda salir sin licencia del carcelero. Sentiría un inmenso dolor si hubiese muerto o se encontrara en mala situación. Gran pérdida sería el hecho de que una criatura tan perfecta, tan hermosa y valiente, tan mesurada, hubiese perecido tan temprano. ¡Quiera Dios que no sea verdad!»

Después de estas palabras, Baudemagus guarda silencio. Pero cuanto se ha dicho y referido lo ha oído su hija. Sabed bien que era la doncella de la que os hablé más arriba. No le alegraron semejantes noticias de Lanzarote, y dedujo que le tenían prisionero en un lugar secreto, pues que ni rastro había de él.

«¡Dios me lo tome en cuenta -pensó-, si me concedo algún reposo antes de saber noticia cierta de su paradero!»

Sin demora, corrió con gran sigilo a montar sobre una muy hermosa muía de paso muy suave. Al salir de la corte, no sabe hacía qué lado dirigirse. Y sin saber dónde ir, toma el primer camino que encuentra, a la aventura, sin caballero ni sirviente. [6400] Mucho se apresura: tanto desea alcanzar lo que persigue. Gran ardor pone en su búsqueda, pero no la culminará tan pronto. No puede descansar, ni detenerse en un lugar por mucho tiempo, si es que quiere llevar a buen término lo que se ha propuesto: arrancar a Lanzarote de su prisión, con tal que le encuentre y pueda hacerlo. Pero antes de conseguirlo, antes de saber nuevas de él, cuido que muchas vueltas habrá dado en todos los sentidos por el país, muchas comarcas habrá explorado. Pero, ¿de qué valdría que os hablara de sus paradas nocturnas y de sus jornadas? Tantos caminos ha recorrido por monte, valle, arriba, abajo, que ha pasado un mes largo y sabe lo de antes, ni más ni menos: nada.

Atravesaba un día la campiña, cabalgando doliente y pensativa, cuando vio a lo lejos, sobre la orilla, junto a un brazo de mar, una torre: en una legua a la redonda no se veía choza,

cabaña ni vivienda alguna. Meleagante había hecho encerrar allí a Lanzarote, pero ella no lo sabía. Sin embargo, no puede separar sus ojos de lo que ve. Su corazón le dice que ha encontrado al fin lo que buscaba. Fortuna la ha conducido por el camino recto, después de haberla extraviado durante tanto tiempo.

Se aproxima la joven a la torre, tanto que llega a tocarla. La rodea, atentos sus oídos a la escucha. Toda su atención tiende a percibir algo que pueda devolverle su alegría. Mira hacia abajo, después hacia arriba: puede calibrar así la altura y el volumen de la torre. Le maravilla no ver puerta ni ventana, a no ser una, pequeña y estrecha. [6450] Por lo demás, la torre que es alta y erguida, no tiene escala ni escalera. Ello le hace sospechar que se hizo a sabiendas y que Lanzarote está dentro; no comerá bocado hasta saber si es verdad o no. Iba a llamar a Lanzarote por su nombre, pero optó por callarse: una voz se dolía en la singular torre, una voz que no pedía sino la muerte. Quien así despreciaba cuerpo y vida decía débilmente, en baja y ronca voz:

«¡Ah! ¡Qué infelizmente para mí ha girado tu rueda, Fortuna! Ayer estaba arriba y hoy abajo. Ayer era feliz, hoy desgraciado. Ayer me sonreías, hoy me inundas de llanto. ¡Pobre de mí! ¿Por qué confiaría en ella cuando tan pronto me ha abandonado? En poco tiempo me ha derribado desde lo más alto hasta lo más bajo. Fortuna, muy mal obraste cuando te burlaste de mí. Pero, ¿qué te importa? Nada en absoluto. ¡Ay, santa Cruz, Espíritu Santo, estoy perdido, estoy perdido y voy a perecer! ¡Ah, Galván, vos que tanto valéis y no tenéis igual en valentía, mucho me maravillo de que no vengáis en mi socorro, ahora que me encuentro completamente consumido! Demasiado tardáis, así no me hacéis cortesía. Bien debería obtener vuestra ayuda aquél a quien tanto solíais amar. Sí, de este lado o del otro de la mar puedo decir sin miedo que no hay lugar remoto ni escondite donde yo no fuese a buscaros, durante siete años o diez, hasta encontraros, si llegara a saber que estabais en prisión. Pero, ¿a qué debatirme? [6500] No significo nada para vos, pues no queréis arriesgaros por mí. Dice el villano con razón que difícilmente se puede encontrar un amigo; en la necesidad se comprueba quién es el buen amigo. ¡Ay! Más de un año hace que estoy aquí, prisionero en esta torre. Galván, por despreciable tengo el que me hayáis abandonado. Pero si vos no conocierais mi desgracia os habría insultado sin razón. Sí, verdad es, un gran ultraje he perpetrado contra vos, gran mal os hice cuando os juzgué insensible, pues estoy seguro de que nada de cuanto las nubes cubren os habría impedido a vos y a vuestras gentes arrancarme de esta desgracia y de este azar adverso, si conocierais la verdad. Por amistad y por amor habríais debido hacerlo: ése es mi pensamiento. Pero no es cierto, no puede serlo. ¡Ay! ¡Maldito sea de Dios y de san Silvestre quien así me ha condenado a tamaña deshonra! Es Meleagante, el peor de los hombres. Por envidia me ha hecho todo el mal que ha podido.»

En este punto calla e interrumpe sus quejas aquél cuya vida no es sino dolor. Pero aquélla que abajo aguardaba ha oído todo cuanto ha dicho. No quiere demorarse por más tiempo: sabe que ha llegado al final. Y así se dirige al cautivo:

«¡Lanzarote! -lo más alto que puede-, amigo, vos que estáis arriba, hablad a una vuestra amiga.»

Pero él, dentro, no oye nada. Y ella más y más se esfuerza, tanto que él alcanza a oír su voz, en medio de su postración. Maravilla era: ¿quién podría llamarle? Oye la voz que le llama,

pero no sabe de quién es: concluye que se trata de una alucinación. Dirige sus miradas en derredor: no hay nadie. [6550] No están más que la torre y él.

«Dios -dice-, ¿qué es lo que oí? He oído hablar y a nadie he visto. Esto, a fe mía, es increíble. Y no estoy soñando. Estoy despierto. Si me hubiese ocurrido mientras dormía, cuidaría que es pura ilusión. Pero estoy despierto, y por eso me inquieto.»

Entonces se levanta a duras penas y se dirige, paso a paso, lentamente, hacia la pequeña angostura. Llegado allí, se apoya y mira hacia arriba y hacia abajo, de frente y de costado. Después de dirigida su vista al exterior, escudriña cuanto puede y ve al fin a quien le había llamado. No la conoce, pero la ve. Ella, por su parte, le conoció al momento, y le dijo:

«Lanzarote, he venido de lejos para encontraros. La cosa es hecha, os he encontrado. Sean dadas gracias a Dios. Yo soy aquélla que os rogó un don cuando ibais hacia el Puente de la Espada, y me concedisteis de grado lo que deseaba de vos: la cabeza del caballero derrotado a quien yo odiaba. Yo os la hice cortar. En pago de ese don y de esa gracia, me he puesto por vos en estos trabajos. Os sacaré fuera de aquí.

-Doncella, mi gratitud es grande -dijo entonces el prisionero-. Bien recompensado será el servicio que os hice si consigo salir de aquí. Si sucediera de ese modo, puedo prometeros por san Pablo apóstol que consagraré todos mis días a vos. Pongo a Dios por testigo de que no habrá día en que no haga lo que gustéis ordenarme. No sabréis pedirme cosa que yo no os obtenga al instante, si depende de mí el obtenerla.

-Amigo, nada temáis. Muy pronto saldréis de vuestra prisión. [6600] Hoy mismo series libre. Ni por mil libras renunciaría a veros libre antes de un nuevo día. Después os proporcionaré alojamiento, reposo y bienestar. No habrá cosa que os plazca que no tengáis si la queréis. Pero no desmayéis ahora. Primero he de buscar en esta tierra, no sé dónde, algún utensilio, si es que lo encuentro, que pueda ensanchar esta angostura hasta que podáis salir por ahí.

-¡Dios os ayude a encontrarlo! -dice él, de acuerdo en todo con ella-. Aquí tengo yo abundante cuerda, la que los carceleros me han dado para subir mi comida, un pan duro de cebada y agua turbia que perjudica el cuerpo y el corazón.»

La hija de Baudemagus encuentra entonces un pico fuerte, macizo y agudo. Lanzarote se sirve de él, y tanto golpea, hendiendo el muro con todas sus fuerzas, que consigue por fin una abertura por donde sale sin dificultad. ¡Qué gran alivio, qué alegría salir de su prisión, donde tanto tiempo ha estado encerrado! Le espera el aire libre. Aunque le ofreciesen todo el oro que hay en el mundo sabed bien que no querría regresar a su cárcel.

Ya ha salido Lanzarote de su encierro. Se tambalea de debilidad. La doncella, muy suavemente, le ha colocado sobre su muía. Juntos se alejan a buen paso. Pero ella elige los caminos escondidos, para que nadie pueda verles. Cabalgan secretamente, pues, si no se ocultasen, quien les reconociera podría causarles complicaciones; y ella no quería que esto les sucediese. [6650] Por eso esquiva los pasos peligrosos, hasta que por fin llegan a un refugio donde solía a menudo residir, pues era agradable y hermoso. Todos allí acataban de grado su voluntad. Abundaban los frutos. El clima era sano y el retiro seguro. A este lugar ha venido a para Lanzarote: recién llegado, la doncella le ha despojado de su ropa, y en un lecho alto y hermoso le ha depositado con dulzura. Después le baña, después le prodiga

tantos cuidados que no sería capaz de deciros la mitad. Suavemente le da masaje y le mima, como si se tratara de su padre: le renueva totalmente, le restituye a su antiguo estado.

Ahora no es menos hermoso que un ángel, ya no le roe el hambre, es fuerte y bello. En este nuevo estado se levanta del lecho.

La joven le había buscado el vestido más hermoso que tenía. Al levantarse, él se lo puso alegremente, más ligero que pájaro que vuela. A la doncella abraza y besa, después le dice amablemente:

«Amiga, a vos sola y a Dios debo agradecer esta mi vuelta a la salud. Por vos estoy fuera de prisión. Podéis tomar a cambio de ello mi corazón, mi cuerpo, mis servicios, todo lo que tengo, en el momento en que os plazca. Tanto habéis hecho por mí que vuestro soy. Largo tiempo hace que falto de la corte de Arturo, mi señor, de quien tanta honra he recibido; bastante tendría que hacer allí. Mi noble y dulce amiga, por amor os pediría licencia de partir; hacia allá me dirigiría con gran placer, si me lo permitís.

-Lanzarote, mi querido amigo, mi dulce y bello amigo -dice la joven-, consiento en ello. No quiero otra cosa que vuestra honra y vuestro bien, aquí y allá.»

[6700] Un maravilloso caballo que ella tiene, el mejor que visteis jamás, se lo obsequia, y él salta encima, sin pedir licencia a los estribos: en un suspiro se encontró en la silla. Entonces, ambos se encomiendan mutuamente a Dios que nunca es mentiroso.

Lanzarote se ha puesto en camino, tan alegre que no sabría describiros cuánto, por haber escapado así del lugar en que estuvo prisionero. Muy a menudo se dice para sí que Meleagante, el traidor indigno de su estirpe, le ha tenido en prisión para su propio mal, y que pagará cara su traición. «A pesar suyo, yo estoy fuera», se repite. Y jura en cuerpo y alma por Aquél que creó el universo que no hay tesoro ni riqueza de Babilonia a Gante por el que dejaría escapar con vida al felón, si le tuviera a su merced como vencedor: demasiada vergüenza y perjuicios le ha causado.

Pero la venganza se acerca, y el mismo Meleagante a quien amenaza ya ha llegado a la corte, sin que nadie le hubiese hecho venir. Una vez llegado, preguntó por mi señor Galván, tanto que obtuvo verle. Entonces el traidor probado se interesa por Lanzarote, si ha sido visto o encontrado, como si él nada supiera a ese respecto. (De hecho, no sabía nada, pero creía saberlo). Galván le dice la verdad: que no le ha visto y no ha llegado aún.

«Y bien -dice Meleagante-, puesto que aquí os encuentro, venid y mantenedme la palabra. No esperaré más tiempo.

-Cumpliré mi palabra, si a Dios place -responde Galván-. Haré frente a mi compromiso con vos: con creces me liberaré de mi promesa. [6750] Pero, si lanzamos los dados por ver quién consigue más puntos y yo consigo más que vos, así me valga Dios y santa Fe, no cejaré hasta haberme llevado todo el dinero de las apuestas.»

Entonces, Galván ordena que al punto se extienda una alfombra ante él. Rápidamente y en silencio, cumplen su mandato los escuderos: sin gruñir ni mascullar nada entre dientes, han emprendido su tarea. Cogen la alfombra y la colocan en lugar señalado. No tarda Galván en saltar encima, y solicita ser armado inmediatamente por los pajes que ante sí encuentra todavía sin manto. Eran tres los que allí estaban, no sé si primos o sobrinos, todos expertos

y avezados. Irreprochablemente le han armado: en punto alguno se podría poner objeciones a su trabajo. Acto seguido, uno de ellos le trae un corcel de España, más rápido por campo, bosque, monte o valle que lo fuera el magnífico Bucéfalo. Sobre semejante animal montó Galván, famoso caballero, el mejor enseñado de cuantos recibieron el signo de la cruz.

Iba ya a coger su escudo cuando vio a Lanzarote descender del caballo ante sus ojos. No lo esperaba. Maravillado se quedó mirando a quien tan repentinamente había llegado. A la verdad, le parecía una maravilla mayor que si hubiese caído de las nubes en ese instante, delante de él. Pero cuando comprueba que está ahí de verdad y no se trata de un error, nada le impide a él descender del caballo también. [6800] Se dirige hacia Lanzarote con los brazos extendidos, le saluda, le abraza, le besa. Gran alegría es para él haber encontrado a su compañero. Os diré la verdad, no dejéis de creerme: en este momento, no se hubiera cambiado por un rey, si tuviese que prescindir de su amigo.

Ya sabe el rey -y todos- que Lanzarote, tan largo tiempo retenido, ha llegado sano y salvo a su cita en el día de hoy. Todos manifiestan gran alegría y, para festejarle, toda la corte se reúne, después de haberle esperado durante tanto tiempo. Nadie hay de avanzada o corta edad que no haga público su gozo. La alegría ha borrado el dolor anterior; desaparece el duelo y el placer vuelve a nutrir los corazones. Y la reina, ¿no participa de este júbilo? Por supuesto que sí, es la primera en alegrarse. Pero, Dios mío, ¿dónde se halla? Jamás sintió una dicha tan grande como ahora. ¿Cómo no habrá venido? A la verdad, está tan cerca de su amado que poco falta para que el cuerpo siga al corazón. ¿Dónde está el corazón? Recibe a Lanzarote con besos y caricias. Y el cuerpo, ¿por qué se oculta? ¿Acaso no es completa su alegría? ¿Le consume tal vez la indignación o el odio? No por cierto, ni una cosa ni la otra. Es que el rey y los demás que están allí tienen los ojos muy abiertos, y podrían apercibirse de todo el asunto si, a la vista de todos, quisiera hacer el cuerpo lo que hace el corazón. Si la razón no pusiera freno a su loco pensamiento y a su extravío, todos sus sentimientos se harían visibles: inútil y excesiva locura. [6850] Por ello es por lo que la razón ha doblegado corazón y pensamiento. Vale más esperar el instante oportuno, en un lugar idóneo y adecuado, no donde se encuentran ahora.

Mucho honra el rey a Lanzarote y, después de haberle tributado la mejor de las acogidas, le dice:

«Amigo, hace tiempo que no sentía la alegría que hoy siento al veros entre nosotros. Pero mucho me pregunto extrañado en qué tierra y país habéis permanecido durante todo este tiempo. En invierno y verano os he hecho buscar por todas partes. Nadie os pudo encontrar.

-Mi buen señor -responde Lanzarote-, en breves palabras os diré cuanto me ha sucedido. Meleagante, el felón traidor, me ha tenido prisionero desde que fueron liberados de su tierra los cautivos, condenándome a vivir vergonzosamente en una torre, a la orilla del mar. Allí me hizo encerrar, y allí sufriría hoy el peor de los destinos, si no fuese por una mi amiga, una doncella a la que presté hace tiempo un pequeño servicio. A cambio de aquel favor, ¡gran galardón me ha vuelto! Gran honra he recibido de ella, e impagable servicio. En cuanto a aquél a quien no amo en absoluto, de quien he recibido tanta deshonra, quisiera pagarle cuanto le debo en este lugar y sin tardanza. Ha venido a buscarme: aquí me tiene. No es preciso que aguarde por más tiempo. Él está preparado y yo también. ¡Dios quiera que no tenga en lo sucesivo motivos para jactarse!»

Entonces dice Galván a Lanzarote:

«Amigo, si pago vuestra deuda a vuestro acreedor, pequeña bondad será ésta. Ya estoy armado y sobre mi montura, como veis. Hermoso y dulce amigo, no me neguéis este favor os lo suplico encarecidamente.»

[6900] Lanzarote responde que se dejaría arrancar ambos ojos de la cabeza antes de que lograra persuadirle. Jura que nada de eso sucederá. Sólo él debe pagar una deuda que ha prometido satisfacer. Galván ve bien que todo cuanto diga no surtirá efecto. Así, pues, se despoja de la cota de malla y se desarma por completo. De estas armas se reviste Lanzarote sin perder un instante. Le parece que nunca va a llegar la hora de la satisfacción y la venganza. Ningún placer habrá para él mientras Meleagante no obtenga el fruto de lo pactado. El felón, completamente fuera de razón, está maravillado del espectáculo que se ofrece a sus ojos. Un poco más y perdería el juicio.

«Sí -se dice a sí mismo-, loco había de estar para no ir a ver, antes de venir aquí, si todavía tenía cautivo en mi prisión, en mi torre, a aquel que ahora se burla de mí. ¡Ah, Dios! Pero, ¿por qué habría de ir? ¿Cómo iba a imaginarme que podría salir de allí? ¿No están los muros sólidamente construidos? ¿No es la torre lo suficientemente fuerte y alta? No había salida posible sin ayuda del exterior. Quizá alguien me haya traicionado. Porque, si los muros se hubiesen venido abajo, precozmente arruinados, ¿no habría muerto él confundido con ellos, y desmembrado, y roto? Si hubiese caído, así Dios me ayude, habría muerto sin escape posible. Pero antes de creer que los muros fallaron, prefiero creer que el mar no tiene una gota de agua y que el mundo ha llegado a su fin, a no ser que hayan sido abatidos por la fuerza. No, ocurrió de otro modo: alguien le ayudó a salir; de no ser así, no hubiera conseguido escapar. Convengo en que no ruedan para mí bien las cosas. [6950] Sea como sea, él está fuera. Si le hubiese guardado bien entonces, no habría sucedido esto ni hubiera él regresado a esta corte jamás. Pero es tarde para arrepentirse. El villano, que no suele mentir, dice verdad: es demasiado tarde para cerrar el establo cuando ya se han llevado el caballo. Sé bien que ahora sólo me espera la vergüenza, si no supero con mi propio sufrimiento este difícil trance. Pero, ¿hasta qué punto lograré resistir? En fin, haré cuanto pueda, lucharé contra él con todas mis fuerzas, si place a Dios, mi única esperanza.»

De ese modo, va cobrando vigor y no pide otra cosa que ser conducido junto con su enemigo al campo de batalla. Mucho no esperará, me parece, pues Lanzarote lo requiere a su vez: quiere luchar y piensa vencerle de inmediato. Pero, antes de que se ataquen mutuamente, les dice el rey que vayan a la llanura que se extiende bajo el torreón: de aquí a Irlanda no existe otra tan bella. Así lo hacen, hacia allá se dirigen. Muy pronto están en el lugar señalado. Les sigue el rey, todos y todas en tropel, una gran muchedumbre. Nadie ha quedado atrás. Y en las ventanas vense muchos caballeros, gentiles damas y hermosas doncellas, todos por ver a Lanzarote en acción.

Había en la llanura un sicómoro: más bello no podía ser. Cubría un gran espacio, y estaba orlado todo alrededor de hierba fresca y menuda, siempre nueva y hermosa. Bajo este sicómoro bello y gentil, que fue plantado en tiempo de Abel, brota una clara fuente que fluye con ligereza. La arena parece de plata y el conducto de oro, el más precioso y puro. Y corre a través de la llanura, entre dos bosques, hasta un valle.

Al rey le place sentarse junto a ese manantial: no encuentra nada allí que le desagrade. [7000] Acto seguido, ordena a sus gentes que se sitúen arriba. Fue entonces cuando Lanzarote cargó contra Meleagante con gran ira, como quien mucho le odiaba. Antes de herirle, empero, le dijo en alta y fiera voz:

«¡Acercaos, yo os desafío! Y sabed bien que no tendré piedad de vos.»

Espolea entonces a su corcel y vuelve atrás un poco a tiro de arco, para tomar impulso. Después se precipitan el uno contra el otro a todo galope de sus caballos, e intercambian sendos golpes en los muy sólidos escudos, tales que han conseguido traspasarlos. Pero ninguno de los dos está herido: no llegaron las lanzas a la carne en este primer encuentro. Cada uno ha pasado al lado del contrario en un instante. En seguida, a todo correr, vuelven a dirigirse mutuamente grandes golpes en los fuertes escudos. Gran esfuerzo despliegan los valientes caballeros, y no es menor el de los rápidos y potentes caballos. A través de los escudos, sin embargo, han pasado las lanzas, que no habían sido quebradas, y por fuerza han llegado hasta la carne desnuda. El ímpetu de su ataque ha derribado a ambos en tierra. Correas, cincha, estribos: nada puede impedir su caída. Uno y otro vacían sus arzones y se desploman sobre la tierra inculta. Sus corceles están espantados, van al azar de un lado a otro, cocea el uno, el otro muerte, quisieran darse muerte mutuamente.

Los caballeros caídos se levantan lo más pronto que pueden, y desenvainan las espadas donde figuran sus divisas. [7050] Ponen el escudo a la altura del rostro, y se disponen en lo sucesivo a hacerse el mayor daño posible con el filo cortante de sus aceros. Lanzarote no tiene miedo: su esgrima es, por lo menos, dos veces superior a la de su adversario, pues había aprendido este arte en su infancia. Ambos intercambian grandes golpes sobre los escudos y sobre los yelmos laminados de oro, tanto que los han hendido y abollado. Fuertemente le apremia Lanzarote: de un tremendo golpe le ha cortado el brazo derecho, por más que lo tenía cubierto de hierro, por la zona que el escudo dejaba al descubierto. Meleagante, afrentado como se siente por la diestra perdida, dice que hará pagar cara esta pérdida. Si hay lugar para la venganza, hacia allá piensa dirigirse: tan loco está de irá y de dolor. Poco puede hacer ya, si no es intentar alguna astucia. Corre hacia su enemigo cuidando sorprenderle, pero Lanzarote se ha dado cuenta, y, con su espada bien corta, le asesta un tajo tal que pasarán abril y mayo antes de que el felón pueda recuperarse de la herida. Le ha hundido la nariz hasta los dientes, rompiéndole tres de ellos.

Meleagante, en medio de su ira, no puede articular palabra. Ni siquiera se digna suplicar la merced del vencedor: hasta tales extremos su loco corazón le ha desviado el seso. Lanzarote se acerca a él, le desata las cintas del yelmo y le corta la cabeza. Ya no volverá a traicionarle: muerto ha caído, y él le ha matado. Yo os digo que ninguno de los espectadores se ha compadecido de su suerte. El rey y todos los que están allí manifiestan su júbilo. Los más alegres desarman a Lanzarote, y se lo llevan ebrios de alegría.

Señores, si yo dijese más, sería fuera de materia. Por eso me dispongo a acabar: aquí termina mi relato. [7100] Godefroi de Leigni, el clérigo, ha llegado al final de La Carreta. Nadie le reconvenga ni le reproche haber llevado su tarea más allá de Chrétien, pues ha obrado de acuerdo con él, que la comenzó. Su parte comprende desde que Lanzarote fue encerrado en la torre hasta el fin de la historia. Tal es su parte, ni más ni menos. De otro modo, saldría perjudicado el cuento.